

Thomas Merton

S E M I L L A S D E C O N T E M P L A C I Ó N

Viacelí, 11 de julio de 2009

PRÓLOGO A LA EDICIÓN REVISADA

Este libro no tuvo nunca la pretensión de llegar a ser popular. El hecho de que lo sea satisface indudablemente al autor, pero lo turba. Porque un libro como éste, que es una colección de inconexas y harto comprimidas reflexiones sobre la vida espiritual, puede ser fácilmente mal comprendido. No es posible evitar toda mala inteligencia repasando el texto, añadiendo unas palabras de explicación acá y allá y corrigiendo expresiones que acaso sean poco exactas para quien lo toma todo al pie de la letra. Para hacer un libro como éste perfectamente claro habría que volverlo a escribir desde el principio hasta el fin. En lugar de esto, el autor ha hecho sólo unas correcciones menores y ahora se contenta con poner sobre aviso al lector.

Lector, ten cuidado. No te apresures mucho al leer este libro. No formes en seguida conclusiones ni des un contexto teológico propio a los pasa/es en que el autor hace una afirmación que acaso no esté completamente explicada. Suspende tu juicio, si quieres, hasta haber ajustado tal afirmación con el resto del libro. No hay en él intento de ser sistemático, pero un capítulo tiende a corregir otro. Lo que se dice de la soledad debe entenderse a la luz de lo que se dice de la unión de todos los hombres en Cristo. Lo que se dice de la renunciación en la última parte del libro no debe hacerte olvidar lo dicho al principio acerca de la naturaleza.

Ante todo, recuerda que en este libro el autor habla de las cosas espirituales desde el punto de vista de la experiencia más bien que en los concisos términos de la teología dogmática o la metafísica. En religión, como en la vida natural, el lenguaje de la experiencia y el lenguaje del dogma o de la ciencia pueden ser a veces opuestos. Aunque todo el mundo está enterado de que el sol no se levanta, decimos que se levanta; y aunque nos damos cuenta de que no baja, nos sorprendemos diciendo: “El sol desciende.” Si digo que el sol se levanta, ¿debo ser condenado por los astrónomos? Así, también, en la vida mística (como bien lo saben todos los que han leído a los místicos cristianos) propendemos a hablar de que el alma queda “anonadada” en la experiencia de Dios, de modo que “cesa de existir” y “Dios solo queda”. No hay que tomar esto literalmente, como una afirmación científica, del mismo modo que no se nos debe entender al pie de la letra cuando decimos que “el sol se levanta”. No es literalmente cierto que el alma “deje de existir” en la oración mística, pero su actividad está absorbida tan completamente en la actividad de Dios que, hasta donde llega la experiencia, es igual que si dejara completamente de existir, pues pierde toda noción de existencia separada. Dei mismo modo, cuando pones una vela bajo la luz del sol, puedes decir que la vela “no da ya ninguna luz”, porque su luz se pierde en la del sol. Pero un científico con los adecuados instrumentos podría hallar la luz de la vela...

Muchas de las cosas que se dicen en este libro podrían ser dichas mucho mejor por algún otro y ya lo han sido por los santos. El autor ha intentado hablar de ellas en el lengua/e de los hombres de nuestro tiempo e insiste en que su más ferviente deseo es el de ser entendido, en todas sus afirmaciones, a la luz de la doctrina católica. Si hay algo en estas páginas que no pueda conciliarse con la enseñanza de la Iglesia, debe considerarse como automáticamente suprimido.

*** Se trata, por supuesto, de una edición inglesa (N. del T.).*

NOTA DEL AUTOR

Este libro pertenece a la clase de los que se escriben casi automáticamente en un monasterio. Quizá es ésta una de las razones por las que se escriban relativamente pocos de esta clase. Existe demasiada pasión y demasiada violencia física en el mundo para que los hombres quieran reflexionar mucho acerca de la vida interior y su significado. Sin embargo, como la vida interior y la contemplación son las cosas que más necesitamos (hablo sólo de la contemplación que surge del amor a Dios), la clase de consideraciones escritas en estas páginas debería ser algo de que todos, y no sólo los monjes, tuviesen gran avidez en nuestro tiempo. Por esto creo que un volumen de pensamientos, ideas y aforismos, más o menos inconexos, acerca de la vida interior, no necesita particular justificación o excusa, aunque esta clase de libros haya llegado a ser desusada.

Si el lector necesita que le recuerden que existe una larga tradición de tales escritos, puede consultar Pensées de Pascal, las Cautelas y Avisos de San Juan de la Cruz, las "Meditaciones" de Guigo el Cartujano o, sin ir tan lejos, la Imitación de Cristo. Pero, como mencionar tales nombres parecería sugerir una comparación con la obra de grandes hombres que el autor jamás osaría imitar, simplemente los menciona para justificar la publicación de lo que no es más que una colección de notas y reflexiones personales.

Éstos son pensamientos que habrían podido ocurrírsele a cualquier monje cisterciense; presentáronse a ratos perdidos y fueron anotados cuando hubo ocasión de hacerlo, sin orden ni especial ilación. Aquí han sido ordenados y algo desarrollados cuando pareció necesario detallar un poco. No abarcan todos los temas de la vida interior. Por el contrario, mucho se da por su puesto. Todo lo enseñado en el Evangelio de Cristo y la Regla de San Benito, todo lo aceptado por la tradición católica acerca de la autodisciplina del ascetismo cristiano, se da por entendido y no hay intento de apologética sobre estos puntos ni ningún otro. Mucho de lo que se dice aquí tiene su origen y justificación en los escritos de los cistercienses del siglo XII, especialmente los de San Bernardo de Claraval, que es quien hizo más por formar la espiritualidad de la orden contemplativa a que pertenece el autor. Pero los que conocen la obra de San Juan de la Cruz verán que prácticamente todo lo que aquí se dice acerca de la oración contemplativa sigue líneas marcadas por el carmelita español. Así, pues, este libro no pretende ser revolucionario, ni siquiera especialmente original. Esperamos sinceramente que no contenga una línea que sea nueva para la tradición católica ni una sola palabra que pueda dejar perplejo a un teólogo ortodoxo.

Y he aquí por qué este libro habría podido ser escrito por cualquier monje. Expresa las preocupaciones que están más o menos en el espíritu de todos los contemplativos, descontando diferencias de temperamento y personalidad. No tiene en vista otro fin o ideal que aquello que, según muchos teólogos, debería ser el ordinario cumplimiento de una vida cristiana de gracia, y por lo tanto todo lo que se dice aquí puede ser explicado a cualquiera, no sólo en el monasterio, sino también en el mundo.

Tampoco pretende el libro ser una obra de arte. Prácticamente cualquier otro con los mismos intereses habría podido escribirlo mucho mejor. El hecho de haber sido este autor quien lo ha escrito no crea gran diferencia en uno u otro sentido, ni para bien ni, esperémoslo, para mal. Pues éste pertenece a la clase de libros que producen un efecto que no es ni puede ser controlado por ningún autor humano. Si, de algún modo, puedes conseguir leerlo en comunión con el Dios en cuya presencia fue escrito,

te interesará y probablemente sacarás de él algún fruto, más por Su gracia que por los esfuerzos del autor. Pero si no puedes leerlo en estas condiciones, sin duda el libro será por lo menos una novedad.

SEMILLAS DE CONTEMPLACIÓN

Cada momento y cada acontecimiento de la vida terrena de todo hombre siembra algo en su alma. Pues como el viento lleva millares de invisibles y visibles semillas aladas, así la corriente del tiempo lleva consigo gérmenes de vitalidad espiritual que se depositan imperceptiblemente en el espíritu y la voluntad de los hombres. La mayor parte de estas innumerables semillas perecen y se pierden, porque los hombres no están preparados para recibirlas; pues semillas tales como éstas no pueden brotar en otra parte sino en el buen terreno de la libertad y el deseo.

El espíritu prisionero de su propio placer y la voluntad cautiva de su propio deseo no pueden aceptar las semillas de un placer más alto y de un deseo sobrenatural.

Pues ¿cómo puedo recibir las semillas de la libertad si estoy enamorado de la esclavitud y cómo puedo acariciar el deseo de Dios si estoy lleno de otro deseo opuesto? Dios no puede plantar en mí Su libertad, porque soy prisionero y ni siquiera deseo ser libre. Amo mi cautiverio y me encarcelo yo mismo en el deseo de las cosas que odio, y he endurecido mi corazón contra el verdadero amor.

Si yo buscara a Dios, cada acontecimiento y cada momento sembrarían, en mi voluntad, granos de Su vida, que un día trotarían en cosecha de milagro.

Porque es el amor de Dios el que me calienta bajo el sol y el amor de Dios el que hace caer la fría lluvia. Es el amor de Dios el que me alimenta en el pan que como, y Dios quien me alimenta también por el hambre y el ayuno. Es el amor de Dios el que me manda los días de invierno, en que me siento frío y enfermo, y el ardiente verano, en que trabajo y mi ropa se empapa en mi sudor; pero es Dios quien alienta sobre mí en leves auras del río y en las brisas que vienen del bosque. Su amor extiende la sombra del sicómoro sobre mi cabeza y manda al niño aguador a recorrer el linde del trigal con su cubo de agua fresca de la fuente, mientras los labradores descansan y las mulas permanecen bajo el árbol.

Es el amor de Dios el que me habla en los pájaros y arroyos; pero asimismo tras el clamor de la ciudad me habla Dios en Sus juicios, y todas estas cosas son semillas que me envía Su voluntad.

Si echaran raíces en mi libertad, y si de mi libertad surgiera Su voluntad, yo me convertiría en el amor que Él es, y mi cosecha sería Su gloria y mi gozo.

Y yo crecería junto con millares y millones de otras libertades para convertirme en el oro de un enorme campo en alabanza de Dios, cargado de aumento, cargado de trigo.

Si en todas las cosas considero sólo el calor y el frío, la comida o el hambre, la enfermedad o el trabajo, la belleza o el placer, el éxito o el fracaso y el bien o el mal materiales que mis obras han logrado para mi propia voluntad, sólo hallaré el vacío, no la felicidad. No seré nutrido, no hallaré plenitud. Pues mi alimento es la voluntad de Aquel que me hizo y que hizo todas las cosas para darse a Sí mismo a mí a través de ellas.

Mi principal cuidado no debería ser encontrar placer o éxito, salud o vida, dinero o descanso, ni aun cosas como la virtud o la prudencia, ni mucho menos las opuestas: dolor, fracaso, enfermedad, muerte. Sino que, en todo lo que ocurre, mi único deseo, mi único gozo debería ser el saber: “He aquí lo que Dios quiso para mí. En esto se halla Su

amor y, al aceptarlo, puedo devolverle Su amor y con éste entregarme a Él, y crecer en Su voluntad hacia la contemplación, que es la vida eterna”.

Y recibiendo Su voluntad con gozo, y cumpliéndola con alegría, tengo su amor en mi corazón, pues mi voluntad es ahora lo mismo que Su amor y estoy en camino de llegar a ser lo que es Aquel que es Amor. Y aceptando de Él todas las cosas recibo Su gozo en mi alma, no porque las cosas son lo que son, sino porque Dios es Quien es, y Su amor ha querido mi gozo en todas ellas.

1. TODO LO QUE ES, ES SANTO

No es cierto que los santos y grandes contemplativos no se fijaran en las cosas creadas y no comprendieran ni apreciaran el mundo y sus escenas y sonidos y la gente que vive en él.

¿Crees que su amor a Dios era compatible con el odio a las cosas que lo reflejaban y hablaban de Él en todas partes?

Dirás que debían de estar absortos en Dios y no tenían ojos para ver nada que no fuera Él. ¿Crees que iban por el mundo con rostros de piedra y no escuchaban las voces de los hombres que les hablaban ni comprendían las alegrías y tristezas de los que estaban en torno suyo?

Por estar los santos absortos en Dios eran verdaderamente capaces de ver y apreciar las cosas creadas; porque amaban a Dios solo, sólo ellos amaban a todos.

¿Crees que un santo tiene que excusar su interés en las cosas creadas dando traspies en su lenguaje para introducir un montón de observaciones convencionales e insípidas acerca de Dios cada vez que habla o piensa acerca del mundo y de lo que hay en él? Un santo es capaz de hablar del mundo sin ninguna explícita referencia a Dios, de tal modo que sus afirmaciones den mayor gloria a Dios y despierten mayor amor a Dios que las observaciones de alguien menos santo, que tenga que esforzarse por establecer una arbitraria relación entre las criaturas y Dios mediante gastadas analogías y metáforas, tan débiles que hacen pensar que algo le pasa a la religión.

Los santos saben que el mundo y todo lo hecho por Dios es bueno, mientras que los que no lo son, o creen que las cosas creadas son impías o no se preocupan por la cuestión en ningún sentido, porque sólo se interesan por si mismos.

Los ojos del santo hacen santa toda belleza, y las manos del santo consagran todo lo que tocan a la gloria de Dios, y el santo no se ofende nunca por nada ni juzga el pecado de nadie, porque no conoce el pecado. Conoce la misericordia de Dios y está en la tierra para traer esa misericordia a todos los hombres.

Cuando estamos unidos al amor de Dios, lo poseemos todo en Él y se lo ofrecemos todo a Él en Cristo Su Hijo. Pues todas las cosas son nuestras, y nosotros somos de Cristo, y Cristo es de Dios. Descansando en Su gloria sobre todo placer y dolor, alegría o pena, y sobre todo otro bien o mal, amamos en todas las cosas Su voluntad más bien que las cosas mismas, y éste es el modo como hacemos de la creación un sacrificio en alabanza de Dios.

Éste es el fin para el que Dios hizo todas las cosas.

El único gozo verdadero en la tierra es escapar de la prisión de nuestro yo (no digo del cuerpo, porque el cuerpo es templo de Dios y, por ello, es santo) y entrar por el amor en unión con la Vida que reside y canta dentro de la esencia de toda criatura y en el centro de nuestras propias almas. En Su amor poseemos y gozamos todas las cosas hallándole a Él en todas. Y así, mientras andamos por el mundo, todo lo que encontramos, todo lo que vemos, oímos y tocamos, lejos de macularnos nos purifica y planta en nosotros algo más de contemplación y de cielo.

No llegando a esta perfección, las cosas creadas no nos traen gozo, sino dolor. Mientras no logramos amar a Dios perfectamente, todo en el mundo es capaz de herirnos. Y el infortunio máximo es ser insensible al dolor que nos inflige y no advertir lo que es.

Pues mientras no amemos a Dios perfectamente Su mundo estará lleno de contradicción. Las cosas que ha creado nos atraen a Él y, sin embargo, nos mantienen apartados de Él. Nos llaman y nos detienen. Lo hallamos en ellas hasta cierto punto y luego ya no Lo encontramos de ningún modo.

Cuando pensamos haber descubierto algún gozo en ellas, la alegría se convierte en pesar; y cuando empiezan a agradarnos, el placer se cambia en dolor.

En todo lo creado, los que todavía no amamos perfectamente a Dios podemos hallar algo que refleja la plenitud del cielo y algo que semeja la angustia del infierno. Gustamos algo del gozo de la bienaventuranza y algo del dolor de la pérdida, que es la condenación.

Lo que de plenitud encontramos en las criaturas pertenece a la realidad del ser creado, una realidad que procede de Dios, pertenece a Dios y refleja a Dios. La angustia que hallamos en ellas pertenece al desorden de nuestro deseo, que busca en su objeto una realidad mayor que la que hay en él; una plenitud mayor de la que una cosa creada es capaz de dar. En lugar de adorar a Dios a través de Su creación, estamos siempre intentando adorarnos a nosotros mismos mediante las criaturas.

Pero adorarnos a nosotros mismos es no adorar nada. Y la adoración de la nada es el infierno.

2. LAS COSAS EN SU IDENTIDAD

Un árbol da gloria a Dios, ante todo, siendo un árbol. Porque al ser lo que Dios quiere que sea está imitando una idea que está en Dios y que no es distinta de la esencia de Dios, y por lo tanto un árbol imita a Dios siendo un árbol.

Cuanto más un árbol se realiza a sí mismo, tanto más se acerca a Dios. Si intentara ser otra cosa, algo que nunca estuvo destinado a ser, sería menos semejante a Dios y por ende Le daría menos gloria.

No hay dos seres creados exactamente iguales. Y su individualidad no es imperfección. Al contrario: la perfección de una cosa creada no está meramente en su conformidad con un tipo abstracto, sino en su identidad individual consigo misma. Este determinado árbol dará gloria a Dios extendiendo sus raíces en la tierra y alzando sus ramas hacia el aire y hacia la luz de un modo que antes no siguió, ni seguirá después, ningún otro árbol.

¿Imaginas que todas las cosas individuales creadas en el mundo son imperfectas tentativas de reproducir un tipo ideal que el Creador nunca logró realizar en la tierra? Si ello es así, no le dan gloria, sino que proclaman que Él no es un Creador perfecto.

Por lo tanto, todo ser particular, en su individualidad, su naturaleza y entidad concretas, con todas sus características cualidades particulares, y su inviolable identidad, da gloria a Dios al ser precisamente lo que Él quiere que sea aquí y ahora, en las circunstancias ordenadas para él por Su Amor y Su Arte infinitos.

Las formas y caracteres individuales de lo que vive y crece, de las cosas inanimadas y de los animales y flores, y de toda la naturaleza, constituyen su santidad a los ojos de Dios.

Su condición intrínseca es su santidad.

La especial belleza falta de gracia de determinado potro en este día de abril, en este campo, bajo estas nubes, es una santidad consagrada a Dios por Su propio Arte, y proclama la gloria de Dios.

Las pálidas flores del cornejo que vemos al exterior de esa ventana son santas. Las florecitas amarillas que nadie nota al borde de ese camino son santas que miran hacia la faz de Dios.

Esta hoja tiene su propio tejido y su propia trama de venas y su propia forma santa, y la lubina y la trucha que se ocultan en las profundas hoyas del río son canonizadas por su belleza y su fuerza.

Y la grande, desgarrada, medio calva montaña es otro de los santos de Dios. No hay otro como ella. Está sola en su propio carácter; ninguna otra cosa en el mundo ha imitado ni imitará jamás a Dios exactamente del mismo modo. Y esto es su santidad.

Mas ¿qué decir de ti? ¿Qué decir de mí?

A diferencia de los animales y árboles, no hay bastante para nosotros con que se cumpla la intención de nuestra naturaleza. No basta en nuestro caso el ser hombres individuales. Para nosotros santidad es más que humanidad. Si no somos nunca otra

cosa que hombres, si no somos más que nuestro ser natural, no seremos santos ni podremos ofrecer a Dios la adoración de nuestra imitación, que es la santidad.

Es cierto decir que para mí la santidad consiste en ser yo mismo y para ti la santidad consiste en ser tú mismo y que, en último término, tu santidad nunca será la mía, y la mía nunca será la tuya, salvo en la caridad y la gracia comunes a los dos.

Para mí ser santo significa ser yo mismo. Por lo tanto el problema de la santidad y la salvación es en realidad el problema de descubrir quién soy yo y de encontrar mi verdadero yo.

Los árboles y los animales no tienen problemas. Dios los hace tales como son sin consultarles, y ellos están perfectamente satisfechos.

Con nosotros es distinto. Dios nos deja en libertad de ser lo que nos parezca. Podemos ser nosotros mismos o no, según nos plazca. Pero el problema es éste: *puesto que Dios solo posee el secreto de mi identidad, únicamente Él puede hacerme quien soy o, mejor, únicamente Él puede hacerme quien yo seré cuando por fin empiece plenamente a ser. Las semillas plantadas en mi libertad, en cada momento, por la voluntad de Dios son las de mi propia identidad, mi propia realidad, mi propia felicidad, mi propia santidad.*

Rechazarlas es rechazarlo todo: es rechazar mi propia existencia y ser; mi identidad, mi propio yo.

No aceptar, no amar ni hacer la voluntad de Dios es rehusar la plenitud de mi existencia.

Y si nunca llego a ser lo que debo ser, y permanezco siempre en lo que no soy, pasará la eternidad contradiciéndome a mí mismo, siendo a la vez algo y nada, una vida que quiere vivir y está muerta, y una muerte que quiere estar muerta y no puede lograr su propia muerte, porque todavía tiene que existir.

Decir que nací en el pecado es decir que vine al mundo con un falso yo. Entré en la existencia bajo un signo de contradicción, siendo alguien que nunca estuve destinado a ser y, por lo tanto, una negación de lo que debería ser. Y así entré en la existencia y en la inexistencia al mismo tiempo, porque desde el comienzo fui algo que no era.

Para decir lo mismo sin paradoja: mientras no sea yo nadie más que lo que nació de mi madre, estoy tan lejos de ser la persona que debería ser, que es lo mismo que si no existiese. De hecho, sería mejor para mí no haber nacido.

Cada uno de nosotros lleva la sombra de una persona ilusoria: un falso yo.

Éste es el hombre que yo quiero ser, pero que no puede existir, porque Dios no sabe nada de él. Y serle desconocido a Dios es un aislamiento excesivo.

Mi yo falso y particular es el que quiere existir fuera del radio de la voluntad y del amor de Dios, fuera de la realidad y de la vida. Y tal yo no puede dejar de ser una ilusión.

No somos muy aptos para reconocer ilusiones; sobre todo las que nos rodean, las que nacieron con nosotros y nutren las raíces del pecado. Para la casi totalidad de los hombres no hay mayor realidad subjetiva que este su falso yo, que no puede existir. Una vida consagrada al culto de esta sombra es lo que se llama una vida de pecado.

Todo pecado empieza en la suposición de que mi falso yo, ese yo que existe tan sólo en mis propios deseos egocéntricos, es la realidad fundamental de la vida, hacia la cual todo lo demás del universo está orientado. Así, gasto mi vida intentando acumular placeres y experiencias, poder y honores, conocimientos y amor, para vestir ese falso yo y construir con su nada algo objetivamente real. Y enrolló experiencias en torno de mí mismo y me cubro de placeres y gloria como con vendas para hacerme perceptible a mí

mismo y al mundo, como si fuera un cuerpo invisible que sólo puede hacerse ver cuando algo visible cubre su superficie.

Pero no hay sustancia bajo las cosas con que rae he rodeado. Soy hueco, y mi construcción de placeres y ambiciones carece de base. Estoy objetivado en ellos. Pero están todos destinados, por su misma contingencia, a ser destruidos. Y cuando desaparezcan no quedará nada de mí sino mi propia desnudez, vacío y oquedad, para decirme que soy un error.

El secreto de mi identidad está oculto en el amor y misericordia de Dios.

Pero todo lo que hay en Dios es realmente idéntico a Él mismo; pues Su infinita simplicidad no admite división ni distinción. No puedo, pues, esperar encontrarme a mí mismo en ningún sitio distinto de Él.

En último término, el único modo como puedo ser yo mismo es identificándome con Aquel en quien está oculta la razón y consumación de mi existencia.

Así, pues, sólo hay un problema del que toda mi existencia, paz y felicidad dependen: descubrirme descubriendo a Dios. Si Lo encuentro, me encontraré, y si encuentro mi verdadero yo, Lo encontraré a Él.

Pero, aunque esto parece sencillo, es en realidad inmensamente difícil. De hecho, si estoy abandonado a mí mismo, será absolutamente imposible. Pues, aunque algo puedo conocer de la existencia y naturaleza de Dios por medio de mi razón, no hay modo racional y humano de alcanzar ese contacto, esa posesión de Él que será el descubrimiento de quien es Él realmente y de Aquel en quien yo soy.

Es esto algo que ningún hombre puede lograr solo.

Ni pueden todos los hombres y todas las cosas creadas ayudarlo en esta obra.

El único que puede enseñarme a hallar a Dios es Dios, Él mismo, Él solo.

3. RUEGA POR HALLARTE A TI MISMO

Existe un punto donde puedo encontrar a Dios en contacto real y experimental con Su infinita realidad: es el punto en que mi ser contingente depende de Su amor. Dentro de mí hay un metafórico ápice de existencia en el que soy mantenido en el ser por mi Creador.

Dios me pronuncia como una palabra que contiene un pensamiento parcial de Sí mismo.

Una palabra no será nunca capaz de comprender la voz que la pronuncia.

Pero si yo soy fiel al concepto que Dios emite en mí, si soy fiel al pensamiento de Él que debería encarnar, estaré lleno de su realidad y Lo hallaré dondequiera en mí y no me encontraré a mí en ninguna parte. Me habré perdido en Él.

¿Quién de nosotros puede entrar en sí mismo y hallar al Dios que lo enuncia?

Si, como los místicos de Oriente, logras vaciar tu mente de todo pensamiento y todo deseo, podrás realmente retirarte al centro de ti mismo y concentrar todo lo que hay dentro de ti en el imaginario punto en que tu vida surge de Dios; pero no hallarás realmente a Dios. Ningún ejercicio natural puede llevarte a un vital contacto con Él. A no ser que Él se enuncie en ti, que diga Su propio nombre en el centro de tu alma, no Lo conocerás más de lo que una piedra conoce el suelo donde descansa en su inercia.

Nuestro descubrimiento de Dios es, en cierto modo, el descubrimiento que hace Dios de nosotros. No podemos ir al cielo a buscarlo, porque no tenemos modo de saber dónde está el cielo ni lo que es. Él baja del cielo y nos encuentra. Nos mira desde la profundidad de Su realidad infinita, que está en todas partes, y mirándonos nos da una realidad superior en que nosotros a nuestra vez Lo descubrimos. Sólo Lo conocemos tanto cuanto somos conocidos por Él, y nuestra contemplación de Él es una participación en la contemplación de Sí mismo.

Nos convertimos en contemplativos cuando Dios se descubre a Sí mismo en nosotros.

En ese momento, se abre el punto de nuestro contacto con Él, y pasamos por el centro de nuestra alma y entramos en la eternidad.

Es cierto que Dios se conoce a Sí mismo en todas las cosas que existen. Él las ve, y por verlas Él existen. Por amarlas Él son buenas. Su amor en ellas es su bondad intrínseca. El valor que Él ve en ellas es su valor. En cuanto Él las ve las ama, todas las cosas Lo reflejan.

Pero aunque Dios está presente en todas las cosas por Su conocimiento, Su amor, Su poder, y Su cuidado de ellas, Él no es necesariamente advertido y conocido por ellas. Sólo es conocido y amado por aquellos a quienes dio graciosamente una participación en Su propio conocimiento y en el amor de Sí mismo.

Para conocer y amar a Dios tal como es, debemos tener a Dios morando en nosotros de un modo nuevo y especial. Y así Dios colma las infinitas distancias entre Él y los espíritus creados para amarlo, con misiones sobrenaturales de Su propia Vida. El Padre, que reside en la entraña de todas las cosas y en mi propio ser, me comunica Su Verbo y Su Espíritu, y en estas misiones soy atraído a su propia vida y conozco a Dios en Su mismo Amor.

Mi descubrimiento de mi identidad empieza y se perfecciona en estas misiones, porque es en ellas donde Dios mismo, llevando en Sí el secreto de quién soy yo,

empieza a vivir en mí no solo como mi Creador, sino como mi otro y verdadero yo. *Vivo, iam non ego, vivit vero in me Christus.*

Estas misiones empiezan con el Bautismo. Pero no toman ningún significado práctico en la vida de nuestras facultades hasta que somos capaces de actos conscientes de amor. De ese momento en adelante la presencia especial de Dios en nosotros depende de nuestras propias preferencias. Nuestra vida se convierte en una serie de elecciones entre la ficción de nuestro falso yo, al que alimentamos con las ilusiones de la pasión y el apetito egoísta, y nuestra verdadera identidad en la paz de Dios.

Mientras yo esté en la tierra, mi mente y mi voluntad serán más o menos insensibles a las misiones del Verbo de Dios y Su Espíritu. No recibo fácilmente Su luz.

Todo movimiento de mi apetito natural, aunque mi naturaleza sea buena en sí misma, tiende de uno u otro modo a mantener viva en mí la ilusión que se opone a la realidad de Dios viviente en mí. Aunque mis actos naturales sean buenos, tienen una tendencia, cuando son solamente naturales, a concentrar mis facultades en el hombre que no soy, el hombre que no puedo ser, el falso yo, la persona que Dios no conoce. Esto es así porque nací en el egoísmo. Nací centrado en mí mismo. Y esto es el pecado original.

Hasta cuando procuro complacer a Dios, tiendo a complacer mi propia ambición, enemiga de Dios. Puede haber imperfección hasta en el ardiente amor a una gran perfección, hasta en el deseo de virtud, de santidad. Aun el deseo de la contemplación puede estar manchado, cuando olvidamos que la verdadera contemplación significa la completa destrucción de todo egoísmo y la más pura pobreza y limpieza de corazón.

Aunque Dios vive en las almas de los hombres que no tienen conciencia de Él, ¿cómo puedo decir que Lo he encontrado y me he encontrado a mí mismo en Él, si nunca Lo conozco ni pienso en Él, nunca me intereso por Él, ni Lo busco, ni deseo Su presencia en mi alma? ¿De qué sirve dirigirle la fórmula de unas oraciones, si luego me aparto y dedico toda mi mente y toda mi voluntad a las cosas creadas, deseando alcanzar sólo fines que quedan muy lejos de Él? Aunque mi alma esté justificada, si mi mente no Le pertenece, tampoco yo Le pertenezco. Si mis deseos no se dirigen a Él, sino que se esparcen en Su creación, será porque he reducido Su vida en mí al nivel de una formalidad cualquiera, prohibiéndole ejercer en mí un influjo verdaderamente vital.

¡Justifica mi alma, oh Dios, pero también lléname la voluntad del fuego de Tus fuentes! Brilla en mi mente, aunque quizá esto signifique “sé oscuridad a mi experiencia”; pero ocupa mi corazón con Tu deslumbradora Vida. Que no vean nada mis ojos en el mundo sino Tu gloria; que no toquen nada mis manos si no es para Tu servicio. Que no pruebe mi lengua pan si no me fortalece para loar Tu gloria. Oiré Tu voz y todas las armonías que creaste, cantando Tus himnos. Lana de oveja y algodón del campo me calentarán lo bastante para que pueda vivir en Tu servicio; daré el resto a Tus pobres. Use yo todas las cosas por una sola razón: hallar mi alegría en darte a Ti gran gloria.

Guárdame, pues, del pecado, sobre todas las cosas. Guárdame de la muerte del pecado mortal, que instala el infierno en mi alma. Guárdame del asesinato de la lujuria, que ciega y envenena mi corazón. Guárdame de los pecados que roen la carne del hombre con irresistible fuego hasta devorarlo. Guárdame del amor al dinero, en que está el odio; de la avaricia y la ambición, que sofocan mi vida. Guárdame de la obra muerta de la vanidad, de la ingrata labor en que los artistas se destruyen por orgullo, dinero y fama, y los santos se asfixian bajo el alud de su propio celo importuno. Restaña en mí la pestilente haga de la codicia y de las hambres que agotan mi naturaleza desangrándola. Aplasta la serpiente de la envidia, que emponzoña el amor y mata todo gozo.

Desata mis manos y libra mi corazón de la pereza. Líbrame del ocio que se disfraza de actividad cuando la actividad no se me exige, y de la cobardía que hace lo que no se le pide para escapar al sacrificio.

Pero dame la fuerza que Te espera en el silencio y la paz. Dame la humildad, sola residencia del descanso, y líbrame del orgullo, que es la más pesada de las cargas. Y llena mi corazón entero y mi alma de la simplicidad del amor. Ocupa mi vida entera con el solo pensamiento y el solo deseo del amor, para que pueda amar, no por el mérito o la perfección, no por la virtud o la santidad, sino por Dios solo.

Pues sólo una cosa puede satisfacer el amor y recompensarlo: únicamente Dios.

He aquí, pues, lo que significa buscar a Dios perfectamente: apartarse de la ilusión y el placer, de las ansiedades y deseos mundanos, de las obras que Dios no quiere, de una gloria que es sólo exhibición humana; mantener libre mi mente de confusiones, para que mi libertad pueda estar siempre a disposición de Su voluntad; conservar el silencio en mi corazón a la espera de la voz de Dios; cultivar una libertad intelectual para con los conceptos e imágenes de las cosas creadas para recibir el secreto contacto de Dios en la fe; amar a todos los hombres como a mí mismo; descansar en la humildad y hallar la paz en el apartamiento de los conflictos y competencias con los demás hombres; desviarse de controversias, y apartar las pesadas cargas de juicios, censuras y críticas y todo el peso de opiniones que no tengo obligación de mantener; tener una voluntad que esté siempre dispuesta a replegarse en sí misma y a concentrar todas las potencias del alma en su centro más profundo para aguardar en callada expectación la venida de Dios, posada sin esfuerzo en tranquila concentración sobre el punto de mi confianza en Él; reunir todo lo que soy y tengo, y todo lo que pueda sufrir, hacer y ser, y abandonarlo todo a Dios en la resignación de un perfecto amor, ciega fe y pura confianza en Él, para hacer Su voluntad.

Y luego esperar en paz y desasimiento y olvido de todas las cosas.

Bonum est praestolari cum silentio salutare Dei.

4. SOMOS UN HOMBRE

Para llegar a ser yo mismo, debo dejar de ser lo que siempre pensé que deseaba ser, y para hallarme a mí mismo debo salir de mí, y para vivir debo morir.

La razón para ello es el haber nacido en el egoísmo; por esto mis esfuerzos naturales por hacerme más real y más yo mismo, me hacen menos real y menos yo mismo, porque giran en torno a una mentira.

Aquellos que no saben nada de Dios y cuya vida está centrada en sí se imaginan que sólo pueden hallarse a sí mismos afirmando sus propios deseos, ambiciones y apetitos en lucha con el resto del mundo. Intentan llegar a ser reales imponiéndose a otros, apropiándose una parte de la limitada provisión de bienes creados y subrayando así la diferencia entre ellos y los demás hombres que tienen menos que ellos o no tienen nada.

Sólo pueden concebir un modo de llegar a ser reales: separarse de los demás y levantar una barrera de contraste y distinción entre ellos y los otros hombres.

Yo tengo lo que tú no tienes. Yo soy lo que tú no eres. Yo tomé lo que tú no pudiste tomar; yo me apoderé de lo que tú nunca pudiste alcanzar. Por lo tanto, tú sufres y yo soy feliz, tú eres despreciado y yo alabado, tú mueres y yo vivo; tú no eres nada, y yo soy algo; y yo soy tanto más por el hecho de que tú no seas nada. Y así paso mi vida admirando la distancia entre tú y yo; a veces esto aun me ayuda a olvidar a los otros hombres que tienen lo que yo no tengo, y han tornado lo que yo fui demasiado tarde para tomar, y se han apoderado de lo que estaba fuera de mi alcance, que son alabados como yo no puedo serlo y que viven de mi destrucción.

El hombre que vive así vive en la muerte. No puede hallarse porque está perdido; ha dejado de ser una realidad. La persona que él cree ser es un mal sueño. Y cuando muera descubrirá que hacía tiempo había dejado de existir, porque Dios, que es realidad infinita y a cuya vista está el ser de todo lo que es, le dirá: “No te conozco”.

Y ahora estoy pensando en la enfermedad llamada orgullo espiritual. Estoy pensando en la peculiar irrealidad que se introduce en el corazón de los santos y roe su santidad antes de que madure. Algo hay de ese gusano en el corazón de todos los religiosos. En cuanto han hecho algo que saben bueno a los ojos de Dios, tienden a tomar su realidad para sí y hacerla propia. Tienden a destruir sus virtudes al pretender que son suyas y revestir su propia particular ilusión con valores que pertenecen a Dios. ¿Quién puede escapar al secreto deseo de respirar una atmósfera diferente de la que respiran los demás hombres? ¿Quién puede hacer buenas obras sin intentar saborear en ellas una dulce distinción con respecto a la ordinaria corriente de los pecadores del mundo?

Esta enfermedad ofrece su máximo peligro cuando consigue adoptar el aspecto de la humildad. Cuando el orgulloso cree ser humilde, es un caso perdido.

He aquí a un hombre que hizo muchas cosas duras para su carne. Pasó difíciles pruebas y realizó grandes trabajos, y por la gracia de Dios ha llegado a poseer un hábito de fortaleza y abnegación en el cual, por fin, trabajo y sufrimiento ya son fáciles. Es razonable que su conciencia esté en paz. Pero, sin que lo advierta, la limpia paz de una voluntad unida a Dios se convierte en la complacencia de una voluntad que ama su propia excelencia.

El placer que habita su corazón cuando hace cosas difíciles, y consigue hacerlas bien, le dice secretamente: “Soy un santo.” Luego advierte que otros lo admiran. El placer arde con fuego dulce, devorador. El calor de ese fuego se parece mucho al del amor de Dios. Es un fuego alimentado por las mismas virtudes que nutrían la llama de la caridad. Arde en admiración de sí mismo y piensa: “Es el fuego del amor de Dios”.

Confunde su propio orgullo con el Espíritu Santo.

Ese dulce calor de placer se convierte en criterio para todas sus obras. El gusto que encuentra en actos que lo hacen admirable a sus propios ojos, le impele a ayunar, a orar, a ocultarse en la soledad, a escribir muchos libros, a construir iglesias y hospitales o iniciar un millar de organizaciones. Y si tienen éxito piensa que su sentimiento de satisfacción es la unción del Espíritu Santo.

Y la secreta voz del placer canta en su corazón: “*Non sum sicut caeteri homines*”.

Emprendido este camino, no hay límite para el mal que su satisfacción de sí mismo pueda empujarlo a hacer en el nombre de Dios y de Su amor, y por Su gloria. Está tan contento de sí que ya no le es posible tolerar el consejo ajeno... ni las órdenes de un superior. Cuando alguien se opone a sus deseos, junta las manos humildemente y parece aceptarlo por un tiempo; pero en su corazón está diciendo: “Soy perseguido por gente mundana. Son incapaces de comprender a quien guía el Espíritu de Dios. Con los santos siempre ha ocurrido así”.

Después de esto, es diez veces más obstinado.

Cosa terrible es cuando de un hombre así se apodera la idea de que es profeta o mensajero de Dios, o de que le incumbe la misión de reformar al mundo...

Debo buscar mi identidad, de algún modo, no sólo en Dios, sino también en otros hombres.

Nunca podré hallarme a mí mismo si me aílo del resto de la humanidad como si fuera un ser de otra clase.

Algunos hombres se hicieron ermitaños quizá pensando que la santidad requería el huir de otros hombres. Pero la única justificación de una vida de premeditada soledad es la convicción de que te ayudará a amar no sólo a Dios, sino también al prójimo. De otro modo, si te vas al desierto meramente por apartarte de una multitud de gente que te desagrada, no encontrarás sosiego ni tampoco soledad: únicamente conseguirás aislarte con una tribu de demonios.

Vé al desierto, no para huir de los otros, sino para hallarlos en Dios.

No hay otra verdadera soledad que la soledad interior. Y la soledad interior no es posible para aquel que no acepte su verdadero lugar con relación a los demás. No hay verdadera paz posible para el hombre que todavía imagina que algo accidental de talento, gracia o virtud lo separa de los demás hombres y lo coloca por encima de ellos.

Dios no nos da gracias, talentos ni virtudes para nosotros solos. Somos miembros uno de otro, y todo lo que se da a un miembro se da para el cuerpo entero. No lavo mis pies para hacerlos más hermosos que mi cara.

Los santos aman su santidad, no porque los separe del resto de nosotros y los ponga sobre nosotros, sino al contrario, porque los acerca a nosotros y en cierto modo los pone debajo de nosotros. Su santidad les es dada para que puedan ayudarnos y servirnos; pues los santos son como médicos y enfermeras, que son mejores que los enfermos en el sentido de que están sanos y poseen el arte de curarlos y sin embargo hácense sirvientes de los enfermos y les dedican su salud y su arte.

Los santos no están contentos de ser santos porque su santidad los hace admirables para los demás, sino *porque el don de la santidad les permite admirar a todos los demás*. Los dota de una vista capaz de hallar el bien en los más terribles criminales. Los libra de la carga de juzgar al prójimo, de condenar a otros hombres.

En la humildad se halla la máxima libertad. Mientras tienes que defender el yo imaginario que crees importante, pierdes la paz de tu corazón. En cuanto comparas esa

sombra con las sombras de otros, pierdes toda alegría, porque empezaste a traficar con irrealidades, y no hay gozo en lo que no existe.

En cuanto empiezas a tomarte en serio e imaginas que tus virtudes son importantes porque son tuyas, quedas prisionero de tu propia vanidad, y aun tus mejores obras te cegarán y engañarán. Luego, para defenderte, empezarás a ver pecados y faltas por todas partes en las acciones de los otros. Y cuanto más irrazonable importancia te atribuyas a ti y a tus obras, tanto más tenderás a formar tu propia idea de ti mismo condenando a los otros. A veces hay hombres virtuosos que se sienten amargados e infelices, porque inconscientemente han llegado a creer que toda su felicidad depende de que sean más virtuosos que los demás.

Cuando la humildad libra a un hombre del apego a sus propias obras y a su propia reputación, descubre que el gozo perfecto es sólo posible cuando nos hemos olvidado completamente de nosotros mismos. Y sólo cuando no prestamos ya *más* atención a nuestra vida, a nuestra reputación ni a nuestra excelencia, nos hallamos por fin completamente libres para servir perfectamente a Dios por Él solo.

El que no se halle despojado, pobre y desnudo dentro de su propia alma, tenderá inconscientemente a hacer las obras que debe hacer por amor suyo más que por la gloria de Dios. Será virtuoso, no porque ame a Dios, sino porque desea admirar sus propias virtudes. Pero a cada momento del día se sentirá frustrado, y ello lo volverá amargado e impaciente, y en su impaciencia lo descubrirán.

Ha proyectado hacer cosas espectaculares. No puede concebirse sin halo. Y cuando los hechos de su vida diaria le recuerdan constantemente su insignificancia y mediocridad, se siente avergonzado, y su orgullo rehusa reconocer una verdad de que ningún hombre cuerdo debería sorprenderse.

Aun los profesionalmente piadosos, y a veces los piadosos más que todos, pueden desperdiciar su tiempo en una competencia mutua en la que no se cosecha más que angustia.

Más de una vez Jesús tuvo que reprender a Sus Apóstoles, que discutían y luchaban por los primeros lugares en Su Reino. Dos de ellos, Santiago y Juan, intrigaban por obtener asiento a su derecha e izquierda en el Reino. No es insólito, en la vida de los santos, ver que unos santos no estuvieron siempre de acuerdo con otros santos. Pedro no se avino siempre con Pablo, ni Felipe Neri con Carlos Borromeo. Y a veces hombres muy santos han sido exasperantes, y muy fatigoso el vivir con ellos. Si no me crees, acaso sea porque tú piensas que los santos son siempre perfectos y nunca tienen faltas con que luchar. Pero Dios permite a veces que los hombres conserven defectos e imperfecciones, miopías y excentricidades, aun después de haber alcanzado un alto grado de santidad, y a causa de esas cosas su santidad permanece oculta para ellos y para los demás. Si la santidad de todos los santos hubiese sido siempre claramente visible para todos, no habrían llegado nunca a ser pulidos y perfeccionados por las pruebas y persecuciones, por las críticas y humillaciones y la oposición de la gente con quien vivían.

Conténtate de no ser todavía un santo, aunque caigas en la cuenta de que la única cosa por la cual vale la pena vivir es la santidad. Así estarás satisfecho dejando que Dios te guíe hacia ella por caminos que no puedes comprender. Pasarás por una oscuridad en que ya no te preocuparás por ti mismo ni te compararás con los demás. Los que han seguido este camino, hallaron finalmente que la santidad está en todo y que Dios los rodea por todas partes. Después de abandonar todo deseo de competir con los demás, se despiertan de pronto y descubren que el gozo de Dios está en todas partes y pueden regocijarse por las virtudes y bondad de su prójimo más de lo que habrían podido

hacerlo por las suyas propias. Están tan deslumbrados por el reflejo de Dios en las almas de los hombres con quienes viven, que ya son incapaces de condenar lo que ven en otro. Aun en los mayores pecadores pueden ellos ver bondad y virtudes que nadie más puede ver. En cuanto a sí mismos, si todavía se consideran, ya no se atreven a compararse con otros. Esa idea se hizo ya impensable. Pero ya no es fuente de gran sufrimiento y lamentación: han alcanzado finalmente un punto en que dan su propia insignificancia por supuesta y ya no se interesan en sí mismos.

Decir, que estoy hecho a imagen de Dios es decir que el amor es la razón de mi existencia; pues Dios es amor.

El amor es mi verdadera identidad. La abnegación es mi verdadero yo. El amor es mi verdadero carácter. Amor es mi nombre.

Si, pues, hago, pienso o digo algo, conozco o deseo algo que no sea puramente por el amor de Dios, no puede darme sosiego ni descanso, satisfacción ni gozo.

Para hallar el amor debo entrar en el santuario donde está escondido: que es la esencia de Dios. Y para entrar en Su santidad debo volverme santo como Él es santo, perfecto como Él es perfecto. Nada de esto puede conseguirse por ningún esfuerzo mío, por ninguna labor mía, por ningún competir con otros hombres.. Significa abandonar todo camino que un ser humano pueda seguir o comprender.

Yo, que estoy sin amor, no puedo llegar a ser amor, a no ser que el Amor me identifique consigo. Pero si Él envía Su propio Amor, a Sí mismo, para que obre y ame en mí y en todo lo que yo haga, entonces seré transformado, descubriré quién soy y poseeré mi verdadera identidad perdiéndome en Él.

Y esto es lo que se llama santidad.

Una de las mayores paradojas de la vida mística es ésta: nadie puede penetrar en el más hondo centro de sí mismo y llegar por este centro hasta Dios, si no es capaz de salir enteramente de sí mismo y vaciarse de sí y entregarse a otros en la pureza de un abnegado amor.

Y así una de las peores ilusiones de la vida mística sería intentar hallar a Dios encerrándote dentro de tu propia alma, dejando afuera toda realidad externa mediante pura concentración y fuerza de voluntad, separándote del mundo y los demás hombres, apretándote dentro de tu mente y cerrando la puerta como una tortuga.

Afortunadamente, la mayoría de los hombres que lo intentaron no lo consiguieron. Pues el autohipnotismo es exactamente lo contrario de la contemplación. Entramos en posesión de Dios cuando Él invade todas nuestras facultades con Su luz y Su fuego infinito. Pero el procedimiento de narcotizar tu espíritu y aislarte ,de todo lo que vive, meramente te insensibiliza para todas las oportunidades del amor, que es la fuente de la contemplación.

Cuanto más me identifico con Dios, tanto más me identificaré con todos los demás que están identificados con Él. Su Amor vivirá en todos nosotros. Su Espíritu será nuestra única Vida, la Vida de todos nosotros y la Vida de Dios. Y nos amaremos los unos a los otros y amaremos a Dios con el mismo Amor con que nos ama y Se ama. Este Amor es Dios mismo.

Cristo rogaba que todos los hombres se hicieran Uno como Él era Uno con Su Padre, en la Unidad del Espíritu Santo. Por lo tanto, cuando tú y yo seamos lo que realmente deberíamos ser, descubriremos no sólo que nos amamos perfectamente, sino también que ambos vivimos en Cristo y Cristo en nosotros, y que todos somos un solo Cristo.

La perfección final de la vida contemplativa no es un cielo de individuos separados, contemplando cada uno su propia visión de Dios: es un mar de Amor que fluye por el único cuerpo y alma de todos los elegidos, todos los ángeles y santos, y su contemplación sería incompleta si no fuera compartida, o si fuera compartida con menos almas, o con espíritus capaces de menos visión y menos gozo.

Y yo tendré más gozo en el cielo y en la contemplación de Dios, si estás tú también allá para compartirla conmigo; y cuantos más estemos allá para compartirla, tanto mayor será el gozo de todos. Pues la contemplación no es finalmente perfecta si no es compartida. No llegamos a saborear la plena exultación de la gloria de Dios hasta que no compartimos Su infinito don de ella, rebosando y transmitiendo gloria por todo el cielo, y viendo a Dios en todos los demás, y sabiendo que Él es la Vida de todos nosotros y que todos somos uno en Él.

Aun en la tierra ocurre lo mismo, pero en la oscuridad. Esta unidad es algo de que no podemos todavía entender ni gozar salvo en la oscuridad de la fe. Pero aun ahí, cuanto más estamos solos con Dios, tanto más estamos unidos uno con otro; y el silencio de la contemplación es sociedad rica y profunda e interminable, no sólo con Dios, sino con los hombres. Pero quizá, por un tiempo, es mejor olvidarse de ello, porque podría turbar nuestra imaginación. Pues si recordáramos a los individuos y pensáramos en ellos en nuestra contemplación, esto tendería a apartarnos de Dios y por ende de la unión espiritual con ellos. Estamos más verdaderamente con ellos cuando ya no los conocemos claramente. Pues estamos todavía en transición, a la espera de hallar a Dios en ellos visible y claramente. Hasta entonces, los hallamos a ellos y a Dios en una sola oscuridad, que es la contemplación.

Cuanto más estamos a solas con Él, tanto más estamos uno con otro, en la oscuridad, aun siendo muchos. Y cuanto más vamos el uno al otro en labor, actividad y comunicación, según la voluntad y caridad de Dios, tanto más somos multiplicados en Él y, con todo, permanecemos en soledad.

Cuanto más solos tanto más juntos estamos; y cuanto más nos hallamos en sociedad, la verdadera sociedad de la caridad, no de las ciudades y turbas físicas, tanto más estamos con Él a solas. Pues en mi alma y en la tuya hallo al mismo Cristo que es nuestra Vida, y Él se halla a Sí mismo en nuestro amor, y todos juntos hallamos el paraíso, que es compartir Su Amor por Su Padre en la Persona de Su Espíritu.

Mi verdadera personalidad tendrá cumplimiento en el Cristo místico, sobre todo, de este modo: a través de mí, Cristo y Su Espíritu podrán amarte a ti y a todos los hombres y a Dios Padre, de un modo que no sería posible en ningún otro. El Amor surge de Dios y nos atrae a Dios para volverse a verter en Dios a través de todos nosotros y devolvernos a Él en la corriente de Su misericordia infinita.

Así todos nos convertimos en avenidas y ventanas a través de las cuales lanza Dios su brillo al interior de Su propia casa.

Cuando el Amor de Dios está en mí, Dios puede amarte a ti a través de mí, y tú puedes amar a Dios a través de mí. Si mi alma estuviera cerrada a tal amor, el amor de Dios por ti y tu amor por Dios y el amor de Dios por Sí mismo en ti y en mí tendrían negada la expresión particular que encuentran a través de mí y de ningún otro.

Estando el amor de Dios en mí, puede llegar a ti desde una dirección especial y distinta que estaría cerrada si Él no viviera en mí; y estando Su amor en ti, puede venir a mí desde un sitio del que, de otro modo, no vendría. Y por estar Su amor en ambos, Dios tiene mayor gloria. Su amor tiene dos modos más de expresión, en que, en otro caso, no podría expresarse: esto es, dos gozos más que no podrían existir sin Él.

Vivamos en este amor y esta felicidad, tú y yo y todos nosotros, en el amor de Cristo y en la contemplación; pues ahí es donde nos hallamos a nosotros mismos, y el uno al otro, como verdaderamente somos. Sólo en este amor llegamos finalmente a ser reales. Pues es ahí donde más verdaderamente compartimos la vida de un Dios en tres Personas. Dios en Su Trinidad de relaciones subsistentes dista infinitamente de toda sombra de egoísmo. Pues el Dios uno no subsiste aparte y solo en su unidad; subsiste como Padre, como Hijo y como Espíritu Santo. Estos tres son uno; pero aparte de ellos Dios no subsiste también como uno. Es tres Personas, mas un Dios. Las Personas no son independientes ni están solas. Son Uno y, sin embargo, cada una existe para las otras.

El Dios uno que existe en tres Personas es un círculo de relaciones en el que Su infinita realidad, el Amor, es siempre idéntica y siempre renovada, siempre perfecta y siempre total, empezando siempre y no terminando nunca, absoluta, perdurable y plena.

En el Padre el infinito Amor de Dios está siempre empezando, y en el Hijo es siempre pleno, y en el Espíritu Santo es perfecto y nunca cesa de descansar en su eterna fuente. Pero si sigues al Amor en su procedencia o en su término de Persona a Persona, será inútil que por sus huellas intentes encontrar dónde se detiene, ni lo podrás apresar, ni serás capaz de fijarlo en una de las Personas como si Esta pudiera apropiarse el fruto del amor de las otras. Pues el Amor Uno de las Tres Personas es un infinitamente rico dar de Sí mismo que nunca cesa ni es tomado, sino que siempre es perfectamente dado. y sólo recibido para ser perfectamente compartido.

Como el Amor de Dios nunca encuentra un *yo* capaz de detenerlo y absorberlo, la Vida y la Felicidad de Dios son absolutamente infinitas, ¡perfectas e inagotables. Por lo tanto no puede haber egoísmo en Dios, porque los tres Yoes de Dios son tres relaciones subsistentes de generosidad, rebosantes y superabundantes en gozo en el don de su Vida única.

La vida interior de Dios es la contemplación perfecta. Nuestro gozo y nuestra vida están destinados a no ser sino una participación ~n la Vida de las tres Personas. En Ellas viviremos un día enteramente en Dios, y cada uno en los demás, como las Personas de Dios viven cada una en las otras.

5. UN CUERPO DE HUESOS ROTOS

Tú y yo y todos los hombres fuimos hechos para hallar nuestra identidad en el Cristo místico, en quien nos completamos todos mutuamente “en un hombre perfecto, en la medida de la edad de la plenitud de Cristo”.

Cuando alcancemos la perfección del amor que es la contemplación de Dios en Su gloria, nuestras personalidades inalienables, aunque permaneciendo eternamente distintas, se combinarán, sin embargo, en UNA, de modo que cada uno de nosotros se hallará en todos los demás; y Dios será la vida y realidad de todos. Omnia in omnibus Deus.

Dios es un Fuego devorador. Él solo puede refinarnos como oro y separarnos de la escoria de nuestra egoísta individualidad, para fundirnos en esa totalidad de unidad perfecta que reflejará para siempre Su propia Vida trina y una.

Mientras rehusemos a Su amor el poder de consumirnos enteramente y unirnos en Él, el oro que hay en nosotros quedará oculto por la roca y el barro que nos mantienen opuestos uno a otro.

Mientras no seamos purificados por el amor de Dios y transformados en Él en la unión de la pura santidad, permaneceremos separados, opuestos uno a otro, y la unión entre nosotros será cosa precaria y dolorosa, llena de trabajos y penas, y sin cohesión duradera.

En todo el mundo, a lo largo de toda la historia aun entre los religiosos y los santos, Cristo sufre desmembramiento.

Su Cuerpo físico fue crucificado por Pilatos y los fariseos; su Cuerpo místico es estirado y descuartizado época tras época por los demonios, en la angustia de la desunión que se cría y vegeta en nuestras almas propensas al egoísmo y al pecado.

Por toda la faz de la tierra la avaricia y la concupiscencia de los hombres crían incesantes divisiones entre ellos, y las heridas que arrancan a los hombres de la unión se abren y agrandan en guerras enormes. Asesinatos, matanzas, revoluciones, odios, muerte y tortura de cuerpos y almas, destrucción de ciudades por el fuego, hambre de millones de seres, aniquilamiento de poblaciones y finalmente la cósmica inhumanidad de la guerra atómica: Cristo es asesinado en Sus miembros, desgarrado a pedazos; Dios es asesinado en los hombres.

La historia del mundo, con la destrucción material de ciudades y naciones, expresa la división que tiraniza las almas de todos los hombres y hasta de los santos.

Aun los inocentes, aun aquellos en quienes Cristo vive por la caridad, aun aquellos que desean de todo corazón amarse los unos a los otros, permanecen divididos y separados. Aunque son ya uno en Él, su unión se les oculta, porque todavía posee solamente la secreta sustancia de sus almas.

Pero su mente, su juicio y sus deseos, sus caracteres y facultades humanos, sus apetitos e ideales están todos aprisionados en la escoria de una mundanidad inevitable, que el puro amor no ha podido refinar todavía.

Mientras permanezcamos en la tierra, el amor que nos une nos traerá sufrimientos por nuestro mismo contacto recíproco, porque este amor es el reajuste de un Cuerpo de huesos rotos. Ni los santos pueden vivir con santos, en esta tierra, sin alguna angustia, sin algún dolor ante las diferencias que ocurren entre ellos.

Los hombres pueden hacer dos cosas acerca del dolor de la desunión con otros hombres. Pueden amar u odiar.

El odio retrocede ante el sacrificio y el dolor que son el precio de este reajuste de huesos. Rechaza el dolor de la reunión. Identifica la angustia con los otros hombres, cuya presencia causa angustia en nosotros recordándonos nuestra desunión.

El odio intenta curar la desunión aniquilando a los que no están unidos con nosotros. Busca la paz por la eliminación de todos los que no somos nosotros mismos.

Pero el amor, con su aceptación del dolor de la reunión, empieza a sanar todas las heridas.

Es principalmente en el sufrimiento y el sacrificio requeridos para que los hombres vivan juntos en paz y armonía donde el amor es perfeccionado en nosotros, donde nos preparamos para la contemplación.

Pues el cristianismo no es meramente una doctrina o sistema de creencias: es Cristo que vive en nosotros y une a los hombres unos con otros en Su propia Vida y unidad. “Yo en ellos y Tú, Padre, en Mí, para que sean perfectos en Uno... Y la gloria que Tú me has dado les di Yo para que sean Uno como nosotros somos Uno. In hoc cognoscent omnes quia mei estis discipuli, si dilectionem habueritis ad invicem.

“El que ama no mora en la muerte”.

Si consideras la contemplación principalmente como medio de escapar a las miserias de la vida humana, como un apartamiento de la angustia y sufrimiento de esta lucha por la reunión con otros hombres en la caridad de Cristo, no sabes lo que es la contemplación y nunca hallarás a Dios en tu contemplación. Pues es precisamente en la recuperación de nuestra unión con nuestros hermanos en Cristo donde descubrimos a Dios y Lo conocemos, pues entonces Su vida empieza a penetrar en nuestras almas, y Su amor posee nuestras facultades, y somos capaces de descubrir quién es por la experiencia de Su propia generosidad reflejada en nuestra voluntad purificada.

Hay sólo una verdadera huida del mundo: no es una fuga lejos de tribulaciones, conflictos, dificultades y sufrimientos; sino una fuga de la desunión y separación hacia la unidad y la paz en el amor de los otros.

¿Qué es el “mundo” por el cual no quiso Cristo rogar y del cual dijo que sus discípulos estaban en él, pero no eran de él? El mundo es la inquieta ciudad de los que viven para sí mismos y están por tanto divididos unos contra otros en una lucha que no puede terminar; pues continuará eternamente en el infierno. Es la ciudad de los que luchan por cosas limitadas y por el monopolio de bienes y placeres que no pueden ser compartidos por todos.

Pero si intentas escapar de este mundo saliendo solamente de la ciudad y escondiéndote en la soledad, no harás más que llevar contigo la ciudad a la soledad; y sin embargo puedes estar enteramente fuera del mundo permaneciendo en medio de él, si dejas que Dios te libre de tu propio egoísmo y vives sólo para el amor.

Porque huir del mundo no es otra cosa que huir del egoísmo. Y el hombre que se encierra con su propio egoísmo se coloca en una posición en que el mal que lleva dentro lo poseerá como un demonio o lo enloquecerá.

Por esto es peligroso ir a la soledad únicamente por el hecho de que te guste estar solo.

6. SOLEDAD

La soledad física, silencio exterior y recogimiento real son todos moralmente necesarios para el que quiera hacer vida contemplativa; pero, como todo lo demás de la creación, no son sino medios para un fin, y si no comprendemos el fin haremos mal uso de los medios.

Debemos, pues, recordar que buscamos la soledad para aumentar en ella nuestro amor a Dios y al prójimo. No vamos al desierto para huir de los hombres, sino para aprender a encontrarlos; no los dejamos para no tener ya nada que ver con ellos, sino para descubrir el modo de hacerles el máximo bien. Pero éste es siempre tan sólo un fin secundario.

El fin que los incluye a todos es el amor de Dios.

La soledad más verdadera no es algo externo a ti, no es ausencia de hombres y sonidos en torno tuyo: es un abismo que se abre en el centro de tu alma.

Y este abismo de soledad interior se crea por un hambre que no se satisfará jamás con cualquiera de las cosas creadas.

El único modo de hallar la soledad es mediante hambre y sed, pesar, pobreza y deseo, y el hombre que halló la soledad está vacío, como si lo hubiera vaciado la muerte.

Ha avanzado más allá de todos los horizontes. No le quedan direcciones en que moverse. Se trata de un país cuyo centro está en todas partes, y cuya circunferencia no se halla en sitio ninguno. No lo encuentras viajando, sino estando quedo.

Sin embargo, es en tal soledad donde empiezan las más hondas actividades. Es aquí donde descubres acto sin moción, labor que es profundo reposo, logro que se extiende a lo infinito.

Aunque es cierto que esta soledad está en todas partes, hay un procedimiento para hallarla que hace referencia al espacio real, a la geografía, al aislamiento físico lejos de las villas y ciudades de los hombres.

Debe haber por lo menos una pieza, o algún rincón, donde nadie te encuentre, turbe ni note. Debes poder desatarte del mundo y quedar libre, aflojadas todas las finas cuerdas e hilos de tensión que te ligan, por la vista, el sonido, el pensamiento, a la presencia de otros hombres.

Una vez que hayas hallado tal lugar, conténtate con él y no te turbes si, por una buena razón, tienes que dejarlo. Ámalo y vuelve a él tan pronto como puedas y no te apresures a cambiarlo por otro.

Dijimos que la soledad importante para un contemplativo es, ante todo, algo interior y espiritual. Admitimos que es posible vivir en honda y sedante soledad interior, aun en medio del mundo y su confusión. Pero a veces se abusa de esta verdad en la religión. Hay hombres dedicados a Dios cuyas vidas están llenas de inquietud y que no tienen un deseo real de estar solos. Admiten que la soledad exterior es buena en teoría, pero insisten en que es mucho mejor conservar la soledad interior viviendo en el mundo. En la práctica, sus vidas son devoradas por actividades y estranguladas por apegos. La soledad interior es imposible para ellos. La temen. Hacen todo lo posible para huir de ella. Peor aún, intentan atraer a todos a actividades incesantes, devoradoras como las suyas. Son grandes promotores de obras inútiles. Les gusta organizar reuniones y banquetes, cursos y conferencias. Publican circulares, escriben cartas, hablan durante horas por teléfono para poder reunir un centenar de personas en una gran sala, donde

llenan el aire de humo, hacen gran ruido, se gritan el uno al otro, aplauden y, finalmente, parten agobiados para la casa, dándose golpecitos en la espalda, convencidos de que hicieron grandes cosas para ensanchar el Reino de Dios.

No hallarás nunca la soledad interior si no haces un esfuerzo consciente para librarte de los deseos, cuidados e intereses de una existencia en el tiempo y en el mundo.

Haz todo lo que puedas por evitar las diversiones, ruidos y negocios de los hombres. Mantente lo más lejos posible de los lugares donde se juntan para engañarse e insultarse mutuamente, para explotarse recíprocamente, para reírse y burlarse el uno del otro con sus falsos ademanes de amistad. No leas sus periódicos si no estás realmente obligado a mantenerte al corriente de lo que sucede. Los diarios son una penitencia, no una diversión. Alégrate si puedes mantenerte fuera del alcance de sus radios. No te preocupes por sus espantosas canciones ni su intolerable preocupación por el aspecto y las sensaciones de sus cuerpos.

No fumes sus cigarrillos, ni bebas lo que ellos beben, ni compartas su preocupación por diferentes clases de alimento. No compliques tu vida mirando las ilustraciones de sus revistas.

Mantén limpios tus ojos, tranquilos tus oídos y sereno tu espíritu. Respira el aire de Dios. Trabaja, si puedes, bajo Su cielo.

Pero, si has de vivir en una ciudad y trabajar entre máquinas, viajar en subterráneo y comer en un sitio donde la radio te ensordece con noticias falsificadas, la comida destruye tu vida y los sentimientos de los que te rodean emponzoñan tu corazón de tedio, no te turbes, sino acéptalo como el amor de Dios y como semilla de soledad sembrada en tu alma, y alégrate de ese sufrimiento; pues te mantendrá atento a la próxima ocasión de escapar a ellos y estar solo en el sanativo silencio del recogimiento y en la sosegada presencia de Dios.

Recuerda, sin embargo, que si buscas la evasión por sí misma y huyes del mundo por ser éste (como ha de ser) intensamente desagradable, no hallarás la paz ni la soledad. Si buscas la soledad meramente porque la prefieres, nunca escaparás al mundo y su egoísmo; nunca tendrás la libertad interior que puede mantenerte realmente solo.

El demonio tiene un completo sistema de teología y filosofía, que explicará, a todo el que quiera escuchar, que las cosas creadas son malas, que los hombres son malos, que Dios creó el mal y quiere que los hombres sufran el mal y se alegra del sufrimiento de los hombres; en fin, que el universo entero está lleno de angustia porque así Dios lo ha querido y proyectado.

Los que escuchan tal explicación, la asimilan y se gozan en ella, llegan a formarse una idea de la vida espiritual como de una especie de hipnosis del mal. Los conceptos de pecado, sufrimiento, condenación, castigo, justicia de Dios, pena, fin del mundo y demás, son cosas acerca de las cuales se relamen con indecible placer. Acaso lo hagan porque obtienen una satisfacción profunda, subconsciente, al pensar cuántas personas caerán en el infierno de que ellos se salvarán. Y ¿cómo saben que van a salvarse? No pueden dar ninguna razón definida, salvo el hecho de que tienen una sensación de alivio al pensar que todo aquel sufrimiento espera a casi todo el mundo, menos a ellos.

A este sentimiento de complacencia lo llaman “fe”, y constituye una especie de convicción de que están “salvados”.

El demonio hace muchos discípulos predicando contra el pecado. Los convence del gran mal del pecado, induce una crisis emotiva que los persuade de que Dios pasa por alto sus culpas y después de esto los deja pasar el resto de su vida meditando cuán intensamente pecadores y evidentemente réprobos son los demás hombres.

La teología moral del demonio parte del principio: “El placer es pecado.” Luego desarrolla el principio invirtiendo los términos: “Todo pecado es placer.”

Después, señala que el placer es prácticamente inevitable y que tenemos una tendencia natural a hacer lo que nos place, de lo que concluye que nuestras tendencias naturales son malas y que nuestra naturaleza es mala de por sí. Y nos conduce a la conclusión de que nadie puede evitar el pecado, puesto que el placer es inevitable.

Luego, para asegurarse de que nadie intente escapar al pecado, añade que lo que es inevitable no puede ser pecado. Después todo el concepto del pecado es arrojado por la ventana como impertinente, y la gente decide que no queda sino vivir para el placer, y de este modo placeres que son naturalmente buenos vuelven malos por degradación y se desperdician las vidas en la infelicidad y el pecado.

Ocurre a veces que ciertos hombres que predicán vehementemente sobre el mal y su castigo, de modo que parecen no pensar en otra cosa que en el pecado, son en realidad inconscientes odiadores del prójimo. Piensan que el mundo no los aprecia en su valor, y éste es su modo de desquitarse.

El demonio no teme predicar la voluntad de Dios, mientras pueda hacerlo a su modo.

El argumento se desarrolla a este tenor: “Dios quiere que obres rectamente. Pero tú sientes una atracción interior que te dice, mediante un delicioso calor de satisfacción, lo que es recto. Por lo tanto, si tus superiores intentan intervenir y obligarte a hacer algo que no produce este agradable sentimiento de satisfacción interior, cita la Sagrada Escritura, diles que debes obedecer a Dios antes que a los hombres, y luego echa adelante y haz tu propia voluntad, haz lo que te produce este delicioso calor.”

8. INTEGRIDAD

Muchos poetas no son poetas por la misma razón por que muchos religiosos no son santos: jamás logran ser ellos mismos. Nunca consiguen llegar a ser el determinado poeta o el determinado monje que deberían ser en la intención de Dios. Nunca se convierten en el hombre o el artista que debería surgir de todas las circunstancias de su vida individual.

Desperdician sus años en vanos esfuerzos por ser otro poeta, otro santo. Por muchas absurdas razones, están convencidos de que están obligados a convertirse en alguien que murió doscientos años antes y vivió en circunstancias completamente ajenas a las suyas.

Gastan su espíritu y su cuerpo en un inútil esfuerzo por tener las experiencias de otro o escribir los poemas o poseer la santidad de otro.

Puede haber un intenso egoísmo en el hecho de seguir a todos los demás. La gente tiene prisa por engrandecerse a sí misma imitando lo que es popular... y es demasiado perezosa para pensar en algo mejor.

La prisa estropea por igual a santos y a artistas. Desean un éxito rápido y tienen tal prisa por lograrlo, que no les queda tiempo para ser fieles a sí mismos. Y cuando la locura los invade arguyen que su misma prisa es una especie de integridad.

En los grandes santos se ve coincidir la perfecta humildad con la perfecta integridad. Ambas resultan ser prácticamente lo mismo. El santo es distinto de todos los demás hombres precisamente porque es humilde.

En lo que respecta a lo accidental de esta vida, la humildad puede contentarse con lo que satisface a la generalidad de los hombres. Mas esto no significa que la esencia de la humildad consista en ser como todos los demás. Por el contrario, la humildad consiste en ser precisamente la persona que eres realmente ante Dios y, como no hay dos personas iguales, si tienes la humildad de ser tú mismo no serás igual a ningún otro en todo el universo. Pero no es necesario que esta individualidad se afirme en la superficie de la vida cotidiana. No será una cuestión de meras apariencias, opiniones, gustos o maneras de hacer las cosas. Es algo muy hondo en el alma.

Para el hombre verdaderamente humilde, los modos, costumbres y hábitos humanos no son motivo de choque. Los santos no se excitan acerca de lo que la gente lícitamente come y bebe, lleva sobre su cuerpo o cuelga de las paredes de sus casas. Hacer de la conformidad o disentimiento con otros una cuestión de vida o muerte es llenar tu vida interior de confusión y estrépito. Pasando por alto tales cosas como algo sin importancia, el hombre humilde toma todo lo que hay en el mundo que pueda ayudarlo a hallar a Dios y deja a un lado el resto.

Es capaz de ver con claridad completa que lo que es útil para él puede ser inútil para otro y lo que ayuda a otros a ser santos puede causar su ruina. Por esto la humildad lleva consigo un profundo refinamiento de espíritu, un sosiego, tacto y sentido común, sin los cuales no existe sana moralidad.

No es humildad insistir en ser alguien que no eres. Es como si dijeras que sabes mejor que Dios quién eres y quién deberías ser. ¿Cómo esperas llegar al fin de tu propia jornada, si tomas el camino que lleva a la ciudad de otro? ¿Cómo esperas alcanzar tu propia perfección llevando la vida de otro? Su santidad no será nunca la tuya: debes

tener la humildad de procurar tu propia salvación en una oscuridad en que te encuentres absolutamente solo...

Y así necesitas una humildad heroica para ser tú mismo y nadie más que el hombre, o el artista, que debes ser en la intención de Dios.

Te harán sentir que tu sinceridad es tan sólo orgullo. esta es una tentación grave, pues nunca puedes estar seguro de si eres fiel a tu verdadero yo o sólo estás levantando una defensa para la falsa personalidad que es criatura de tu propio apetito de reputación.

Pero la máxima humildad puede aprenderse en la angustia de mantener el equilibrio en esta posición: continuar siendo tú mismo sin llegar a ser rudo por ello y sin imponer tu falso yo a los falsos yoes de los otros.

La perfección no es algo que puedas adquirir como un sombrero: entrando en una tienda, probando varios y saliendo diez minutos más tarde con uno que ajuste bien en la cabeza. Sin embargo, hay personas que entran en un monasterio con esta idea.

Están ansiosos por probarse el primer sistema disponible y pasar el resto de su vida con esa cosa en la cabeza.

Devoran libros de piedad indistintamente, sin pararse a considerar cuánto de lo que leen conviene, o puede aplicarse, a su propia vida. Su principal preocupación es adquirir tantas muestras externas como sea posible y decorar su persona con los rasgos que tan rápidamente han llegado a asociar a la perfección. Y se pasean con ropa cortada a la medida de otras personas y situaciones.

Si hacen esta tarea esmeradamente, es fácil que sus disfraces espirituales sean muy admirados. Como los artistas de éxito, vuélvense comerciales. Tras esto, no hay mucha esperanza para ellos. Son buena gente, sí; pero están fuera de su sitio y se desperdiciará gran parte de su bienintencionada energía. Han llegado a estar satisfechos con su propia marca de santidad y con la perfección que tejieron para sí con los hilos de su propia imaginación.

Y Dios mismo, que deseaba crear su especial perfección y su gozo, habrá de aguardar a que pasen por un laborioso purgatorio antes de poder hacerlo finalmente.

Uno de los primeros signos del santo es a veces el hecho de que otros hombres no saben qué pensar de él. En realidad, no están seguros de si está loco o es solamente un orgulloso; pero debe de ser por lo menos orgullo el hallarse asediado por un ideal que nadie, sino Dios, realmente comprende. Y tiene inevitables dificultades para aplicar todas las abstractas normas de “perfección” a su propia vida. No parece poder ajustar su vida a los libros.

A veces su caso es tan malo que ningún monasterio quiere tenerlo. Tiene que ser despedido, devuelto al mundo como Benito José Labre, que quiso ser trapense y cartujo y no logró su deseo en ningún caso. Terminó finalmente como vagabundo. Murió en una calle cualquiera de Roma.

Sin embargo, el único santo canonizado, venerado por toda la Iglesia, que haya vivido como cisterciense o cartujo, desde la Edad Media, es San Benito José Labre.

9. LA RAIZ DE LA GUERRA ES EL MIEDO.

El concepto de “virtud” no atrae a los hombres, porque ya no se interesan en llegar a ser buenos. Sin embargo, si les dices que Santo Tomás habla de las virtudes como “hábitos del intelecto práctico”, quizá presten alguna atención a tus palabras. Les place la idea de algo que, al parecer, pueda avivar su inteligencia.

Nuestra mente es como la corneja. Recoge todo lo que brilla, por incómodo que quede nuestro nido con tanto metal en él.

Los demonios están muy contentos con el alma que sale de su seco hogar y tiembla bajo la lluvia sin otra razón que la de estar seca su casa.

Tengo muy leve idea de lo que ocurre en el mundo; pero de vez en cuando veo algunas de las cosas que están dibujando y escribiendo allá, y esto me convence de que todos están viviendo en ceniceros. Me alegra no poder oír lo que están cantando.

Si un escritor es tan cauto que no escribe nunca nada que pueda ser criticado, nunca escribirá nada que pueda ser leído. Si quieres ayudar a otros tienes que decidirte a escribir cosas que algunos condenarán.

El poeta entra en sí mismo para crear. El contemplativo entra en Dios para ser creado.

Un poeta católico debería ser apóstol siendo ante todo poeta; no intentar ser poeta siendo ante todo un apóstol. Pues si se presenta a su público como poeta, será juzgado como tal, y si no es buen poeta, quedará en ridículo su apostolado.

Si escribes para Dios llegarás al corazón de muchos hombres y les causarás alegría.

Si escribes para los hombres..., acaso hagas algún dinero, causes a alguien algún pequeño gozo y hagas cierto ruido en el mundo por breve tiempo.

Si escribes para ti mismo, podrás leer lo que has escrito, y al cabo de diez minutos estarás tan asqueado que desearás haber muerto.

En la raíz de toda guerra está el miedo: no tanto el miedo que los hombres se tienen mutuamente, sino el miedo que le tienen a *todo*. No es meramente que no confíen el uno en el otro: no se fían ni de sí mismos. Si no están seguros de que alguien no va a volverse contra ellos para matarlos, lo están todavía menos de que ellos mismos no se volverán contra sí para matarse. No pueden confiar en nadie, porque han dejado de creer en Dios.

¿Quieres terminar las guerras pidiendo a hombres que confíen en hombres en quienes evidentemente no puede confiarse? No. Enséñales a amar a Dios y a confiar en él; entonces podrán amar a los hombres en quienes no pueden confiar, y osarán hacer la paz con ellos, no confiando en ellos, sino en Dios.

Pues solamente el amor (que significa humildad) puede expulsar el miedo que es la raíz de toda guerra.

Si realmente los hombres quisieran la paz, la pedirían a Dios, y Él se la daría. Pero ¿por qué ha de dar Él al mundo una paz que éste no desea realmente? Pues la paz que el mundo parece desear no es realmente en ningún modo la paz.

Para algunos la paz significa tan sólo tranquilidad para explotar a otros sin miedo a represalias o injerencias. Para otros la paz significa libertad para robarse mutuamente sin interrupción. Para ciertos hombres significa asueto para devorar los bienes de la tierra sin verse obligados a interrumpir sus placeres para alimentar a aquellos que su codicia está matando de hambre. Y para casi todo el mundo la paz significa simplemente ausencia de toda violencia física que pudiese arrojar sombras sobre vidas dedicadas a la satisfacción de su apetito animal de comodidades y placeres.

Muchos como éstos han pedido a Dios lo que ellos entendían por “paz” y se han extrañado de que su ruego no fuese atendido. No podían comprender que, en realidad, lo había sido. Dios los dejaba con lo que deseaban, pues su idea de paz era sólo otra forma de la guerra.

Así, pues, en vez de amar lo que crees ser la paz, ama al prójimo y ama a Dios sobre todo. Y en vez de odiar a los hombres que tienes por promotores de guerras, odia los apetitos y el desorden de tu propia alma, que son las causas de la guerra.

10. EL INFIERNO COMO ODIO

El infierno está donde nadie tiene nada en común con otro alguno, excepto el odiarse todos uno a otro y no poder separarse unos de otros ni de sí mismos. Están todos revueltos en su fuego, y cada uno intenta apartar a los otros de sí con un odio enorme, impotente. Y la razón porque desean estar libres unos de otros no es tanto el odiar lo que ven en otros como el saber que los otros odian lo que ven en ellos; y todos, uno en otro, reconocen lo que detestan en sí mismos, egoísmo e impotencia, angustia, terror y desesperación.

El árbol se conoce por sus frutos. Si quieres comprender la historia social y política de las naciones modernas, estudia el infierno.

Y sin embargo el mundo, con todas sus guerras, no es aún el infierno. Y la historia, por terrible que sea, tiene otro sentido, más profundo. Pues no es el mal de la historia lo que le da importancia y no es el mal de nuestro tiempo aquello por lo cual nuestro tiempo puede ser comprendido. En la hoguera de la guerra y el odio, la Ciudad de aquellos que se aman es fundida y unida en el heroísmo de la caridad bajo el sufrimiento, mientras que la ciudad de aquellos que lo odian todo es deshecha y dispersada, y sus ciudadanos lanzados en todas direcciones, como chispas, humo y llamas.

Nuestro Dios es también un fuego devorador. Y si nosotros, por el amor, nos transformamos en Él y ardemos como Él arde, su fuego será nuestro pozo eterno. Pero si rechazamos su amor y permanecemos en la frialdad del pecado y la oposición a Él y a los demás hombres, entonces su fuego (elegido por nosotros más bien que por Él) se convertirá en nuestro eterno enemigo; y el Amor, en vez de ser nuestro gozo, será nuestro tormento y nuestra destrucción.

Cuando amamos la voluntad de Dios, lo hallamos y reconocemos Su gozo en todas las cosas. Pero cuando estamos contra Dios, esto es, cuando nos amamos a nosotros mismos más que a Él, todas las cosas se nos vuelven enemigas. No pueden dejar de rehusarnos la ilícita satisfacción que nuestro egoísmo les exige, porque la infinita generosidad de Dios es la ley de toda esencia creada y está impresa en todo lo que Él ha hecho y sólo puede ser amiga de Su generosidad que es también la ley fundamental de la vida de los hombres.

No hay nada que interese en el pecado, ni en el mal en su calidad de mal.

Y ese mal no es un ente positivo, sino la falta de una perfección que debería existir.

El pecado, como tal, es esencialmente aburrido, porque es la falta de algo que podría atraer nuestra voluntad y nuestro espíritu.

Lo que atrae a los hombres a los actos malos no es el mal, sino el bien que hay en ellos, visto bajo falso aspecto y con torcida perspectiva. Y el bien que se ve de este modo es sólo el cebo de la trampa. Cuando quieres alcanzarlo, salta la trampa y sólo te queda el asco, el hastío..., y el odio. Los pecadores son gente que lo odian todo, porque su mundo está necesariamente lleno de traición, lleno de engaño, lleno de decepción. Y

los máximos pecadores son la gente más tediosa del mundo, porque es también la que más se aburre y la que encuentra más tedio en la vida.

Cuando intentan cubrir el tedio de la vida con ruido, excitación, agitación y violencia (inevitables frutos de una vida dedicada al amor de valores que no existen), se convierten en algo más que tediosos: son azotes del mundo y la sociedad. Y ser azotado no es meramente algo insulso y tedioso.

Sin embargo, cuando terminó todo y han muerto, el rastro de sus pecados en la historia se vuelve extremadamente falto de interés y se inflige a los escolares como penitencia, que es tanto más cruel cuanto que hasta un niño de ocho años puede notar fácilmente la inutilidad de aprender los hechos de gente como Hitler y Napoleón.

11. FE

El principio de la contemplación es la fe. Si hay algo esencialmente erróneo en tu concepción de la fe no serás nunca un contemplativo. He aquí algunas de las ideas erróneas acerca de lo que es la fe.

Ante todo, no es una emoción, no es un sentimiento. No es un ciego impulso subconsciente hacia algo vagamente sobrenatural. No es simplemente una necesidad elemental del espíritu del hombre. No es el sentimiento de la existencia de Dios. No es la convicción de estar salvado o “justificado” sin razón especial alguna, excepto la de que uno así lo siente. No es algo enteramente interior y subjetivo, sin referencia a ningún motivo externo. No es algo que suba burbujando de los recodos de tu alma y te llene de un indefinible “sentimiento” de que todo está muy bien. No es algo tan puramente tuyo que su contenido sea incomunicable. No es un mito personal tuyo que no puedas compartir con nadie y cuya validez objetiva no importe para ti, ni para Dios, ni para ningún otro.

Pero tampoco es una opinión. No es una convicción fundada en el análisis racional. No es fruto de una prueba científica. Sólo puedes creer lo que no sabes. En cuanto lo sabes, ya no lo crees, por lo menos no del mismo modo como lo sabes.

La fe es ante todo un asentimiento intelectual. Perfecciona la mente, no la destruye. Pone el entendimiento en posesión de una verdad que la razón no puede asir de por sí. Nos da certidumbre respecto a Dios como Él es en Sí mismo; la fe es el camino para un contacto vital con un Dios viviente y no la visión de un abstracto primer Principio deducido por silogismos a partir de la prueba de las cosas creadas.

Pero el asentimiento de la fe no se funda en la prueba intrínseca de un objeto visible. El acto de creer une dos miembros de una proposición que no tienen conexión en nuestra experiencia natural. Pero tampoco hay nada al alcance de la razón que permita argüir que son inconexos. Las afirmaciones que piden el asentimiento de la fe son simplemente neutrales con respecto a la razón. No hay prueba que indique su falsedad o su verdad. Asentimos a ellas por algo distinto de una prueba intrínseca. Aceptamos su verdad como revelada, y el motivo de nuestro asentimiento es la autoridad de Dios, que las revela. No se pide a la fe que dé satisfacción completa al entendimiento. Lo deja suspendido en la oscuridad, sin una luz adecuada a su modo de conocer. Pero no lo frustra, ni lo niega ni lo destruye. Lo sosiega con una convicción que él sabe que puede aceptar de modo completamente racional bajo la conducción del amor. Pues el acto de fe es un acto en que el entendimiento se contenta con conocer a Dios *amándolo* y aceptando sus afirmaciones sobre Sí mismo en Sus propios términos. Y este asentimiento es completamente racional, porque se funda en la comprobación de que nuestra razón no nos puede decir nada acerca de Dios como Él realmente es en Sí mismo y en el hecho de que Dios mismo es realidad infinita y, por tanto, Verdad, Sabiduría, Poder y Providencia infinitas, y puede revelarse con absoluta certidumbre del modo que le plazca y certificar Su propia revelación de Sí mismo por signos externos.

En último término la fe es la única llave del universo. El significado final de la existencia humana, y las respuestas a preguntas de que depende toda nuestra felicidad no pueden hallarse de otro modo.

El Dios viviente, el Dios que es Dios y no una abstracción filosófica, se halla infinitamente fuera del alcance de cualquiera de las cosas que nuestros ojos puedan ver o nuestras mentes comprender. Cualquiera que sea la perfección que le atribuyas, debes añadir que tu concepto es solamente una pálida analogía de la perfección que hay en Dios y que Él no es literalmente lo que tú concibes con ese término.

Él, que es luz infinita, es tan deslumbrante en Su evidencia, que nuestra mente lo ve sólo como oscuridad. *Lux in tenebris lucet et tenebrae eam non comprehenderunt.*

Si nada de lo visible puede ser Dios ni representárnoslo como es, para hallar a Dios debemos pasar más allá de todo lo que se puede ver y entrar en la oscuridad. Puesto que nada de lo que se puede oír es Dios, para hallarlo debemos penetrar en el silencio.

Como Dios no puede ser imaginado, todo lo que nuestra imaginación nos dice acerca de Él es en último término una mentira y, por lo tanto, no podemos conocerlo como realmente es, si no vamos más allá de todo lo que pueda imaginarse y entramos en una oscuridad sin imágenes ni semejanzas de cosa creada.

Y como Dios no puede ser visto ni imaginado, las visiones de Dios que leemos que tuvieron los santos no son tanto visiones *de* Él como visiones *acerca de* Él; pues *ver* algo no es verlo a Él.

Dios no puede ser comprendido sino por Sí mismo. Si hemos de comprenderlo, únicamente podemos hacerlo siendo de algún modo transformados en Él, de modo que Lo conozcamos como Él se conoce. Y Él no se conoce por medio de ninguna representación de Sí mismo: Su propio Ser infinito es el propio conocimiento de Sí mismo, y no Lo conoceremos como Él se conoce hasta que estemos unidos a lo que Él es.

La fe es el primer paso en esta transformación, porque es un conocimiento que conoce sin imágenes ni representación, mediante una amante identificación con el Dios vivo en la oscuridad.

La fe no llega al entendimiento mediante los sentidos, sino por una luz infundida directamente por Dios. Como esta luz no pasa por los ojos, ni la imaginación, ni la razón, su certidumbre se convierte en nuestra propia certidumbre sin ningún vestido de apariencia creada, sin ninguna semejanza que pueda ser imaginada o descrita. Es cierto que el lenguaje del artículo de fe al cual asentimos representa cosas que pueden imaginarse, pero al imaginarlas las concebimos mal y tendemos a extraviarnos. En último término no podemos imaginar la conexión entre los dos términos de la proposición: “En Dios hay tres Personas y una Naturaleza.” Y sería un gran error el intentarlo.

Si crees, si haces un simple acto de sumisión a la autoridad de Dios que propone un artículo de la fe externamente mediante su Iglesia, recibes el don (la fina luz interior que es tan simple que desafía la descripción y tan pura que sería grosero llamarla experiencia. Pero es una luz verdadera, que perfecciona el entendimiento del hombre con una perfección que está mucho más allá de la ciencia.

La misma oscuridad de la fe es argumento en favor de su perfección. Es oscuridad para nuestras mentes por lo mucho que trasciende su debilidad. Cuanto más perfecta es la fe, tanto más oscura se vuelve. Cuanto más próximos nos hallamos a Dios, tanto menos se diluye nuestra fe con la media luz de las imágenes y conceptos creados. Nuestra certidumbre aumenta con esta oscuridad, pero no sin angustia y aun serias dudas, porque no hallamos fácil el subsistir en un vacío en el que nuestras facultades naturales no tienen ningún punto propio de apoyo. Y es en la más honda oscuridad

donde poseemos a Dios más plenamente en la tierra, porque entonces nuestro espíritu se halla más verdaderamente libertado de las débiles luces creadas que son oscuridad en comparación con Él; es entonces cuando nos llena Su infinita Luz, que es pura oscuridad para nosotros.

En esta máxima perfección de la fe el infinito Dios mismo se convierte en la Luz del alma oscurecida y la posee enteramente con Su Verdad. Y en este inexplicable momento la noche más profunda se torna día y la fe se torna comprensión.

12. TRADICIÓN Y REVOLUCIÓN

La máxima paradoja acerca de la Iglesia es la de ser al mismo tiempo esencialmente tradicional y esencialmente revolucionaria. Pero la paradoja no es tan grande como parece, porque la tradición cristiana, a diferencia de todas las demás, es una revolución viviente y perpetua.

Las tradiciones humanas tienden todas hacia el estancamiento, la paralización y la decadencia. Intentan perpetuar cosas que no pueden ser perpetuadas. Se adhieren a objetos y valores que el tiempo destruye sin misericordia. Están ligadas a un orden de cosas contingente y material (costumbres, vestidos, arquitectura, poemas, lugares y actitudes) que inevitablemente cambia y cede el paso a algo distinto.

La presencia de un fuerte elemento de conservatismo humano en la Iglesia no debe oscurecer el hecho de que la tradición cristiana, sobrenatural en su fuente, es algo absolutamente opuesto al tradicionalismo humano.

Porque la Tradición viva del Catolicismo es como la respiración para el cuerpo físico. Renueva la vida repeliendo el estancamiento. Es una constante, tranquila, pacífica revolución contra la muerte.

Como el acto físico de respirar mantiene el alma espiritual unida a un cuerpo material cuya materia tiende siempre a decaer y corromperse, la tradición católica mantiene a la Iglesia viva bajo los elementos materiales, sociales y humanos que estarán incrustados en ella mientras more en el mundo.

La razón de que la tradición católica sea tradición es que sólo hay una doctrina viva en el cristianismo: no hay nada nuevo por descubrir. La vida de la Iglesia es la Verdad de Dios mismo, vertida en la Iglesia por Su Espíritu, y no puede existir ninguna otra verdad que la supere y reemplace.

La única cosa que puede reemplazar una vida tan intensa es una vida inferior, una especie de muerte. La constante tendencia humana a apartarse de Dios y de esta tradición viviente sólo puede ser contrarrestada por una vuelta a la tradición y una renovación de la única vida que no cambia infundida al principio en la Iglesia.

Y, sin embargo, esta tradición debe ser siempre una revolución, porque por su misma naturaleza niega los valores y patrones a los que la pasión humana está tan poderosamente apegada. A los que aman el dinero y el placer, la reputación y el poder, esta tradición les dice: "Sed pobres, id al último extremo de la sociedad, ocupad el último lugar entre los hombres, vivid con los que son menospreciados, amad a los demás hombres y servidlos en vez de hacer que os sirvan. No les resistáis cuando os atropellen, sino rogad por los que os lastiman. No busquéis el placer, sino apartaos de lo que satisface vuestros sentidos y vuestra mente y buscad a Dios en hambre, sed y oscuridad, por los desiertos del espíritu por los que parece locura viajar. Tomad sobre vosotros la carga de la Cruz de Cristo, es decir la humildad, pobreza, obediencia y renunciación de Cristo, y encontraréis paz para vuestra alma." Esta es la revolución más completa que jamás se haya predicado. En realidad, es la única revolución verdadera, porque todas las demás piden el exterminio de otros, pero ésta significa la muerte del hombre que, para todo fin práctico, has venido a considerar como tú mismo.

Se supone que una revolución es un cambio que hace dar a todo una vuelta completa. Pero la ideología de una revolución política no cambiará nunca nada salvo las apariencias. Habrá violencia, y el poder pasará de un partido a otro, pero cuando se disipe el humo y los cadáveres estén bajo tierra, la situación será esencialmente la

misma de antes: habrá una minoría de hombres fuertes en el poder explotando a todos los demás para sus propios fines.

Habrá la misma codicia, crueldad, concupiscencia, ambición, avaricia e hipocresía que antes.

Pues las revoluciones humanas no cambian nada. La única influencia que puede realmente derribar la injusticia e iniquidad de los hombres es el poder que alienta en la tradición cristiana, renovando nuestra participación en la Vida que es la Luz de los hombres.

A los que no tienen de esto una experiencia personal, y sólo ven la costra externa de muerto conservatismo humano que tiende a formarse en torno de la Iglesia, como las lapas se pegan al casco de un barco, todo este hablar de revolución parece disparate.

Cada cristiano y cada nueva época de la Iglesia tienen que hacer este redescubrimiento, este retorno a la fuente de la vida cristiana.

Exige un acto fundamental de renunciación que acepta la necesidad de emprender el camino hacia Dios bajo la dirección de otros hombres. Esta aceptación sólo puede pagarse con el sacrificio y finalmente sólo un don de Dios puede enseñarnos la diferencia entre la seca costra exterior de lo formal, que la Iglesia a veces adquiere de las naturalezas humanas que la componen, y la viva corriente interna de la Vida Divina, que es la única tradición católica real.

La idea del dogma aterra a los hombres que no comprenden a la Iglesia. No pueden concebir que una doctrina religiosa pueda recibir una declaración clara, definida y autorizada sin volverse inmediatamente estática, rígida e inerte y perder toda su vitalidad. Y, en su frenética ansiedad por escapar a una concepción parecida, se refugian en un sistema de creencias que es vago y fluido, un sistema en el que las verdades pasan como neblinas y oscilan y varían como sombras. Hacen su selección personal de fantasmas en esa pálida, indefinida penumbra de la mente y tienen buen cuidado de no llevarlos nunca al pleno resplandor del sol por miedo a ver claramente toda su insustancialidad.

Favorecen a los místicos católicos con cierta consideración y simpatía, pues creen que esos hombres raros alcanzaron de algún modo la cumbre de la contemplación a despecho del dogma católico. Se supone que su profunda unión con Dios fue una evasión de la autoridad rectora de su Iglesia y una implícita protesta contra ella.

Pero la verdad es que los santos alcanzaron el más hondo y vital, y asimismo el más individual y personal conocimiento de Dios precisamente a causa de la autoridad rectora de la Iglesia, precisamente mediante la tradición guardada y fomentada por esa autoridad.

*El primer paso hacia la contemplación es la fe; y la fe empieza con el asentimiento a la enseñanza de Cristo a través de su Iglesia; *fides ex auditu; qui vos audit, me audit*: “El que te oye a ti, Me oye a Mí.” Y “la fe viene escuchando”.*

No es de por sí la seca fórmula de una definición dogmática lo que vierte la luz en el espíritu de un contemplativo católico; pero el asentimiento al contenido de esa definición se ahonda y ensancha hasta una penetración vital, personal e incommunicable de la verdad sobrenatural que ella expresa, una comprensión que es un don del Espíritu Santo y que se funde con la Sabiduría del Amor, para poseer la Verdad en su infinita Sustancia, Dios mismo.

Los dogmas de la fe católica no son meramente símbolos o vagas racionalizaciones que aceptamos como puntos arbitrarios de estímulo, en torno a los cuales puedan formarse o desarrollarse buenas acciones morales; y aun es menos cierto el que cualquiera idea podría servir tan bien como las que han sido definidas, que cualquier viejo pensamiento piadoso podría fomentar esa vaga vida moral en nuestras almas. Los dogmas definidos y enseñados por la Iglesia tienen un significado muy preciso, positivo y concreto, que los que posean el don de hacerlo deben explorar y penetrar si quieren vivir una íntegra vida espiritual. Pues la comprensión del dogma es el camino cercano y ordinario hacia la contemplación.

Todo el que pueda hacerlo debería adquirir algo de la exactitud y agudeza del teólogo en la apreciación del verdadero sentido del dogma. Todo cristiano debería tener una comprensión tan profunda de su creencia como le permita su estado. Y esto quiere decir que cada uno debería respirar la limpia atmósfera de la tradición ortodoxa y ser capaz de exponer su creencia con terminología correcta, que contenga ideas genuinas.

Sin embargo, la verdadera contemplación no se alcanza por un esfuerzo de la mente. Al contrario, podría fácilmente perderse el camino en el bosque de los detalles técnicos que preocupan a un teólogo profesional. Pero Dios da a los verdaderos teólogos un hambre, nacida de la humildad, que no puede satisfacerse con fórmulas y argumentos y que busca algo más cercano a Dios que aquello a que puede alcanzar la analogía. Esta serena hambre del espíritu penetra superficies de palabras y va más allá de formulación de misterios, y busca, en la humillación del silencio, la soledad intelectual y la pobreza interior; el don de una comprensión sobrenatural que las palabras no pueden expresar plenamente.

Más allá del trabajo de argumentación halla descanso en la fe y debajo del ruido del discurso comprende la Verdad, no en definiciones distintas y bien talladas, sino en la límpida oscuridad de una sola intuición que une todos los dogmas en una simple Luz, que se proyecta al interior del alma directamente desde la eternidad de Dios, sin el medio del concepto creado, sin la intervención de símbolos, ni de lenguaje, ni de imágenes de cosas materiales.

Ahí la Verdad es Uno a quien no sólo conocemos y poseemos, sino por quien somos conocidos y poseídos. Ahí la teología deja de ser un cuerpo de abstracciones y se convierte en una Realidad viviente que es Dios mismo. Y Él se nos revela en la entrega total de nuestra vida a Él. Ahí la luz de la verdad no es algo que exista para nuestro entendimiento, sino Uno en quien y para quien existen toda mente y todo espíritu, y la teología no empieza verdaderamente a ser teología hasta que hemos trascendido el lenguaje y los separados conceptos de los teólogos.

Por esto Santo Tomás dejó, fatigado, a un lado la Summa Theologica, antes de terminarla, diciendo que aquello era “todo paja”.

Sin embargo, cuando el contemplativo regresa de las honduras de su simple experiencia de Dios e intenta comunicarla a los hombres, necesariamente vuelve a caer bajo el dominio del teólogo, y su lenguaje se ve obligado a tender hacia la claridad, distinción y exactitud que canalizan la tradición católica.

Cuidado, pues, con el contemplativo que diga que la teología escolástica es toda paja sin haberse nunca preocupado de leer nada de ella.

13. A TRAVÉS DE UN CRISTAL

Como una lente de aumento concentra los rayos del sol en un ardiente foco que puede encender una hoja seca o un trozo de papel, así los misterios de Cristo en el Evangelio concentran los rayos de la luz y el fuego de Dios en un punto que enciende el espíritu del hombre. Por esto Cristo nació y vivió en el mundo, murió y resucitó de entre los muertos y ascendió al cielo hacia Su Padre: *ut dum visibiliter Deum cognoscimus, per hunc in invisibilium amorem rapiamur*. A través del cristal de Su Humanidad concentra los rayos de Su Espíritu Santo sobre nosotros de modo que sentimos el ardor, y toda la experiencia mística se infunde en el alma mediante Cristo Hombre.

Pues Dios está en todas partes. Su verdad y Su amor penetran todas las cosas como la luz y el calor del sol se difunden por nuestra atmósfera. Pero así como los rayos del sol nada encienden por sí solos, Dios no llega sin Cristo a nuestras almas con el fuego del conocimiento y la experiencia sobrenaturales.

Mas el cristal de esa Humanidad busca los espíritus que están bien preparados, secados por la luz y calor de Dios, listos para encenderse en el pequeño foco de fuego que es la gracia del Espíritu Santo.

El camino normal hacia la contemplación es la creencia en Cristo que nace de una reflexiva consideración de Su vida y enseñanzas. Pero el hecho de que toda la experiencia de Dios nos venga a través de Cristo no significa necesariamente que siempre, invariablemente, todo contemplativo llegue a su contemplación a través de Cristo tal como pueda Él existir en nuestra *imaginación*. Pues la imaginación es tan sólo uno de los medios de mantener el objeto de nuestra creencia en nuestra mente. No hemos de esforzarnos por representarnos siempre a Cristo con el aspecto que le atribuimos, pues nadie puede estar completamente seguro de cuál era ese aspecto.

Ciertos escritores espirituales del pasado hicieron de esto todo un problema, aunque es difícil ver por qué ha de haber en ello un problema. La fe en Cristo y en los misterios de Su vida y muerte es el fundamento de la vida cristiana y la fuente de toda contemplación: esto no admite duda alguna. Nadie puede apartar a Cristo Hombre de su vida interior con el pretexto de que ya entró, por una contemplación más alta, en comunicación directa con el Verbo. Pues Cristo Hombre *es* el Verbo de Dios, aunque Su naturaleza humana no sea Su naturaleza divina. Las dos están unidas en una Persona, y son una Persona de tal modo que Cristo Hombre es Dios.

Si has descubierto alguna especie de contemplación que te dé al uno sin el otro, eres un hereje.

Pero es la fe, no la imaginación, la que nos da la vida sobrenatural, es la fe la que nos justifica, es la fe lo que nos conduce a la contemplación. El justo vive por la fe, no por la imaginación. La imaginación sólo entra en ella accidentalmente. Si necesitas usar la imaginación para recordar al Cristo en quien crees, no te detengas y úsala. Pero si puedes ejercitar tu fe en Él sin la molestia de evocar siempre una representación Suya, tanto mejor: tu fe será más simple y más pura.

Para cierta gente es fácil entrar en sí misma y hallar una sencilla imagen de Cristo en su imaginación, y esto es un fácil comienzo de oración. Pero con otros no sucede lo mismo. Al contrario, el esfuerzo que les cuesta puede llenar su cabeza de problemas y turbaciones que hacen el orar imposible. Sin embargo, el mero nombre de Jesús o la indistinta, no analizada idea de Cristo bastan para mantener su fe plenamente ocupada

en una simple y amable presencia de Aquel que está realmente presente en nuestra alma por Su Divinidad.

Esa amante presencia es con mucho algo más real y más valioso que lo que podamos alcanzar por medio de nuestros solos sentidos interiores; pues la imagen de Jesús que tenemos en nuestra imaginación no pasa de ser una imagen, mientras que el amor que Su gracia produce en nuestro corazón puede ponernos en contacto directo con Él como realmente es. Pues Jesús mismo hace que surja en nosotros este amor, por un efecto directo y personal de Su voluntad. Cuando Él toca nuestra alma con Su amor, nos afecta aun más directa e íntimamente de lo que un objeto material mueve y afecta nuestra vista o nuestros otros sentidos. Además, la única razón real por la que meditamos sobre Cristo y reflexionamos sobre las imágenes de Él que conservamos en nuestra memoria es la de poder prepararnos para este más íntimo contacto con Él por el amor. Por lo tanto, cuando Su amor empieza a arder en nosotros, no hay ciertamente estricta necesidad de continuar usando nuestra imaginación. A algunos puede agradarles, a otros no, y otros acaso no puedan escoger entre ambas cosas. Sírvete de lo que te ayude y evita lo que te estorbe.

Cada uno de nosotros se forma una idea de Cristo que es limitada e incompleta. Está cortada a nuestra propia medida. Tendemos a hacernos un Cristo a nuestra propia imagen, una proyección de nuestras propias aspiraciones, deseos e ideales. Hallamos en Él lo que deseamos hallar. Hacemos de Él no sólo la encarnación de Dios, sino también la encarnación de aquello por lo que vivimos nosotros y nuestra sociedad y nuestra parte de la sociedad.

Así, pues, aunque es cierto que la perfección consiste en imitar a Cristo y reproducirlo en nuestra propia vida, no basta únicamente con imitar al Cristo que llevamos en la imaginación.

No leemos los Evangelios meramente para obtener una representación o idea de Cristo, sino para penetrar las palabras de la revelación y pasar, a través de ellas, a establecer, por la fe, un contacto vital con el Cristo que mora en nuestra alma como Dios.

El problema de formar a Cristo en nosotros no puede resolverse por nuestro solo esfuerzo. No es sólo cuestión de estudiar los Evangelios y luego procurar poner nuestras ideas en práctica, aunque también deberíamos intentar hacerlo; pero siempre bajo la guía de la gracia de Dios, en completa sujeción a ella.

Pues si nos fiamos en nuestras propias ideas, criterio y esfuerzos para reproducir la vida de Cristo, representaremos sólo una especie de charada piadosa que en último término asustará a todos los que encontremos por lo rígida, artificial y muerta.

Es el Espíritu de Dios quien ha de enseñarnos quién es Cristo y ha de formar a Cristo en nosotros y transformarnos en otros Cristos. Pues, al fin y al cabo, la transformación en Cristo no es simplemente una cuestión individual: existe un solo Cristo, no muchos. No hay división en Él. Y convertirme yo en Cristo es entrar en la Vida del Cristo total, el Cuerpo místico compuesto de la Cabeza y los miembros, Cristo y todos los que son incorporados a Él por Su Espíritu.

Cristo se forma a Sí mismo por la gracia y la fe en las almas de todos los que lo aman y al mismo tiempo los junta a todos en Sí para hacerlos Uno en Él. *Ut sint consummati in unum.*

Y el Espíritu Santo, que es la vida de este Cuerpo uno, mora entero en todo el Cuerpo y en cada uno de los miembros, de modo que todo el Cristo es Cristo y cada individuo es Cristo.

Así, pues, si deseas tener en tu corazón los afectos y disposiciones que eran los de Cristo en la tierra, no consultes tu imaginación, sino la fe. Entra en la oscuridad del renunciamiento interior, desnuda tu alma de imágenes y deja que Cristo se forme a Sí mismo en ti mediante Su cruz.

El Espíritu Santo es enviado momento tras momento al interior de mi alma por Cristo y el Padre que viven en el centro de la misma, tal como la sangre es impulsada por el corazón a todas las partes de mi cuerpo. Y este Espíritu me atrae hacia Cristo y me sujeta al Padre en Él, de modo que mi vida está oculta con Cristo. en Dios. Y sin embargo salgo de Él, en Su Espíritu, para hacer Su obra y cumplir Su voluntad entre los hombres. Y cuando es hora de ello, según Su voluntad, vuelve a llevarme a Sí.

Si tengo esta vida en mí, ¿qué me importan los accidentes de dolor y placer, esperanza y temor, alegría y tristeza? No son mi vida y poco tienen que ver con ella. ¿Por qué temer lo que no puede robarme a mi Dios? ¿Por qué desear lo que no puede darme posesión de Él?

Las cosas exteriores vienen y se van, pero ¿por qué me van a aceptar? ¿Por qué excitarme con el gozo o sentirme abatido por la pena, complacerme en el placer o turbarme en el dolor, seducirme la vida o repugnarme la muerte, si sólo vivo en la Vida que hay dentro de mí por don de Dios?

¿Por qué preocuparme por la pérdida de una vida corporal, cosa inevitable, mientras posea una vida e identidades espirituales que no pueden perderse contra mi deseo? ¿Por qué temer dejar de ser lo que no soy, cuando me convertí ya en algo de lo que soy? ¿Por qué emprender grandes trabajos para poseer satisfacciones que no pueden durar una hora y que traen la angustia consigo, cuando yo poseo a Dios en Su eternidad de gozo?

Es la cosa más fácil del mundo poseer esta vida y este gozo; todo lo que debes hacer es creer y amar; y sin embargo hay hombres que derrochan su vida entera en espantosos trabajos, dificultades y sacrificios para obtener cosas que hacen imposible la verdadera vida.

Ésta es una de las principales contradicciones que el pecado ha traído a nuestras almas: hemos de violentarnos para abstenernos de trabajar inútilmente por algo que es amargo y sin gozo y hemos de forzarnos a tomar lo que es fácil y lleno de felicidad como si fuera contra nuestro interés, porque para nosotros la línea de menor resistencia lleva por el camino de penalidad máxima, y a veces, para nosotros, el hacer lo que es en sí mismo más fácil, puede ser lo más difícil del mundo.

Las almas son como cera que espera un sello. De por sí, no tienen identidad especial. Su destino es ser ablandadas y preparadas en esta vida, por la voluntad de Dios, para recibir, en la muerte, el sello de su propio grado de semejanza con Dios en Cristo. Y esto es lo que significa, entre otras cosas, ser juzgado por Cristo.

La cera que se fundió en la voluntad de Dios puede fácilmente recibir la impresión de su identidad, la verdad de lo que estaba destinada a ser. Pero la cera dura, seca y quebradiza y sin amor no tomará la impresión; pues el sello, al caer sobre ella, la reduce a polvo.

Así, pues, si empleas tu vida intentando escapar al calor del fuego destinado a ablandarte y prepararte para que te conviertas en tu verdadero yo y si procuras impedir que tu sustancia se funda en el fuego (como si fuese tu verdadera identidad ser cera dura), el sello caerá finalmente sobre ti y te aplastará. No podrás tomar tu verdadero nombre y aspecto y serás destruido por el acontecimiento que debía ser tu consumación.

Un sacerdote contemplativo tendrá un profundo y absorbente sentimiento de unión con la Hostia que tiene ante sí en el altar... tanto que su Misa continuará en su interior, no sólo mientras esté ante el altar, sino también lejos de él, y en muchos diferentes momentos durante el día.

Escribo esto sin ser todavía sacerdote, porque lo he experimentado hasta cierto punto por el mero hecho de estar arrodillado junto al altar como acólito. La Hostia partida está en la patena. Pero el hecho de estar en posesión del secreto te identifica con la Hostia y con lo que está ocurriendo. Y sin palabras ni actos de pensamiento explícitos le das tu asentimiento dentro de ti, simplemente estando donde estás y mirando.

Allí Cristo revela tu vida en Sí mismo como una fotografía. Luego una Misa continua, un hondo y apremiante sentimiento de identificación con un acto de alcance y magnitud incomprensibles, que de algún modo tiene su foco en el centro de tu alma, te persigue dondequiera que vayas; y en todas las situaciones de tu vida cotidiana te hace secretas e insistentes demandas de acuerdo y consentimiento.

Esta verdad es tan grandiosa que, de algún modo, es neutra. No puede expresarse. Es enteramente personal. Y no sientes ningún deseo especial de hablar de ella. Es cosa tuya y no de otros.

Ni aun deberes y trabajos que exijan tu atención podrán impedir que ello ocurra. Continúas sintiendo al anónimo Asociado ardiendo en tu interior como un fuego profundo y tranquilo.

Acaso no puedas identificar completamente esta presencia y esta acción continua que se desarrolla en ti, a no ser que ello ocurra solemnemente en el altar, ante ti; pero por lo menos entonces, oscuramente, reconocerás en el partir del pan al Extraño que fue tu compañero ayer y anteayer. Y como los discípulos de Emaús advertirás cuán natural era que tu corazón ardiese en ti cuando los incidentes de tu tarea del día te hablaban del Cristo que vivía, trabajaba y ofrecía su Misa dentro de ti durante todo el tiempo.

14. ELECTA UT SOL

Todo lo que se ha escrito sobre la Virgen Madre de Dios me prueba que la suya es la más recóndita de las santidades. Lo que la gente llega a decir de ella nos dice más acerca de la gente que sobre Nuestra Señora. Pues como Dios nos ha revelado muy poco respecto a ella, los que no saben nada sobre quién y qué era tienden a revelarse a sí mismos cuando intentan añadir algo a lo que Dios nos ha dicho.

Y lo que sabemos acerca de ella contribuye aún a que parezcan más ocultos el carácter y calidad de su santidad. Creemos que la suya fue la santidad más perfecta, fuera de la santidad de Dios. Pero la santidad de Dios es sólo oscuridad para nuestras mentes. Sin embargo, la santidad de la Santísima Virgen es en cierto modo más oculta que la santidad de Dios; porque Él por lo menos nos ha dicho algo de Sí mismo que es objetivamente válido cuando se expresa en lenguaje humano. Pero acerca de Nuestra Señora sólo nos ha dicho unas pocas cosas importantes... y no podemos comprender la plenitud de lo que significan. Pues todo lo que nos ha dicho acerca de su alma es esto: que estaba llena de la más perfecta santidad creada. Pero lo que esto significa, en detalle, no tenemos modo seguro de saberlo. Por lo tanto, la otra cosa cierta que sabemos de ella es que su santidad es reconditísima.

Y, sin embargo, yo puedo hallarla si alcanzo también a esconderme en Dios, donde ella está escondida. Compartir su humildad y reconditez, pobreza, ocultamiento y soledad es el mejor modo de conocerla; pero conocerla así es alcanzar la sabiduría. Qui me invenerit inveniet vitam et hauriet salutem a Domino.

En la real, viviente Persona humana que es la Virgen Madre de Cristo, están toda la pobreza y toda la sabiduría de todos los santos. Todo llegó a ellos por su mediación y está en ella. La santidad de todos los santos es una participación en su santidad; porque, en el orden que Él ha establecido, Dios quiere que todas las gracias lleguen a los hombres a través de María.

Por esto amarla y conocerla es descubrir el verdadero significado de todo y tener acceso a toda la sabiduría. Sin ella, el conocimiento de Cristo es sólo especulación. Pero en ella se vuelve experiencia, porque toda la humildad y toda la pobreza, sin las cuales Cristo no puede ser conocido, le pertenecen a ella. Su santidad es el silencio donde se puede, y sólo en él, oír a Cristo, y la voz de Dios se convierte para nosotros en experiencia mediante la contemplación de ella.

El vacío de sí mismo, la soledad interior y el sosiego sin los cuales no podemos colmarnos de Dios, le pertenecen sólo a ella. Si alguna vez conseguimos vaciarnos del ruido del mundo y de nuestras pasiones, ello ocurre porque ella se nos ha aproximado y nos da participación en su santidad y reconditez.

Ella sola, entre todos los santos, es en todo incomparable. Tiene la santidad de todos ellos y, sin embargo, no se parece a ninguno. Con todo, podemos hablar de ser como ella. Este parecido a ella no es sólo algo que se desea..., es lo único digno de nuestro deseo; y la razón de esto es que ella, entre todas las criaturas, recobró del modo más perfecto el parecido a Dios que Dios quiso encontrar, en diversos grados, en todos nosotros.

Es necesario, sin duda, hablar acerca de sus privilegios como si fueran algo que pudiese hacerse comprensible en lenguaje humano y pudiese medirse con patrones humanos. Es muy adecuado hablar de ella como de una Reina y obrar como si se

supiera lo que significa decir que tiene un trono por encima de todos los ángeles. Pero esto no debe hacer olvidar a nadie que su máximo privilegio es su pobreza, y su máxima gloria es el ser reconditísima, y la fuente de todo su poder es el ser como nada en la presencia de Cristo, de Dios.

Por ser ella, entre todos los santos, la más perfectamente pobre y la más perfectamente oculta, la que no tiene absolutamente nada que intente poseer como propio, puede con la máxima plenitud comunicar al resto de nosotros la gracia del Dios infinitamente generoso. Y lo poseeremos más verdaderamente cuando nos hayamos vaciado de nosotros mismos y consigamos ser pobres y ocultos como ella, y así nos parezcamos a Él pareciéndonos a ella.

Y toda nuestra santidad depende de su voluntad, de su placer. Aquellos que ella desea que compartan el gozo de su pobreza y sencillez, aquellos que ella quiere que estén ocultos como lo está ella, son los que llegan a ser los más grandes santos a los ojos de Dios.

Es, pues, una gracia sin medida, y un gran privilegio el que una persona que vive en el mundo en que hemos de vivir pierda súbitamente todo interés en las cosas que absorben la atención de ese mundo y descubra en su alma un apetito de pobreza y soledad. Y el más precioso de todos los dones de la naturaleza o la gracia es el deseo (de ocultarse y desaparecer de la vista de los hombres, ser tenido en nada por el mundo, ser borrado de la propia consideración y desaparecer en la nada en la inmensa pobreza que es la adoración de Dios).

Este vacío absoluto, esta pobreza, esta oscuridad encierra el secreto de todos los gozos, porque está llena de Dios. Buscar ese vacío de sí mismo es la verdadera devoción a la Madre de Dios. Hallarlo es hallarla a ella. Y estar escondido en sus profundidades es estar lleno de Dios, como ella está llena de Él, y compartir su misión de llevar a Dios a todos los hombres.

Y todas las generaciones deben llamarla bendita, porque todas reciben por su mediación lo que les es concedido de vida y gozo sobrenaturales. Y es necesario que todo el mundo la reconozca y acate, y que se canten las alabanzas de la gran obra de Dios en ella, y se construyan catedrales en su nombre. Pues si no se reconociere a Nuestra Señora como Madre de Dios y corno Reina de todos los santos y ángeles y como la esperanza del mundo, la fe en Dios quedaría incompleta. ¿Cómo podemos pedirle a Dios todo aquello que Él quiere que esperemos, si no sabemos, por la contemplación de la santidad de la Virgen Inmaculada, cuán grandes cosas puede Él realizar en el alma de los hombres?

Así, cuanto más ocultos estemos en las honduras donde se descubre su secreto, tanto más querremos alabar su nombre en el mundo y glorificar, en ella, al Dios que hizo de ella su resplandeciente tabernáculo. Sin embargo, no nos fiaremos del todo en nuestro propio talento para hallar palabras con que alabarla, pues, aunque pudiéramos cantar sus alabanzas como Dante o San Bernardo, todavía poco podríamos decir de ella en comparación con la Iglesia, que es la única que sabe cómo alabarla adecuadamente y se atreve a aplicarle las inspiradas palabras que Dios dice de Su propia Sabiduría. Así la encontramos viviendo en medio de la Sagrada Escritura, y a no ser que la hallemos, también, oculta en la Escritura dondequiera y en cualesquiera promesas que contengan a su Hijo, no conoceremos plenamente la vida que está en la Escritura.

Es ella quien, en estos últimos días, está destinada por delegación de Dios a manifestar el poder que Él le ha dado, a causa de su pobreza, y a salvar a los últimos hombres vivos en las ruinas de la tierra incendiada. Y si la última edad del mundo, por

la perversidad de los hombres, se convierte en la más terrible, también será para los elegidos, por la clemencia de la Virgen, la más victoriosa y la más gozosa.

15. QUI NON EST MECUM

Un hombre asesinado por un enemigo está tan muerto como el que ha sucumbido ante todo un ejército. Si estás familiarizado con uno de los hábitos del pecado mortal, estás viviendo en la muerte, aunque parezca que tengas todas las otras virtudes.

Algunos creen que basta con tener una virtud, como ser bondadoso, indulgente o caritativo, sin preocuparse del resto. Pero si eres altruista de un modo y egoísta de otros veinticinco modos, tu virtud no te hará mucho bien. De hecho, probablemente resultará no ser otra cosa que la variedad vigesimosexta del mismo egoísmo, disfrazada de virtud.

No pienses, pues, que, por parecer tener alguna buena cualidad, todo el mal que hay en ti pueda ser excusado u olvidado por eso solo.

No creas que puedes mostrar tu amor a Cristo odiando a los que parecen ser Sus enemigos en la tierra. Supón que realmente lo odian; con todo, Él los ama, y no podrás unirte a Él si no los amas tú también.

Si odias a los enemigos de la Iglesia en vez de amarlos, también tú correrás el riesgo de convertirte en enemigo de la Iglesia y de Cristo. Pues Él dijo: -“Ama a tus enemigos”, y también dijo: -“Él que no está conmigo está contra mí”. Por lo tanto, si no te pones al lado de Cristo, amando a los que Él ama, estás contra Él.

Pero Cristo ama a todos los hombres. Murió por todos. Y dijo que no había mayor amor que el de un hombre que ofrece la vida por su amigo.

No te apresures a suponer que tu enemigo es un salvaje, sólo por ser tu enemigo. Quizá es enemigo tuyo porque piensa que tú eres un salvaje. O tal vez te teme por creer que tú le temes. Y acaso, si te creyera capaz de amarlo, dejaría de ser tu enemigo.

No te apresures a suponer que tu enemigo es enemigo de Dios, por el solo hecho de ser tu enemigo. Quizá es enemigo tuyo precisamente por no poder hallar nada en ti que dé gloria a Dios. Tal vez te teme porque no puede hallar en ti nada del amor, paciencia y bondad de Dios, de Su misericordia y comprensión de las flaquezas de los hombres.

No te apresures a condenar al hombre que ya no cree en Dios; porque acaso sea tu propia frialdad, avaricia, mediocridad, materialismo, sensualidad y egoísmo lo que ha matado su fe.

Un hombre no puede ser un cristiano perfecto (es decir, un santo) si no es también comunista. Esto significa que debe abandonar absolutamente todo derecho a poseer, o usar sólo lo que necesite de los bienes que posea y administrar el resto para otros hombres y para los pobres; y en su determinación de lo que necesita debe gobernarse en gran parte por la gravedad de las necesidades ajenas.

Pero dirás que es prácticamente imposible que un rico ponga en práctica esta clara enseñanza de la Sagrada Escritura y la tradición católica. Estás en lo cierto. Y no hay nada nuevo en ello. Cristo dijo a todos lo mismo hace tiempo al decir que era más fácil que un camello pasara por el ojo de una aguja que el que un rico entrara en el reino del cielo.

Si los cristianos hubiesen vivido de acuerdo con las enseñanzas de la iglesia respecto a la propiedad y la pobreza, nunca habría habido ocasión para el espurio comunismo de los marxistas, y todos los demás, que empieza negando a los otros el derecho a la propiedad privada.

Sólo hay una doctrina verdadera acerca de los derechos de propiedad, y es la enseñada por la tradición católica. Esos derechos existen y no pueden ser negados, pero llevan consigo una obligación que, si se pusiera en práctica sin hipocresía, engaño de sí mismo, ni subterfugio, significaría que la mayor parte de los hombres estarían viviendo en algo parecido al comunismo de los primeros Apóstoles: “Pues no habría tampoco ningún necesitado entre ellos. Pues muchos, que eran dueños de tierras y casas, las vendían y traían el precio de lo vendido y lo dejaban ante los pies de los Apóstoles. Y se repartía a cada uno según sus necesidades.”

Nadie negaba a esos hombres el derecho a poseer tierras, o a conservar lo que poseían, o a venderlo y dar su dinero. Pero este derecho acarrea la obligación de satisfacer las necesidades ajenas así como las propias, y traía consigo el privilegio de hacerlo de un modo que iba más allá de la letra escrita de toda ley y que podía llegar a ser una caridad heroica.

Si posees dinero, considera que acaso la única razón de que Dios permitiera que cayese en tus manos fue el que pudieras hallar gozo y perfección repartiéndolo.

Es harto fácil decirles a los pobres que acepten su pobreza como la voluntad de Dios, cuando tú tienes ropa caliente, abundante comida, asistencia médica, un techo sobre tu cabeza y ninguna preocupación acerca del alquiler. Pero si quieres que te crean, prueba a sufrir algo de su pobreza y ve entonces si puedes aceptarla como la voluntad de Dios.

16. HUMILDAD CONTRA DESESPERACIÓN

La desesperación es el extremo absoluto en la línea del amor propio. Se alcanza cuando uno vuelve deliberadamente la espalda a toda ayuda ajena para gustar el corrompido lujo de saberse perdido.

En cada hombre hay escondida alguna raíz de desesperación, porque en todo hombre hay un orgullo que vegeta y hace surgir de sí yerbajos y malolientes flores de compasión tan pronto como nos fallan nuestros recursos. Pero como nuestros recursos nos fallan inevitablemente estamos más o menos sujetos al descorazonamiento y la desesperación.

La desesperación es el resultado final de mi orgullo tan grande y tan rígido, que elige la absoluta angustia de la condenación antes que aceptar la felicidad de las manos de Dios y con ello reconocer que Él está por encima de nosotros y no somos capaces nosotros mismos de cumplir nuestro destino.

Pero el hombre que es verdaderamente humilde no puede desesperar, porque en el hombre humilde no hay ya cosa parecido a la compasión de sí mismo.

Es casi imposible sobreestimar el valor de la verdadera humildad y su poder en la vida espiritual. Pues el principio de la humildad es el principio de la beatitud, y la consumación de la humildad es la perfección de todo gozo. La humildad contiene en sí misma la respuesta a todos los grandes problemas de la vida del alma. Es la única llave de la fe, con la cual empieza la vida espiritual; pues la fe y la humildad son inseparables. En la perfecta humildad desaparece todo egoísmo, y tu alma ya no vive para sí ni en sí, sino para Dios; y se pierde y sumerge en Él y se transforma en Él.

En este punto de la vida espiritual, la humildad encuentra la más elevada exaltación de la grandeza. Es ahí donde todo el que se humilla es exaltado, porque, no viviendo ya para sí mismo ni en el nivel humano el espíritu queda libre de todas las limitaciones y vicisitudes de su condición de criatura contingente y nada en los atributos de Dios, cuyo poder y magnificencia, sabiduría, grandeza y eternidad han llegado a ser nuestras mediante el amor y la humildad.

Si fuésemos incapaces de humildad, seríamos incapaces de gozo; porque sólo la humildad puede destruir la concentración en sí mismo que hace imposible el gozo. Si no hubiese humildad en el mundo, hace tiempo que todos nos hubiéramos suicidado.

Hay una falsa humildad que considera orgullo el desear la máxima grandeza: la perfección de la contemplación, la cumbre de la unión mística con Dios. Éste es uno de los mayores engaños de la vida espiritual, porque solamente en esta grandeza, solamente en esta exaltada unión, podemos lograr la humildad perfecta.

Con todo, es fácil ver cómo se comete este error; y realmente, desde cierto punto de vista, no es ningún error. Pues si consideramos el gozo de la unión mística en abstracto, meramente como algo que perfecciona nuestro ser y nos da la máxima felicidad y satisfacción posibles, podríamos desearla con un deseo egoísta y lleno de orgullo. Y este orgullo será tanto mayor si nuestro deseo significa que esa consumación es en algún modo debida a nosotros mismos, como si tuviéramos derecho a ella, como si pudiéramos hacer algo para ganárnosla. De este modo aparece la unión mística a las mentes de los que no advierten que la esencia de tal unión es un amor puro y abnegado, que vacía el alma de todo orgullo y la aniquila a los ojos de Dios, para que nada quede

de ella sino la pura capacidad para Él. El gozo del místico amor de Dios surge de una liberación de todo apego al yo por el aniquilamiento de todo rastro de orgullo. No desees ser exaltado, sino humillado; no desees ser grande, sino pequeño, a tus propios ojos y a los del mundo; pues el único modo de entrar en ese gozo es disminuir hasta un punto que se desvanece y ser absorbido en Dios a través del centro de tu propia nada. El único modo de poseer Su grandeza es pasar por el ojo de la aguja de tu total insuficiencia. La perfección de la humildad se encuentra en la unión transformante. Sólo Dios puede conducirte a esa pureza a través de los fuegos de la prueba interna. Sería necio no desear tal perfección. Pues ¿de qué serviría ser humilde de un modo que te impidiese buscar la consumación de toda humildad?

El humilde no se turba por las alabanzas. Como ya no se preocupa de sí mismo, como ya sabe de dónde procede lo bueno que hay en él, no rehusa la alabanza, porque pertenece al Dios que ama y al recibirla no guarda nada para sí, sino que lo da todo, con gran gozo, a su Dios: *Fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus!*

El hombre que no es humilde no puede aceptar las alabanzas graciosamente. Ya sabe lo que debería hacer. Sabe que la alabanza pertenece a Dios y no a él; pero la transmite a Dios tan torpemente, que tropieza y llama la atención hacia sí por su misma torpeza.

El que no ha aprendido todavía la humildad es trastornado y turbado por las alabanzas. Hasta puede perder la paciencia cuando la gente lo alaba; lo irrita el sentimiento de su propia indignidad. Y si no arma un alboroto por ello, por lo menos las cosas que se han dicho de él lo asedian, obsesionan su mente y lo atormentan dondequiera que vaya.

En el otro extremo está el que no tiene humildad ninguna y devora los elogios, si alguno le hacen, como traga un perro un trozo de carne. Pero éste no presenta ningún problema; es tan conocido, que ha representado un papel en todas las farsas desde Aristófanes.

El humilde recibe el elogio como un cristal limpio recibe la luz del sol. Cuanto más clara e intensa es la luz, tanto menos se ve el cristal.

Para los hombres que viven en monasterios hay el peligro de que hagan tan complicados esfuerzos por ser humildes con la humildad que han aprendido en un libro, que llegue a volvérselos imposible la verdadera humildad. ¿Cómo puedes ser humilde si siempre estás atento a ti mismo? La verdadera humildad excluye la conciencia de sí; pero la falsa humildad intensifica el percatarse de sí mismo hasta tal punto que quedamos lisiados, y ya no podemos hacer un movimiento ni realizar un acto sin poner en funcionamiento un complejo mecanismo de excusas y fórmulas en que nos acusamos.

Si fueras realmente humilde no te preocuparías de ti. ¿Por qué lo hacelo? Te ocuparías sólo de Dios y Su voluntad, y del orden objetivo de las cosas y valores tales como son y no como tu egoísmo quiere que sean. En consecuencia, no tendrías ya falsas ilusiones que defender. Tus movimientos serían libres. No necesitarías el estorbo de un montón de excusas que en realidad sólo son fórmulas para defenderte de la acusación de orgullo... como si tu humildad dependiera de lo que otros piensan de ti!

El hombre humilde puede hacer grandes cosas con insólita perfección, porque ya no se preocupa de lo accidental, como sus intereses y su reputación, y ya no necesita desperdiciar esfuerzos en defenderlo.

Pues un hombre humilde no teme el fracaso. De hecho, no teme nada, ni a sí mismo, pues la perfecta humildad lleva consigo una perfecta confianza en el poder de Dios, ante quien ningún otro poder tiene sentido y para quien no hay ningún obstáculo.

La humildad es el signo más seguro de la fuerza.

17. LIBERTAD EN LA OBEDIENCIA

Muy pocos hombres se santifican en el aislamiento. Muy pocos alcanzan la perfección en una soledad absoluta.

El vivir con otros y aprender a ser comprensivos de sus flaquezas y deficiencias puede ayudarnos a llegar a ser verdaderos contemplativos. Pues no hay mejor medio de desembarazarse de la rigidez y aspereza del egoísmo que nos empapa y que es el único obstáculo insuperable opuesto a la luz infusa y a la acción del Espíritu Santo.

Ni la valerosa aceptación de pruebas interiores en soledad completa puede llegar a igualar la obra de purificación que realizan en nosotros la paciencia y humildad en el amor al prójimo y la simpatía en sus necesidades y exigencias más irrazonables.

Siempre existe el peligro de que el eremita se seque y solidifique en su propia excentricidad. Viviendo sin contacto con otros, tiende a perder el hondo sentimiento de las realidades espirituales, que sólo el puro amor puede dar.

¿Crees que la ruta hacia la santidad se sigue encerrándote con tus rezos, tus libros y las meditaciones que placen e interesan a tu mente y te protegen, con muchos muros, de la gente que consideras necia? ¿Crees que el camino hacia la contemplación se encuentra rehusando actividades y obras que son necesarias para el bien del prójimo, pero que te aburren y turban? ¿Imaginas que descubrirás a Dios envolviéndote en un capullo tus mal ventilados placeres intelectuales, en lugar de renunciar a todos tus gustos, deseos, ambiciones y satisfacciones por el amor de Cristo, que ni querrá vivir en ti si no sabes hallarlo en otros?

Lejos de ser esencialmente opuestas una a otra, la contemplación interior y la actividad externa son dos aspectos del mismo amor a Dios.

Pero la actividad de un contemplativo debe nacer de su contemplación y parecersele. Todo lo que haga fuera de la contemplación debería reflejar la luminosa tranquilidad de su vida interior.

A este fin, tendrá que buscar en su actividad lo mismo que encuentra en su contemplación: contacto y unión con Dios.

Por poco que hayas aprendido de Dios en tu oración mental, compara tus actos con ese poco; ordénalos según esa medida. Procura que toda tu actividad dé fruto en el mismo vacío de ti mismo, silencio y desapego que hallaste en la contemplación. En último término, el secreto de todo ello es el perfecto abandono en la voluntad de Dios en cosas que no puedes regular, y la perfecta obediencia a Él en todo lo que dependa de tu propia volición, de modo que en todas las cosas, en tu vida interior y en tus obras externas por Dios, sólo desees una cosa: el cumplimiento de Su voluntad.

Si haces esto, tu actividad participará de la desinteresada paz que encuentras en la oración, y en la simplicidad de lo que hagas los hombres reconocerán tu sosiego y darán gloria a Dios.

Es sobre todo en este callado e inconsciente testimonio del amor a Dios donde el contemplativo ejerce su apostolado. Pues el santo predica sermones en el modo como camina o se para y en el modo como se sienta y toma las cosas y las retiene en su mano.

Los perfectos no han de meditar los detalles de sus actos. Percatándose cada vez menos de sí mismos, dejan finalmente de preocuparse de cómo están obrando, y gradualmente Dios empieza a hacer todo lo que ellos hacen, en ellos y para ellos, por lo

menos en el sentido de que el hábito de Su amor ha llegado a ser en ellos una segunda naturaleza e informa todo lo que hacen con Su semejanza.

Las extremas dificultades que encuentran en su camino los que buscan libertad interior y pureza de amor, pronto les enseñan que no pueden avanzar por sí solos, y el Espíritu de Dios les infunde el deseo del medio más simple para vencer su egoísmo y ceguera de inicio. Y esto es la obediencia al juicio y dirección de otro.

Un espíritu que sienta la atracción de Dios en la contemplación aprenderá pronto el valor de la obediencia; las penalidades y angustias que tiene que sufrir cada día bajo la carga de su egoísmo y torpeza, incompetencia y orgullo, le dan ansias de ser conducido, aconsejado y dirigido por otro.

Su propia voluntad se torna fuente de tanta angustia y tanta oscuridad, que no acude a otro solamente en busca de luz, sabiduría o consejo; llega a sentir una pasión por la obediencia misma y por la renuncia a su propia voluntad y sus propias luces.

Por lo tanto, no obedece a su aliado, a su director, meramente porque las órdenes o los consejos que recibe le parezcan buenos, provechosos e inteligentes a su propio entender. No obedece tan sólo porque le parezca que el abad toma admirables decisiones. Por el contrario, a veces las decisiones de su superior parecen menos acertadas; pero esto ya no le atañe, porque acepta al superior como mediador entre él y Dios y descansa sólo en la voluntad de Dios según le llega a través de los hombres colocados por encima de él por las circunstancias de su vocación.

El hombre más peligroso del mundo es el contemplativo a quien nadie guía. Confía en sus propias visiones. Obedece la atracción de una voz interior, pero no quiere escuchar a otros hombres. Identificará la voluntad de Dios con todo lo que le hace sentir, en su corazón, un vivo, dulce calor interno. Cuanto más dulce y cálida es la sensación, tanto más convencido queda de su propia infalibilidad. Y si la pura fuerza de su confianza en sí mismo se comunica a otros y les da la impresión de que es realmente un santo, tal hombre puede arruinar una ciudad entera o una orden religiosa o hasta una nación; y el mundo está cubierto de cicatrices que dejaron en su carne visionarios como éstos.

Sin embargo, muy a menudo esos hombres no son sino inofensivos latosos. Se han perdido en un espiritual callejón sin salida y allí se quedan en cómodo nidito de emociones particulares. Nadie puede realmente decidirse a envidiarlos ni admirarlos, porque aun los que no saben nada de la vida espiritual sienten que esos hombres se engañaron y perdieron la realidad para contentarse con una falsificación.

Parecen felices pero no hay nada inspirador ni contagioso en su felicidad. Parecen estar en paz, pero su paz es hueca e inquieta. Tienen mucho que decir, y todo lo que dicen es un mensaje con “M” mayúscula, y sin embargo no convence a nadie. Por haber preferido el placer y la emoción a los austeros sacrificios impuestos por la fe genuina, sus almas se han estancado. Se apagó la llama de la verdadera contemplación.

Cuando Dios te conduce a la oscuridad donde se encuentra la contemplación, no te es posible descansar en la falsa dulzura de tu propia voluntad. La falsa satisfacción interior de la complacencia en ti mismo y la absoluta confianza en tu propio criterio no podrán nunca engañarte del todo; te dará un leve mareo, y una vaga sensación de náusea interior te obligará a abrirlo en canal para que salga el veneno. Al final ningún acto gratuitamente independiente te dejará la sensación de estar limpio. El ansia de paz te empujará adonde la paz puede encontrarse: hacia alguien a quien las circunstancias de tu vocación te permiten obedecer como representante de Dios. Y entonces, aunque su

criterio sea objetivamente necio, el lujo de verte librado de depender de tus propios sentimientos, gustos, emociones y deseos hará que sea un gran alivio el poder obedecer.

18. ¿QUÉ ES LIBERTAD?

La mera capacidad de escoger entre el bien y el mal es el límite más bajo de la libertad, y lo único que hay de libre en ello es el hecho de poder escoger el bien.

Hasta donde tienes libertad de escoger el mal no eres libre. Una mala elección destruye la libertad.

Nunca podemos escoger el mal por ser malo; sólo como un bien aparente. Pero cuando decides hacer algo que parece bueno, pero no lo es realmente, haces algo que no deseas realmente hacer, y por lo tanto no eres realmente libre.

La perfecta libertad espiritual es una incapacidad total para hacer una mala elección. Cuando todo lo que deseas es verdaderamente bueno y cada elección no sólo aspira a ese bien, sino que lo alcanza, entonces eres libre porque haces todo lo que deseas, cada acto de tu voluntad termina en un logro perfecto.

La libertad, pues, no consiste en un equilibrio entre buenas y malas elecciones, sino en el perfecto amor y aceptación de lo que es realmente bueno y el perfecto odio y rechazo de lo que es malo, de tal modo que todo lo que haces es bueno y te hace feliz, y rechazas, niegas y desconoces todo lo que pudiera conducirte a la infelicidad, engaño de ti mismo y aflicción: *Ut scias reprobare malum et eligere bonum*; sólo el hombre que rechazó todo mal tan completamente que es incapaz de desearlo es verdaderamente libre.

Dios, en quien no hay absolutamente sombra ni posibilidad de mal ni de pecado, es infinitamente libre. De hecho, Él es la Libertad.

Sólo la voluntad de Dios es indefectible. Toda otra libertad puede fallar y derrotarse a sí misma con una elección falsa. Y toda verdadera libertad llega a nosotros como un sobrenatural don de Dios, como una participación en Su propia esencial Libertad por el Amor que Él infundió en nuestras almas, uniéndolas a Él primero en el perfecto consentimiento, luego en una transformadora unión de voluntades.

La otra libertad, la llamada libertad de nuestra naturaleza, que es indiferencia hacia buenas y malas elecciones, no es más que una capacidad, una potencialidad que espera cumplirse por la gracia, la voluntad y el amor sobrenatural de Dios.

Todo bien, toda perfección, toda felicidad se encuentran en la infinitamente buena, perfecta y beatífica voluntad de Dios. Ya que la verdadera libertad significa la capacidad de desear y escoger, siempre, sin error, sin defección, lo que es realmente bueno, la libertad sólo puede hallarse en la perfecta unión y sumisión a la voluntad de Dios. Si nuestra voluntad acompaña a la Suya, llegará al mismo fin, descansará en la misma paz y se llenará de la misma infinita felicidad que hay en Él.

Por lo tanto, la más sencilla definición de la libertad es esta: significa la capacidad de hacer la voluntad de Dios. Poder resistirse a Su voluntad no es ser libre. En el pecado no hay verdadera libertad.

Alrededor del pecado hay ciertos bienes; en los pecados de la carne, por ejemplo, hay los placeres de la carne. Pero no son estos placeres lo que es malo. Son buenos, y Dios quiere que lo sean, y aun cuando alguien goza estos placeres de un modo que no es la voluntad de Dios, Él quiere también que estos placeres se sientan. Pero aunque estos placeres, de por sí, son buenos, la dirección de la voluntad hacia ellos, en circunstancias opuestas a la voluntad de Dios, se torna mala. Y como esta dirección de la voluntad es

mala, no puede alcanzar la meta que persigue la voluntad. Por lo tanto se derrota a si misma. Y en último término, no hay felicidad en el pecado.

¡Necio! ¡Hiciste realmente lo que no querías hacer! Dios te dejó con el placer, porque el placer también es su voluntad; pero descuidaste la felicidad que Él quería darte junto con el placer, o quizá la mayor felicidad que te destinaba *sin* el placer, y más allá y por encima de él.

Comiste la cáscara y tiraste la naranja. Has guardado el papel que servía sólo para envolver y has tirado estuche, anillo y diamante.

Y ahora que el placer (que debería terminar) ha terminado, no tienes nada de la felicidad que te habría enriquecido para siempre. Si hubieses tomado (o evitado) el placer según Dios lo quería por tu felicidad, poseerías todavía el placer en tu felicidad, y estaría contigo siempre, y te seguiría por todas partes según la voluntad de Dios. Pues es imposible para un hombre cuerdo lamentar un acto que se ha ejecutado conscientemente en unión con la voluntad de Dios.

19. DESASIMIENTO

Me pregunto si existen actualmente en el mundo veinte hombres que vean las cosas como realmente son. Esto significaría la existencia de veinte hombres libres, no dominados ni influidos por ningún apego a ninguna cosa creada ni a sí mismos ni a ningún don de Dios, aun al más alto, a la más sobrenaturalmente pura de Sus gracias. No creo que existan veinte hombres así en el mundo. Pero deben de haber uno o dos. Son los que lo mantienen todo e impiden que el universo se deshaga.

Todo lo que amas de por sí, salvo Dios solo, ciega tu entendimiento y arruina tu criterio sobre valores morales y vicia tus elecciones de modo que no puedes distinguir claramente el bien del mal y no conoces verdaderamente la voluntad de Dios. Y cuando aprecias y deseas una cosa por ella misma, aunque quizá comprendas los principios morales generales, no sabes cómo aplicarlos. Aun en el caso de que tu aplicación de los principios sea formalmente correcta, acaso habrá una circunstancia oculta que no advertiste y que echará a perder tus actos más virtuosos con alguna imperfección.

En cuanto a los que se han arrojado enteramente en el desorden del pecado, a menudo se hacen completamente incapaces de comprender los principios más simples; ya no pueden ver la ley moral más simple y más natural. Quizá tengan los dones más brillantes y sepan discutir las cuestiones éticas más sutiles... pero no tienen la más leve estimación de lo que discuten, porque no sienten amor por esas cosas en su calidad de valores, sólo un interés abstracto por ellas en su calidad de conceptos.

Existen aspectos del desapego y detalles de la pureza interior y delicadeza de conciencia que ni los hombres sinceramente santos, en su mayor parte, lograron nunca descubrir. Aun en los monasterios más estrictos y en lugares donde la gente ha consagrado su vida a la búsqueda de la perfección, muchos no lleguen acaso nunca a sospechar hasta qué punto son gobernados por formas inconscientes del egoísmo, hasta qué punto sus actos virtuosos son sugeridos por un estrecho y humano interés egoísta. De hecho, es a menudo la formularia rigidez de esos hombres piadosos lo que les impide lograr el verdadero desasimiento.

Renunciaron a los placeres y ambiciones del mundo, pero han adquirido otros placeres y ambiciones de un carácter más elevado, sutil y espiritual. A veces ni siquiera sueñan que sea posible buscar la perfección con una intensidad de celo consciente que lleva en sí la imperfección. También ellos están apegados a las cosas buenas de su pequeño y cerrado mundo.

A veces, por ejemplo, un monje puede adquirir gran apego a la oración o al ayuno, a una práctica piadosa o devoción, a un libro o un sistema de espiritualidad, a un método de meditación o aun de contemplación, a las más elevadas gracias de oración, a virtudes, a cosas que son de por sí señales de heroísmo y alta santidad. Y hombres que parecían ser santos se han dejado cegar por su excesivo amor a tales cosas y han quedado en casi tanta oscuridad y error como los hermanos del monasterio que parecían mucho menos perfectos que ellos.

A veces los contemplativos piensan que todo el fin y esencia de su vida puede hallarse en el recogimiento y la paz interior y el sentimiento de la presencia de Dios. Se

aficionan a estas cosas. Pero el recogimiento es criatura, tanto como un automóvil. El sentimiento de sosiego interior es cosa creada, no menos que una botella de vino. El experimental “advertimiento” de la presencia de Dios es cosa creada tanto como un vaso de cerveza. La única diferencia está en que el recogimiento el sosiego interior y el sentimiento de la presencia de Dios son placeres espirituales y los otros son materiales. El apego a las cosas espirituales es, pues, igualmente apego, como el desmesurado amor por cualquier otra cosa. La imperfección puede estar más escondida y ser más sutil; pero, desde cierto punto de vista, esto la hace todavía más dañosa, porque no es tan fácil de reconocer. Así, pues, muchos contemplativos nunca llegan a ser grandes santos, nunca entran en íntima amistad con Dios, nunca logran una profunda participación en Sus gozos inmensos; porque se aficionan a los pequeños, miserables consuelos que se dan a los principiantes en la ruta de la contemplación.

¡Cuántos hay que se hallan todavía en peor estado! Ni siquiera consiguen adelantar tanto que lleguen a la contemplación, porque se apegan a actividades y empresas que les parecen importantes. Cegados por su deseo de movimiento incesante, de una constante sensación de logro, ávidos con una ruda avidez de resultados, de éxito visible y tangible, llegan a ponerse en tal estado que no pueden creer que agradan a Dios si no se atarean en doce trabajos simultáneos. A veces llenan el aire de lamentaciones y se quejan de que ya no les queda tiempo para el rezo; pero se han vuelto tan expertos en engañarse a sí mismos que no advierten cuán insinceros son sus lamentos. No sólo permiten que se les arrastre a más y más trabajo, sino que ellos mismos se lo buscan. Y cuanto más atareados están, más yerros cometen. Los accidentes y errores se amontonan en torno suyo. No admiten consejos. Se alejan más y más de la costa. ... y entonces quizá Dios permite que sus errores los alcancen. Entonces despiertan y descubren que su descuido los ha envuelto en algún grosero y evidente pecado contra la justicia, por ejemplo, o contra las obligaciones de su estado. Y así se anegan.

¡Cuántos habrá que han sofocado las primeras chispas de la contemplación apilando leña sobre el fuego antes de estar éste bien encendido! El estímulo de la oración interior los excita tanto que se lanzan a ambiciosos proyectos de enseñar y convertir al mundo entero, cuando todo lo que Dios les pide es que se mantengan quietos y en paz, atentos a la obra secreta que Él está comenzando en sus almas.

Sin embargo, si intentas explicarles que acaso haya considerable imperfección en su celo por actividades que Dios no desea de ellos, te tratarán como a hereje. Están de que te equivocas, por el intenso apetito que sienten resultados que imaginan van a obtener.

El secreto del sosiego interior es el desapego. El recogimiento es imposible para el hombre dominado por todos los confusos y cambiantes deseos de su voluntad. Y aun en el caso de que esos deseos tiendan a lo bueno de la vida al recogimiento, al sosiego, a los placeres de la oración son más que deseos naturales y egoístas, harán difícil, imposible, el recogimiento.

Nunca podrás alcanzar el perfecto sosiego interior y recogimiento, a no ser que tu desapego lo sea también respecto al deseo de sosiego y recogimiento. Nunca podrás orar perfectamente hasta que estés desasido de los placeres de la plegaria.

Si renuncias a todos esos deseos y buscas sólo una voluntad de Dios, Él te dará sosiego y recogimiento el de tus trabajos, conflictos y pruebas.

Hay en la vida religiosa una especie de grosero materialismo que hace que ciertos hombres santos crean que la abnegación consiste simplemente en renunciar a lo que place a los cinco sentidos externos.

Mas esto es apenas el comienzo de la abnegación.

Cierto que debemos sentir desasimiento hacia las cosas groseras y sensuales antes de que la vida interior pueda iniciarse. Pero una vez empezada haremos pocos progresos aun para con los bienes de la razón, el intelecto y el espíritu.

El que espera llegar a ser contemplativo despegándose sólo de lo que le prohíbe la razón, ni siquiera empezará a conocer el significado de la contemplación. Pues el camino hacia Dios pasa por una profunda oscuridad en la que el conocimiento y la ciencia creada, todo placer y prudencia, todo gozo y esperanza humanos son vencidos y anulados por la abrumadora pureza de la luz y la presencia de Dios. Nada de lo que conocemos, nada de lo que podamos gozar puede ser otra cosa que un obstáculo a la pura posesión de Dios como es en Sí mismo y, por tanto, si aun puede satisfacernos alguna de esas cosas, permaneceremos infinitamente lejos de Él.

Por esto debemos sentirnos desapegados y librados de ellas para llegar a Él. No basta con poseer y gozar cosas materiales y espirituales dentro de los límites de una racional moderación: debemos ser capaces de elevarnos sobre todo gozo e ir más allá de toda posesión si queremos llegar a la pura posesión y goce de Dios.

Así, pues, la verdadera vida contemplativa no consiste en el goce de interiores placeres espirituales. La contemplación es algo más que una refinada y santa estética del entendimiento y la voluntad, en el amor y la fe. Descansar en la belleza de Dios como puro concepto, sin accidentes de imagen o especie sensible ni ninguna otra representación, es un placer que todavía pertenece al orden natural. Es quizá el placer más elevado a que la naturaleza tiene acceso, y muchos no llegan a él por sus solas fuerzas naturales: necesitan el auxilio de la gracia antes de poder experimentar esta satisfacción que se halla de por sí dentro del alcance de la naturaleza. Sin embargo, puesto que es natural y puede ser deseada por la naturaleza y obtenida mediante disciplinas naturales, poco puedo tener que ver con la contemplación sobrenatural.

La verdadera contemplación es obra de un amor que trasciende toda satisfacción y toda experiencia para descansar en la noche de la fe pura y desnuda. Esta fe nos conduce tan cerca de Dios, que puede decirse que lo toca y lo alcanza tal como SI es, aunque en la oscuridad. Y el efecto de ese contacto es a menudo una profunda paz que rebosa y se vierte en la facultades inferiores del alma y así constituye una 'experiencia'. Sin embargo, esta experiencia o sentimiento de paz es siempre sólo un accidente de la contemplación, de modo que la falta de ese 'sentimiento' no quiere decir que haya cesado nuestro contacto con Dios.

Aficionarse a la "experiencia" de esa paz es amenazar la verdadera, esencial y vital unión de nuestra alma con Dios, por encima del sentimiento y la experiencia, en la oscuridad de un amor puro y perfecto.

Así, pues, aunque este sentimiento de paz puede ser un signo de que estamos unidos a Dios, es tan sólo un signo... un accidente. La sustancia de la unión puede tenerse sin tal sentimiento, y a veces cuando no tenemos ninguna sensación de paz ni de la presencia de Dios, El está más verdaderamente presente para con nosotros de lo que nunca lo estuvo antes.

Si concedemos excesiva importancia a esos accidentes, corremos el riesgo de perder lo esencial, que es la perfecta aceptación de la voluntad de Dios, cualesquiera que puedan ser nuestros sentimientos.

Pero si pienso que lo más importante en la vida es el sentimiento de paz interior, tanto más me perturbará el notar que no lo poseo. Y como yo no puedo producir ese sentimiento en mí mismo siempre que lo deseo, la perturbación aumentará con el fracaso de mis esfuerzos. Finalmente perderé la paciencia al negarme a aceptar esa situación que no puedo dominar y así perderé la única realidad importante, la unión con la voluntad de Dios, sin la cual la verdadera paz es completamente imposible.

20. ORACIÓN MENTAL

Como la contemplación es la unión de nuestra mente y voluntad con Dios, es un acto de puro amor que coincide con el conocimiento de Él como es en Sí mismo, el camino hacia la contemplación está en el desarrollo y perfeccionamiento de nuestra mente y voluntad y de nuestra alma entera. La contemplación infusa empieza cuando la directa intervención de Dios levanta todo el proceso por encima del nivel de nuestra naturaleza; y luego Él perfecciona nuestras facultades pareciendo frustrar toda su actividad en el sufrimiento y oscuridad de Su luz y amor infusos.

Pero antes de que esto empiece, tenemos ordinariamente que trabajar en prepararnos a nuestro modo y con la ayuda de Su gracia, ahondando nuestro conocimiento y amor de Dios en la meditación y en formas activas de plegaría, así como libertando nuestra voluntad de su apego a las cosas creadas.

Sobre todo esto se han escrito muchos libros. Hay toda clase de técnicas y métodos de meditación y oración mental, y sería difícil empezar a hablar de todos ellos. Por esta razón no hablaré de ninguno, salvo para decir que todos son buenos para los que saben usarlos, y todos los que pueden sacar provecho de la meditación sistemática no deberían dejar de hacerlo, siempre que no teman dejar de lado alguna vez el método para pensar un poco por su cuenta.

La dificultad en estos métodos no estriba en que sean demasiado sistemáticos y formales; deben ser ambas cosas y es bueno que las sean. No hay nada equivocado en los métodos. La dificultad está en el modo como la gente los emplea... o deja de emplearlos.

El fin de un libro de meditaciones es enseñarte a pensar; no pensar por ti. En consecuencia, si abres uno de esos libros y te limitas a leerlo, estás perdiendo el tiempo. En cuanto un pensamiento estimule tu mente o tu corazón puedes cerrar el libro, pues tu meditación ha comenzado. Pensar que estás obligado a seguir al autor del libro hasta su particular conclusión sería un gran error. Puede suceder que su conclusión no sea aplicable a ti. Acaso quiera Dios que termines en otra parte. Acaso haya proyectado darte una gracia completamente distinta de la que el autor sugiere que quizá necesites.

Y luego hay personas que sólo piensan en meditar cuando el libro es explícitamente llamado 'Meditaciones'. Si lo llamaras de otro modo supondrían que sólo habían de leerlo sin intentar pensar.

Lo mejor que pueden hacer los principiantes de la vida espiritual, después de haber adquirido realmente una disciplina mental que les permita concentrarse en un tema espiritual y penetrar bajo la superficie de su significado e incorporarlo a su propia vida, es adquirir agilidad y libertad mentales que les ayuden a hallar luz y calor, ideas y amor a Dios, dondequiera que vayan y en todo lo que hagan. Los que sólo saben cómo pensar acerca de Dios durante ciertos períodos fijos del día no llegarán nunca muy lejos en la vida espiritual. de hecho, ni siquiera pensarán en Él en los momentos que han señalado religiosamente para la "oración mental".

Aprende el modo de meditar sobre el papel. El dibujo y la escritura son formas de meditación. Aprende a contemplar obras de arte. Aprende a orar en la calle o en el campo. Has de saber meditar no sólo cuando tienes un libro en la mano, sino también mientras aguardas el ómnibus o viajas en tren. Sobre todo, penetra en la Liturgia de la

Iglesia y haz del ciclo litúrgico parte de tu vida; ábrase camino su ritmo en tu cuerpo y alma.

La razón por la que la meditación y la oración mental no cumplen su verdadero fin en la vida de tantos que la practican es que su verdadero objeto no es realmente comprendido.

Algunos parecen pensar que la única razón para meditar sobre Dios es obtener acerca de Él algunas ideas interesantes. Es cierto que uno de los fines elementales de la meditación es fortalecer todas nuestras convicciones religiosas y darles más hondos fundamentos de fe y comprensión; pero esto es sólo el comienzo. Esto es sólo el umbral de la meditación.

Otros suponen que la función de la meditación es mostrarnos la necesidad de practicar virtudes y producir en nosotros valor y determinación para marchar adelante en esa práctica. Esto es cierto. Éste es otro fruto elemental de la meditación. Pero es sólo otro paso en el camino.

Un error menos serio (pues nos vamos acercando a la verdad) es suponer que la meditación está destinada a producir con nosotros un mayor amor a Dios. El que este concepto sea o no satisfactorio depende de lo que entiendas por amor a Dios. Si piensas que la meditación ha hecho su obra cuando te ha hecho *decir* que amas a Dios o *sentir* que amas a Dios, todavía te equivocas.

La meditación es una doble disciplina que tiene una doble función.

Primero, debería darte suficiente dominio sobre tu mente, memoria y voluntad para que puedas recogerte y retirarte de las cosas externas, los negocios, actividades, pensamientos y preocupaciones de la existencia temporal; y segundo (y éste es el fin real de la meditación), te enseña a darte cuenta de la presencia de Dios; y sobre todo aspira a llevarte a un estado de casi constante amante atención a Dios y de confianza en SÍ.

El fin real de la meditación es éste: enseñarle a uno a desprenderse de las cosas creadas y preocupaciones temporales, en las que encuentra solamente confusión y pesar; a entrar en consciente y amante contacto con Dios, en el que se prepara para recibir de Él la ayuda que sabe necesitar tanto, y para dar a Dios la alabanza, honor, gratitud y amor, en lo que ya se encuentra el propio gozo.

El éxito de tu meditación no ha de medirse por las brillantes ideas que se te ocurran, las grandes resoluciones que tomes, ni los sentimientos y emociones que se produzcan en tus sentidos interiores. Sólo habrás meditado bien cuando llegues, hasta cierto punto, a advertir a Dios. Pero ni aun esto es todo.

Al fin y al cabo, todo el que lo ha intentado se da cuenta de que, cuanto más uno se aproxima a Dios, menos es el caso de percatarse de Él o algo acerca de Él.

Así, pues, supón que tu meditación te lleva al punto en que te ves desconcertado y repelido por la nube que rodea a Dios, que hace de la oscuridad su escondite. Lejos de advertirlo, empiezas a advertir solamente tu propia incapacidad para conocerlo y empiezas a pensar que la meditación es algo sin esperanza ni posibilidad. Sin embargo, cuanto mayor es tu desamparo, tanto más pareces desear verlo y conocerlo, y la contradicción entre tu deseo y tu fracaso engendra en ti un doloroso anhelo de Dios que nada parece capaz de satisfacer.

¿Crees que tu meditación ha fracasado? Por el contrario: esa perplejidad, *esa oscuridad, esa angustia de desamparado deseo es el verdadero logro de la meditación*. Pues si ella se propone sobre todo establecer en tu alma un vital contacto de amor con el

Dios vivo, mientras produce solamente imágenes, ideas y afectos que tú puedas comprender, sentir y apreciar, no hace el pleno trabajo que le corresponde. Pero cuando alcanza más allá del nivel de tu entendimiento e imaginación te acerca realmente a Dios, pues te introduce en la oscuridad donde ya no puedes pensar en Él y así te ves forzado a intentar alcanzarlo mediante la fe ciega la esperanza y el amor.

Es entonces cuando te debes fortalecer contra el pensamiento de abandonar la oración mental; debes volver a ella cada día a la hora prescrita, a pesar de la dificultad que encuentres y de la sequedad y dolor que sientas. Con el tiempo, tu propio sufrimiento y la secreta obra de la gracia te enseñarán lo que debes hacer.

Quizá seas guiado hacia una forma sencillísima de plegaría afectiva, en la que tu voluntad, con pocas palabras o ninguna, llegue a la oscuridad donde Dios se oculta con una especie de mudo deseo, medio desesperado, y sin embargo sobrenaturalmente confiado, de conocerlo y amarlo.

O acaso, sabiendo por la fe que Él está presente y advirtiendo la absoluta inutilidad de intentar pensar inteligiblemente acerca de esta inmensa realidad y todo lo que puede significar, aflojes tu tensión para descansar en un simple mirar contemplativo que mantenga tu atención tranquilamente pendiente de Él, oculto en alguna parte de esa profunda nube oscura a la que tu también te sientes atraído e invitado a entrar.

Desde ese momento en adelante debes mantener tu oración tan sencilla como puedas.

Cuando sea posible meditar de nuevo, medita. Si se te ocurre una idea, desarróllala, pero sin excitarte. Nutre tu mente de lecturas y liturgia y, si la oscuridad de tu oración sencilla se convierte en tensión excesiva (o degenera en sopor o sueño), alívala con algunos rezos vocales o simples afectos, pero no te tortures intentando obtener ideas o sentir fervor, ni te trastornes con inútiles esfuerzos por lograr las grandiosas ofertas de un libro convencional de meditaciones.

21. DISTRACCIONES

La oración y el amor se aprenden en la hora en que la plegaria se ha hecho imposible y tu corazón se ha petrificado.

Si nunca has tenido distracciones no sabrás cómo orar. Pues el secreto de la plegaria es el hambre de Dios y de la visión de Dios, una avidez de mucha más hondura que el nivel del lenguaje o el afecto. Y un hombre cuya memoria e imaginación lo persiguen con una multitud de inútiles y aun malos pensamientos e imágenes puede a veces verse forzado a orar mucho mejor, en lo hondo de su asesinado corazón, que otro en cuya mente flotan claros conceptos, brillantes propósitos y fáciles actos de amor.

Por esto es inútil que te inquietes cuando no puedes desembarazarte de las distracciones. En primer lugar, debes darte cuenta de que con frecuencia son inevitables en una vida de oración. La necesidad de arrodillarse y ser sumergido por una marca de locas y vanas imágenes es una de las pruebas típicas de la vida contemplativa. Si crees que estás obligado a rechazar esas cosas mediante un libro, agarrándote a sus frases como se aferra el náufrago a una tabla tienes el privilegio de hacerlo; pero si permites que tu oración degenere en un período de simple lectura espiritual, pierdes gran parte del fruto. Te aprovecharía más el resistir pacientemente a las distracciones y aprender algo de tu propio desamparo e incapacidad. Y si tu libro llega a ser meramente un anestésico, lejos de ayudar a tu meditación, probablemente la echó a perder.

Uno de los motivos de tus distracciones es éste: la mente, memoria e imaginación sólo trabajan, en la meditación, para conducir tu voluntad a la presencia de su objeto, que es Dios. Cuando has practicado la meditación por unos años, es la cosa más espontánea del mundo el que la voluntad se acomode a su ocupación de amar a Dios en la oscuridad y sin palabras tan pronto como te dispones a la oración. En consecuencia la mente, memoria e imaginación no tienen realmente que hacer nada. La voluntad está atareada, y ellas están sin empleo. Al cabo de un rato, pues, se abren las puertas de tu subconsciente, y toda suerte de curiosas figuras entran en escena como bailando un vals... Si eres avisado, no prestarás ninguna atención a esas cosas; permanece en tu simple atención a Dios y mantén tu voluntad sosegadamente dirigida a Él en simple deseo, mientras las sombras intermitentes de la enojosa película se mueven sobre el remoto fondo. Si te percatas de ellas, es sólo para advertir que las rechazas.

La clase de distracciones que más temen las personas santas son generalmente las más inofensivas. Pero a veces hombres y mujeres piadosos se torturan en la meditación porque se imaginan que están “consintiendo” en los fantasmas de una farsa lúbrica y algo idiota que se está fabricando en su imaginación sin que ellos puedan hacer nada por terminarla. La principal razón de su tormento es que sus inútiles esfuerzos por poner fin a ese desfile de imágenes engendra una tensión nerviosa que sólo sirve para hacerlo todo cien veces peor.

Si alguna vez poseyeron el sentido del humor, se han puesto ya tan nerviosos que lo han perdido del todo. Sin embargo, el humor es probablemente una de las cosas que más podrían ayudar en tal ocasión.

No hay peligro real en estas cosas. Las distracciones que perjudican son las que apartan nuestra voluntad de su profunda y sosegada ocupación con Dios y la envuelven en la elaboración de proyectos que nos han preocupado durante nuestra tarea del día.

Se nos presentan problemas que realmente atraen y ocupan nuestra voluntad, y existe considerable peligro de que nuestra meditación se desmenuce en un trabajo mental de escritura de cartas, sermones, discursos, libros o, peor aun, consideración de planes para obtener dinero o cuidar de nuestra salud.

Será difícil para cualquiera que deba realizar una tarea pesada el desembarazarse de esas cosas. Le recordarán siempre lo que es, y deberían advertirle que no se deje envolver demasiado en una obra activa, porque es inútil que intentes desembarazar tu mente de todas las cosas materiales en el momento de la meditación, si no haces nada por aliviar la presión del trabajo fuera de ese tiempo.

Pero, en todo eso, la esencia de la oración es la voluntad de orar, y lo que importa es el deseo de hallar a Dios y verlo y amarlo. Si has deseado conocerlo y amarlo, has hecho ya lo que se esperaba de ti, y es mucho mejor desear a Dios sin poder pensar claramente acerca de Él sin desear entrar en unión con Su voluntad.

22. EL DON DE ENTENDIMIENTO

La contemplación, mediante la cual conocemos y amamos a Dios como es en Sí mismo, llegando a Él en una experiencia profunda y vital que está fuera del alcance de toda comprensión natural, es la razón por que fuimos creados por Dios. Y aunque está absolutamente por encima de nuestra naturaleza, Santo Tomás nos enseña que es nuestro elemento propio, porque en ella se logran y satisfacen profundas capacidades que hay en nosotros y que Dios ha querido que nunca se satisfagan de ningún otro modo. Todos los que alcanzan el fin para el cual fueron creados serán, pues, contemplativos en el cielo; pero muchos están también destinados a entrar en ese elemento sobrenatural y respirar esa nueva atmósfera cuando todavía están en la tierra.

Como la contemplación ha sido proyectada para nosotros por Dios como nuestro verdadero y propio elemento, el sentirla por primera vez nos sorprende como una cosa a la vez absolutamente nueva y, sin embargo, extrañamente familiar.

Aunque tenías una idea completamente distinta de lo que sería (pues ningún libro puede dar una idea adecuada de la contemplación, salvo a los que ya la experimentaron), resulta ser justo lo que te parece haber sabido siempre que sería.

La absoluta simplicidad y evidencia de la luz infusa que la contemplación vierte en nuestra alma nos despierta súbitamente a un mundo nuevo. Entramos en una región que ni siquiera habíamos sospechado y, sin embargo, ese mundo nuevo nos parece familiar y obvio. Ahora es el viejo mundo de nuestros sentidos el que nos parece raro, remoto e increíble. .. hasta que la luz de la contemplación nos deja y volvemos a caer a nuestro propio nivel.

Comparados con la pura y sosegada comprensión del amor en la que se permite al contemplativo ver la verdad, no tanto viéndola como siendo absorbido en ella, los modos ordinarios de ver y conocer están llenos de ceguera, trabajo e incertidumbre.

La más neta experiencia natural es como un sueño comparada con el despertar que es la contemplación. La más aguda y segura certidumbre natural es un sueño comparada con esa serena comprensión.

Nuestra alma se eleva sobre nuestra tierra como Jacob al despertar de su sueño: *vere Deus est in loco isto et ego nesciebam*. Dios mismo es entonces la única realidad, en la cual toda otra realidad ocupa el lugar que le corresponde.. . y cae en la insignificancia.

Aunque esa luz está absolutamente por encima (le nuestra naturaleza, nos parece ahora “normal” y “natural” ver, como vemos, sin ver, poseer claridad en la oscuridad, tener una pura certidumbre sin la más pequeña mezcla de prueba discursiva, estar henchido de una experiencia que trasciende la experiencia y entrar con serena confianza en profundidades que nos dejan en un completo balbuceo.

O altitudo divitiarum sapientiae et scientiae Dei!

Se abre una puerta en el centro de nuestro ser y nos parece caer por ella a inmensas honduras que, aunque son infinitas nos son todas accesibles; toda la eternidad parece ser nuestra en ese plácido y abrumador contacto.

Dios nos da un toque que es vacuidad y nos vacía de nosotros mismos. Nos mueve con una simplicidad que nos simplifica. Toda variedad, toda complejidad, toda paradoja, toda multiplicidad cesan. Nuestra mente flota en el aire de una comprensión, una realidad que es oscura y serena y lo encierra en sí todo. Nada más se desea. Nada

más hace falta. Nuestro solo pesar, si el pesar es posible es advertir que todavía vivimos fuera de Dios.

Pues ya un instinto sobrenatural nos enseña que la función de ese abismo de libertad que se ha abierto en el centro mismo de nosotros es atraernos completamente fuera de nuestro yo hacia el interior de su propia inmensidad de libertad y gozo.

Pareces ser el mismo y eres el mismo que siempre has sido; de hecho, eres más tú mismo que no lo fuiste antes jamás. Sólo ahora empiezas a existir. Te sientes como si por fin hubieses nacido plenamente. Todo lo que ocurrió antes fue un error, una chapucera preparación para el nacimiento. Ahora has entrado en tu propio elemento. Sin embargo, ahora te has convertido en nada. Te has hundido hasta el centro de tu propia pobreza, y allí has sentido abrirse las puertas a la infinita libertad, a una riqueza que es perfecta, porque nada de ella es tuyo y, sin embargo, te pertenece toda.

Y ahora, en tu libertad, puedes entrar en el infinito y salir de él.

Es inútil pensar en sondear las honduras de la oscuridad abierta de par en par en tu interior, llena de libertad y exultación.

No son un lugar, no son una extensión; son una enorme, serena actividad. Esas honduras son el Amor. Y en medio de ti forman una ciudadela.

No hay nada que pueda penetrar en el corazón de esa paz. Nada del exterior puede entrar en ella. Hasta hay toda una esfera de tu propia actividad que está excluida de esa hermosa noche etérea. Los cinco sentidos, la imaginación, la mente que discurre, la avidez del deseo no tienen sitio en este cielo sin estrellas.

Y tú, aunque puedes libremente ir y venir, tan pronto como intentas formar palabras o pensamientos acerca de ello, quedas excluido. . . vuelves a tu exterior para hablar.

Mas descubres que puedes descansar en esa oscuridad y esa insondable paz sin turbación ni ansiedad, aun en el caso de que tu imaginación y tu mente permanezcan en algún modo activas fuera de sus puertas.

Pueden quedarse a charlar en el pórtico, mientras están ociosas aguardando a que regrese su reina, la voluntad, de cuyas órdenes dependen.

Pero es mejor que estén calladas. Sin embargo, ahora ya sabes que esto no depende de ti. Es un don que llega a ti procedente del seno de esa serena oscuridad y depende enteramente de la decisión del Amor.

Dentro de la simplicidad de esa armada, amurallada e indivisa paz interior, hay una infinita unción que, en cuanto es asida, pierde su sabor. No has de intentar alcanzarla y poseerla del todo. No debes tocarla ni intentar asirla. No debes intentar hacerla más dulce ni procurar que no se desvanezca...

La situación del alma en la contemplación es algo parecido a la situación de Adán y Eva en el Paraíso. Todo es tuyo, pero con una condición infinitamente importante: la de que todo es *dado*.

No hay nada que puedas reclamar, nada que puedas exigir, nada que puedas *tomar*. Y en cuanto intentas tomar algo como si fuera tuyo... pierdes tu Edén.

La única diferencia es que no adviertes en seguida lo que perdiste. Por ende, sólo la máxima humildad puede darnos la delicadeza y la cautela instintivas que nos impedirán buscar los placeres y satisfacciones que podemos comprender y saborear en esa oscuridad. En el momento en que pedimos algo para nosotros mismos, o aun confiamos en una acción de nuestra parte para procurar una más honda intensificación de ese puro y sereno descanso en Dios, manchamos y disipamos el perfecto don que Él desea comunicarnos en el silencio y reposo de nuestras facultades.

Si hay algo que tengamos que hacer es lo siguiente: debemos darnos cuenta, hasta lo más profundo de nuestro ser, de que es un puro don de Dios que ningún deseo, ningún esfuerzo, ningún heroísmo nuestro puede hacer nada por merecer u obtener. No hay nada que podamos hacer directamente para procurarlo, preservarlo o aumentarlo. Nuestra propia actividad es generalmente un obstáculo para la infusión de esa sosegada y sosegante luz, salvo que Dios exija ciertos actos y obras nuestras por caridad y obediencia y nos mantenga en profunda unión experimental con Él a través de todos ellos, porque Él así lo quiere, no por ninguna fidelidad nuestra.

En el mejor caso podemos prepararnos para la recepción de ese gran don descansando en la entraña de nuestra pobreza, manteniendo nuestra alma vacía, en todo lo posible de deseos hacía todas las cosas que agradan a nuestra naturaleza y la preocupan, por puras y sublimes que puedan ser en sí mismas.

Y cuando Dios se nos revela en la contemplación debemos aceptarlo tal como viene a nosotros, en Su oscuridad, en Su silencio, sin interrumpirlo con argumentos, palabras, conceptos ni actividades que pertenecen al nivel de nuestra tediosa y trabajosa existencia.

Pues todos los dones de Dios deben ser en nosotros una respuesta de gratitud, felicidad y gozo; pero ahí Le agradecemos menos con palabras que con la serena felicidad de una callada aceptación. *Vacate et videte quoniam ego Sum Deus!* Es el vacío de nosotros mismos en presencia del abismo de Su realidad, nuestro silencio en presencia de Su silencio infinitamente rico, nuestro gozo en el seno de la serena oscuridad en que. Su Luz nos tiene absortos, es todo esto lo que Lo alaba. Es esto lo que hace que el amor a Dios y la maravilla y la adoración nos inunden como una marca surgida de las honduras de esa paz y bañen la playa de nuestra conciencia con un vasto, callado oleaje de inarticulada alabanza, ¡alabanza y gloria!

Esta clara oscuridad de Dios es la pureza de corazón de que habló Cristo en la sexta Bienaventuranza. *Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt.* Y esta pureza de corazón trae por lo menos un momentáneo liberarse de las imágenes y conceptos, de las formas y sombras de todo lo que los hombres desean con su apetito humano. Hasta nos libra de las analogías que usamos ordinariamente para llegar a Dios; no es que las niegue, pues son verdaderas hasta donde alcanzan, pero las hace temporalmente inútiles cumpliéndolas todas en la segura comprensión de una profunda y penetrante experiencia.

En la vívida oscuridad de Dios, dentro de nosotros, ocurren a veces profundos movimientos de amor que nos libran enteramente, por un momento, de nuestra vieja carga de egoísmo, y nos hacen figurar en el número de esos pequeñuelos de quienes es el reino de los cielos.

Y cuando Dios nos permite caer de nuevo en nuestra confusión de deseos, juicios y tentaciones, llevamos una cicatriz sobre el sitio en que aquel gozo exultó por un momento en nuestro corazón.

La cicatriz nos quema. La llaga duele en nuestro interior y recordamos que hemos regresado a lo que somos y no se nos permite todavía permanecer donde Dios querría que estuviésemos. Y anhelamos el lugar a que Él nos ha destinado, y lloramos de deseo del tiempo en que esa pura pobreza nos asirá y mantendrá en su libertad para ya no soltarnos, en que nunca regresaremos del paraíso de los simples y los pequeñuelos al foro de la prudencia, donde los sabios de este mundo se pasean en el pesar y preparan sus trampas para. asir una felicidad que no puede existir.

23. LA NOCHE DE LOS SENTIDOS

La vida de contemplación infusa no empieza siempre con una concreta experiencia de Dios en una fuerte luz que se derrama. Los momentos en que uno se ve libre y se evade de la ceguera y desamparo de los modos ordinarios, trabajosos del espíritu, serán siempre relativamente raros. Y no es demasiado difícil reconocer esos súbitos, intensos destellos del don de entendimiento esos vividos “rayos de oscuridad” que hieren profundamente el alma y cambian el curso de toda una vida. Llevan consigo su propia convicción. Arrancan como escamas la ceguera de nuestros ojos. Implantan en nosotros una certidumbre demasiado profunda, serena y nueva para ser mal comprendidos o fácilmente olvidados.

Pero si uno tuviera que aguardar que sucedan tales experiencias, antes de llegar a ser un contemplativo, acaso hubiera de aguardar largo tiempo... quizá toda la vida. Y tal vez su espera sería vana.

Es más común que el espíritu aprenda de Dios la contemplación, no en súbito destello, sino imperceptiblemente, por pasos muy graduales. De hecho, sin la base de larga y paciente prueba y lento progreso en la oscuridad de la pura fe, la contemplación no será nunca realmente aprendida. Pues unos pocos, aislados, aunque intensos, destellos del espíritu de entendimiento y sabiduría no harán de uno un contemplativo en el pleno sentido de la palabra; Ja oración contemplativa es sólo verdaderamente lo que su nombre indica cuando llega a ser mas o menos habitual.

El camino ordinario hacia la contemplación pasa por un desierto sin árboles, sin belleza y sin agua. El espíritu entra en un yermo y viaja a ciegas en direcciones que parecen conducir lejos de la visión, lejos de Dios, lejos de toda plenitud y gozo. Puede llegase a creer que es casi imposible que esa ruta vaya a alguna parte, si no es a una desolación llena de huesos secos... la ruina de todas nuestras esperanzas y buenas intenciones.

El aspecto de ese yermo aterra tanto a la mayor parte de los hombres, que rehusan entrar en sus ardientes arenas y viajar entre sus rocas. No pueden creer que la contemplación y la santidad puedan hallarse en una desolación donde no hay manjares, abrigo, descanso ni refrigerio para su imaginación ni para su entendimiento ni para los deseos de su naturaleza.

Convencidos de que la perfección ha de medirse por brillantes intuiciones de Dios y fervientes resoluciones de una voluntad incendiada en amor, persuadidos de que la santidad es cuestión de fervor sensible y tangibles resultados, no quieren nada con una contemplación que no deleita su razón ni llena su mente y voluntad de consuelos y alegría sensible. Quieren saber adónde van y ver lo que hacen, y tan pronto como entran en regiones donde su actividad se paraliza y no da fruto visible, se dan vuelta y regresan a los campos lozanos donde pueden estar seguros de que hacen algo y a alguna parte llegan. Y si no pueden lograr los resultados que desean con tan intensa ansiedad, por lo menos se convencen de haber adelantado mucho si han dicho muchas oraciones, sufrido muchas mortificaciones, predicado muchos sermones, leído, y quizá también escrito, muchos libros y artículos, hojeado muchos libros de meditaciones, aprendido centenares de nuevos y diferentes modos de devoción y ceñido la tierra con peregrinaciones, No es que todas estas cosas no sean buenas en si mismas; pero hay momentos en la vida del hombre en que pueden ser una evasión, un anodino, un refugio contra la responsabilidad de sufrir en las tinieblas y el desamparo y dejar que Dios nos despoje de nuestro falso yo y nos convierta en el hombre nuevo que realmente debemos ser.

Cuando Dios empieza a infundir Su luz de conocimiento y comprensión en el espíritu de un hombre que la contemplación atrae, la experiencia no es tan a menudo de logro como de derrota.

La mente se ve entrar inquietamente en las sombras de una extraña y silenciosa noche. Es una noche hartamente sosegada. Pero es muy extraña. El pensamiento experimenta contracciones y dificultades. Hay una sensación, peculiarmente pesada, de cansancio y repugnancia hacia la actividad mental y espiritual. Pero al mismo tiempo el alma es asediada por el temor de que esta nueva impotencia sea pecado o un signo de imperfección. Intenta esforzarse por realizar actos de entendimiento y voluntad. A veces hace un esfuerzo loco por exprimir de sí algún sentimiento de fervor; lo que es, diremos de pasada, lo peor que puede hacer. Todas las bellas imágenes y conceptos de Dios que en otro tiempo acariciara se han desvanecido o transformado en desagradables y aterradoras deformaciones. En ningún sitio puede hallarse a Dios. Las palabras de la oración son rechazadas huecamente por las paredes de esta muerta caverna.

El que, en esa noche, deja arrastrar su espíritu por el temor, impaciencia o ansiedad, se verá detenido. Se moverá y torcerá y torturará intentando ver alguna luz, sentir algún calor; recuperar los vicios consuelos ya irrecuperables. Y finalmente huirá de la oscuridad y hará todo lo posible por narcotizarse con la primera luz que encuentre.

Pero hay otros que, por mucha perplejidad e inquietud que sufran en el yermo adonde Dios empieza a conducirlos, continúan sintiéndose atraídos más y más hacia la

desolación. No pueden pensar; no pueden meditar; su imaginación los tortura con todo lo que no quieren ver; su vida de oración está sin luz, sin placer; sin ningún sentimiento de devoción.

Por otra parte sienten, por una especie de instinto, que la paz se halla en el corazón de esa oscuridad. Algo los incita a estar quedos, a confiar en Dios, a callar y atender a Su voz; a ser pacientes y a no excitarse. Pronto descubren que todos los inútiles intentos de meditación sólo consiguen trastornarlos y perturbarlos; pero al mismo tiempo, estando quedos en la mudez de la fe desnuda, descansando en una simple y atenta espera, pendientes de la oscuridad que los tiene perplejos, una sutil e indefinible paz empieza a infiltrarse en su alma y la llena de una profunda e inexplicable satisfacción. Esta satisfacción es tenue y oscura. No puede asirse ni identificarse. Se desenfoca y se aparta. Pero ahí está. ¿Qué es? Difícil decirlo; mas uno siente que de algún modo se compendia en “la voluntad de Dios” o, simplemente, “Dios”.

El que no permite que su espíritu sea abatido y trastornado por la sequedad y el desamparo sino que deja que Dios lo conduzca sosegadamente a través del yermo y no desea otro apoyo ni guía que los de la pura fe y confianza en Dios solo, será llevado a una profunda y sosegada unión con Él.

El hombre que no tema abandonar todo su adelanto espiritual en las manos de Dios, dejar oración, virtud, mérito, gracia y todos los dones al cuidado de Aquel de quien todos han de venir, será rápidamente conducido a la paz en la unión con Él.

Como la luz de la fe es oscuridad para la mente, así la suprema, sobrenatural actividad de la mente y la voluntad en la contemplación y el amor infuso nos parece al principio igual a la inacción. Por esto nuestras facultades naturales están ansiosas e intranquilas y rehusan estarse quietas. Quieren ser los únicos principios de sus propios actos. El pensamiento de que no pueden obrar como les plazca lleva consigo un sufrimiento y humillación que encuentran duro soportar.

Pero la contemplación nos eleva más allá de la esfera de nuestras potencias naturales.

Cuando viajas en un avión cerca del suelo te das cuenta de que vas a algún sitio; pero en la estratosfera, aunque quizá vuelas seis veces más rápidamente, pierdes toda sensación de velocidad.

Tan pronto como ocurra una razonable indicación de que Dios atrae el espíritu hacia esa ruta de la contemplación, deberíamos permanecer con tranquilidad en una oración sumamente simplificada, despojada de actos y reflexiones y limpia de imágenes, aguardando en desasimiento y vigilante expectación que la voluntad de Dios se cumpla en nosotros. Esta espera debería ser sin ansiedad ni deliberada avidez de ninguna de las

experiencias que estén al alcance de nuestro conocimiento o memoria, porque cualquier experiencia que podamos asir y comprender será inadecuada e indigna del estado a que Dios quiere conducir nuestras almas.

La más importante pregunta práctica que se hará en esto punto es: ¿cuáles son los signos de que ya se puede abandonar sin peligro la meditación formal y descansar en esa expectación más o menos pasiva?

En primer lugar, si la meditación y la oración afectiva son fáciles, espontáneas y fructíferas, no deberían abandonarse. Pero cuando han llegado a ser prácticamente imposibles, o si simplemente se amortecen y agotan la mente y la voluntad, y las llenan de repugnancia, o si las envuelven en muchas distracciones, sería perjudicial que forzaras tu mente a tener pensamientos especiales y tu voluntad a seguir una rutina de actos determinados. Cuando la imaginación (aunque puede permanecer bien activa) no te da ya placer ni fruto, sino que sólo te cansa y trastorna hasta cuando se detiene en las cosas naturales, o aun espirituales, más atractivas, ello es signo de que quizá deberías abandonar la meditación activa. Si, al mismo tiempo, hallas positivo sosiego y sacas provecho del descansar en una simple y leal expectación del auxilio de Dios, será mejor hacer esto que no perseguir tu mente y tu voluntad en un vano esfuerzo por sacar de ellas unas pocas ideas y afectos. Pues, si reflexionas sobre tu estado, fácilmente verás que tu mente está absorta en una vasta, oscura idea de Dios y tu voluntad está ocupada, si no asediada, por un ciego, vacilante, semidefinido deseo de Dios. Las dos se combinan para producir en ti la ansiedad, oscuridad y desamparo que hacen los actos lúcidos y particulares a la vez tan difíciles y tan fútiles. Si permaneces en silencio y vacío de ti mismo, acaso descubras que esta sed, esta hambre que busca a Dios en la ceguera y la oscuridad, aumentan en ti y al mismo tiempo, aunque todavía no parece que halles nada tangible, la paz se establece en tu alma.

Por otra parte, si abandonar la meditación significa simplemente que tu mente se apaga y tu voluntad se petrifica, y te recuestas en el muro y pasas tu media hora de meditación pensando en lo que tendrás para cenar, es mejor que te mantengas ocupado en algo. Al fin y al cabo, hay siempre la posibilidad de que la pereza se disfraze de “oración de quietud” u “oración de simplicidad” y degeneren en letargo y sueño. La mera falta de actividad no te convierte ipso facto en un contemplativo.

En eso puede a veces ayudarte un libro. Si hallas algún párrafo o frase que te interese, detén la lectura, examínalos en tu monte, absórbelos y contémplos y descansa en la consideración general, serena, no forzada, de la idea, no en sus detalles, sino en su conjunto, como algo retenido y saboreado en su totalidad; y pasa de esto a descansar en la quieta expectación de Dios. Si ves que te distraes, vuelve al libro, a la misma u otra

frase. Puedes hacerlo con la Sagrada Escritura, o con imágenes, o con fragmentos de oraciones vocales, con preferencia en presencia del Santísimo Sacramento, pero también en el bosque y bajo los árboles. La extensión y serenidad de un paisaje, campos y colinas, bastan para mantener al contemplativo flotando en la tranquila marea interior de su paz y deseo durante horas seguidas.

La falta de actividad en la oración contemplativa es sólo aparente. Bajo la superficie, la mente y la voluntad son atraídas a una actividad que es profunda, intensa y sobrenatural y que, rebosando, inunda nuestro ser y produce incalculables frutos.

No existe ninguna clase de oración en que no hagas absolutamente nada. Si no haces nada es que no estás orando. Por otra parte, si Dios domina tu actividad interior y llega a ser su principio inmediato por los Dones del Espíritu Santo, la obra de tus facultades puede hallarse enteramente fuera del alcance del cálculo consciente y acaso sus resultados no sean vistos ni comprendidos.

La oración contemplativa es una actividad espiritual honda y simplificada, en la cual la mente y la voluntad descansan en una unificada y simple concentración de Dios, dirigidas y atentas a Él y absortas en Su luz, con una simple mirada que es perfecta adoración, porque calladamente dice a Dios que hemos dejado todo lo demás y aun deseamos dejar nuestro propio yo sólo por Él, y que sólo Él es importante para nosotros, Él solo es nuestro deseo y nuestra vida, y ninguna otra cosa puede darnos gozo alguno.

24. FUEGO FATUO

En cualquier grado de la vida espiritual, y aun sin haber ninguna vida espiritual, puede ocurrirle a uno el sentirse envuelto en un emotivo fermento religioso en el que rebosa de mociones sensibles y aun sentimentales de amor a Dios y al prójimo. Si no se tiene experiencia, podría uno creer que es muy santo a causa de los santos sentimientos que abundan en su corazón.

Todas estas cosas significan muy poco o nada. Son una especie de embriaguez sensible producida por algún placer, y hay sólo una diferencia accidental entre ellas y las lágrimas que los niños vierten a veces cuando van al cine.

De por sí, estas mociones de la pasión tienen poca importancia. Pueden ser usadas para bien o para mal, y para los principiantes en la vida espiritual son generalmente necesarias. Mas, aun en un principiante, sería necio depender de ellas, pues más tarde o más temprano deberá abandonarlas. De hecho, su vida espiritual no empezará realmente mientras no haya aprendido hasta cierto punto a prescindir del estímulo de la emoción.

Hasta cuando entramos en la vida contemplativa llevamos con nosotros nuestras pasiones y naturaleza sensible como una carga de gasolina destapada. Y a veces las chispas que saltan en la pura oscuridad de la contemplación llegan accidentalmente al combustible y provocan una llamarada en las emociones y los sentidos.

Todo el espíritu es sacudido y vacila en una explosión de embriagante gozo o una tormenta de compunción, que puede ser buena y saludable, pero que es todavía más o menos animal, aun cuando la chispa que prendió el fuego acaso tenga un origen sobrenatural.

Esta llamarada sube, arde y se apaga en pocos momentos, o en media hora. Mientras dura, gustas un intenso placer que a veces es engañosamente elevado, pero en ocasiones se delata por cierta pesadez que pertenece al nivel humano e indica lo que es: emoción. A veces hasta puede producir un buen efecto natural. Un estallido de exuberancia espiritual puede tonificarte en un día de fiesta, después de semanas de lucha y trabajo. Pero generalmente el efecto de esta conmoción no es más que natural. Cuando termina no sacas de ella más provecho del que sacarías de un par de copas de champaña o un buen rato de natación... y los monjes no beben champaña ni nadan. Así, pues, dentro de sus límites, es cosa buena.

Pero el peligro está en que atribuyas una errónea clase de importancia a esas manifestaciones de emoción religiosa. En realidad, no tienen ninguna y, aunque a veces son inevitables, no parece prudente desearlas. De hecho, todo el que ha recibido algún adiestramiento en la vida interior sabe que no se considera cosa de buen sentido buscar estos consuelos con demasiada, aguda intensidad. Sin embargo, muchos que parecen estar por encima del elemento sensible en religión muestran con sus devociones, su gusto por imágenes sentimentales, música pegajosa y lecturas espirituales flojuchas, que toda su vida interior es una campaña concentrada en busca de “luces”, “consuelos” y “lágrimas de compunción”, si no de “voces interiores con la levemente disimulada esperanza” quizá, de una visión o dos y, eventualmente, los estigmas.

Para todo el que es realmente llamado a la contemplación infusa, este gusto por “experiencias” puede ser uno de los obstáculos más peligrosos en su vida interior. Es la roca que hizo naufragar a muchos que quizá hubiesen llegado a ser contemplativos. Y es tanto más peligroso cuanto que, aun en conventos de órdenes contemplativas, la gente no comprende siempre claramente la diferencia entre la contemplación mística en su verdadero sentido y todos esos accidentes, esas experiencias, esas manifestaciones y curiosidades, que pueden ser o no ser sobrenaturales y que no tienen una conexión esencial con la santidad ni con el puro amor que está en el corazón de la contemplación verdadera.

Así, pues, la reacción más saludable frente a esos estallidos es una oscura repugnancia hacia los placeres y excitaciones que traen consigo. Reconoces que esas cosas no dan fruto real ni satisfacción duradera. No te dicen nada fiable acerca de Dios ni de ti mismo. No te dan fortaleza real, sólo una momentánea ilusión de santidad. Y cuando adquieres más experiencia, reconoces cuánto te ciegan y cuán capaces son de engañarte y extraviarte.

Intentarás retirarte de ellas y evitar las ocasiones que las producen, si sabes distinguir su probable causa. Pero no te trastornarás ofreciéndoles una resistencia violenta; basta con permanecer sosegadamente indiferente hacia ellas.

Y cuando no puedas hacer nada para impedir que vengan esos sentimientos de embriaguez y gozo espiritual, aceptemos con paciencia y reserva y aun con cierta humildad y gratitud. advirtiéndote que no sufrirías tales excitaciones si no quedara todavía en ti tanto vigor natural. Retira tu consentimiento de aquello que pueda ser desmesurado en ellos y deja el resto a Dios, aguardando la hora de tu liberación en los gozos reales, los gozos puramente espirituales de una contemplación en tu naturaleza y emociones y tu propio yo no tienen ya parte alguna, en que quedas absorto y sumergido, no en esa

tambaleante embriaguez de los sentidos, sino en la limpia, intensamente pura embriaguez de un espíritu liberado en Dios.

25. RENUNCIAMIENTO

El camino hacia la contemplación es una oscuridad tan intensa que ya no es ni siquiera dramática. No queda nada en ella que pueda ser asido y acariciado como heroico ni aun insólito. Así, para el contemplativo, hay un valor supremo en la rutina ordinaria de trabajo, pobreza, penalidad y monotonía que caracteriza la vida de la gente pobre, ininteresante y olvidada del mundo.

Cristo, que vino a la tierra para formar contemplativos y enseñar a los hombres la ruta de la santidad y la oración, habría podido fácilmente rodearse de ascetas que lo dejaran morir de hambre y aterraran a la gente con extraños éxtasis. Pero sus Apóstoles fueron trabajadores, pescadores, publicanos que se distinguían tan solo por su indiferencia hacia la mayor parte de la complicada red de devociones, prácticas rituales y moral gimnástica de los santos profesionales.

El ascetismo más seguro es la inseguridad amarga, el trabajo y pequeñez de los realmente pobres. Depender absolutamente de otros. Ser desconocido, menospreciado y olvidado. No conocer la comodidad ni la limpieza. Vivir en la suciedad y comer mal. Recibir órdenes y trabajar mucho por poco dinero. Esto es una dura escuela, que la mayoría de las personas piadosas hacen todo lo posible por evitar.

Muchas personas religiosas, que dicen amar a Dios, detestan y temen la sola idea de una pobreza bastante real para significar inseguridad, hambre y suciedad. Y sin embargo hallarás a algunos que van a vivir entre los pobres, no porque amen a Dios (en quien no creen), ni aun porque amen a los pobres, sino simplemente porque odian a los ricos y quieren agitar a los pobres para que éstos también los odien. Si hay quien puede sufrir tales cosas por el venenoso placer del odio, ¿por qué hay tan pocos que se hagan pobres por amor, para hallar a Dios en la pobreza y a la vez darlo a otros hombres?

Sin embargo, no debe creerse que no pueda nadie llegar a contemplativo si toda su vida no es siempre externamente miserable y repugnante. Vivir frugal y laboriosamente, confiando en Dios, y no en las cosas materiales que ya no tenemos, y haciendo todo lo posible por llevarnos bien con otras personas que quizá no nos traten siempre con bondad y consideración; todo esto puede dar por suma una atmósfera de paz y tranquilidad, contento y gozo. Hasta puede haber cierta natural donosura en ello; de hecho, la simplicidad de una vida de trabajo y pobreza puede a veces ser más bella que la complicada vida de los que creen que su dinero puede comprarles belleza y rodearlos de

cosas agradables. Cualquiera que haya estado en la casa de un campesino francés o italiano lo sabe.

La vida en un monasterio trapense es fundamentalmente una vida campesina. Cuanto más conforme sea en la pobreza, frugalidad y sencillez de los que han de ganar su vida cavando la tierra, tanto más cumple su propósito esencial, que es el de disponer a los hombres a la contemplación.

Es bueno que un monasterio sea pobre. Es bueno que los monjes tengan que contentarse con ropa muy gastada y remendada, obtengan peor comida que la que permite la Regla y tengan que depender de sus campos más que de estipendios para misas y donativos de bienhechores. Sin embargo, hay un límite que no debería traspasar la pobreza de un monasterio. La indigencia no es buena para los monjes ni para nadie. No se puede esperar de ti que hagas vida contemplativa si estás literalmente muriéndote de hambre y aplastado por la lucha física que has de sostener para mantener unidos alma y cuerpo. Y aunque acaso sea bueno que el monasterio sea pobre, el monje ordinario no prosperará espiritualmente en un convento donde la pobreza sea realmente tan desesperada que todo lo demás deba sacrificarse al trabajo manual y a las preocupaciones materiales.

A menudo ocurre que un viejo hermano que pasó su vida haciendo queso o cociendo pan, remendando zapatos o guiando caballos, sea mejor contemplativo y más santo que un sacerdote que asimiló toda la Sagrada Escritura y la Teología, conoce los escritos de los grandes santos y místicos y ha tenido más tiempo para la meditación, contemplación y oración.

Una de las primeras cosas que debes aprender, si quieres ser un contemplativo, es saber ocuparte de lo que te importa.

No hay nada más sospechoso, en un hombre que parece santo, que un impaciente deseo de reformar al prójimo.

Un serio obstáculo al recogimiento es la manía de dirigir a quienes no has sido designado para dirigir, reformar a los que nadie te pidió que reformases, corregir a aquellos sobre quienes no tienes jurisdicción. ¿Cómo puedes hacer estas cosas y mantener tranquila tu mente? Presta la menor atención posible a las faltas del prójimo y ninguna a sus defectos y excentricidades naturales.

La resolución de que depende toda santidad es renunciamiento, desapego, abnegación. Pero la abnegación no termina cuando hemos renunciado a todas nuestras deliberadas faltas e imperfecciones.

Guardarte de los pecados obvios; evitar lo que es evidentemente malo, porque avergüenza y degrada tu naturaleza; hacer los actos universalmente respetados, porque los exige nuestra dignidad de seres humanos; todo esto no es aún la santidad. Evitar el pecado y practicar la virtud no es ser santo; es sólo ser hombre, un ser humano. Esto es sólo el comienzo de lo que Dios quiere de ti. Pero es un comienzo necesario; porque no puedes alcanzar una perfección sobrenatural a no ser que primero, por la gracia de Dios, hayas perfeccionado tu naturaleza en su propio nivel. Antes de que puedas ser santo, tienes que llegar a ser humano. Un animal no puede ser un contemplativo.

Sin embargo, es relativamente sencillo desembarazarse de faltas que reconocemos como faltas, aunque también esto puede ser terriblemente duro. Pero el problema crítico de la perfección y la pureza interior está en el renunciamiento y desarraigo de todos nuestros apegos inconscientes a cosas creadas y a nuestra propia voluntad y deseo.

Para luchar contra vicios premeditados y evidentes, el mejor método, si no el único, es una planeada estrategia de resoluciones y penitencias. Proyecta tu campaña y lucha, y rehaz el plan según los cambios en el aspecto de la batalla. Ruegas y sufres, resistes y renuncias, esperas y sudas, y los variantes contornos de la lucha dibujan la forma a de tu libertad.

Terminada la lucha y adquirido un buen hábito como instrumento de trabajo, no olvides los momentos de la batalla en que estabas herido, desarmado e indefenso. No olvides que, con todos tus esfuerzos, sólo ganaste con la ayuda de Dios, que libró la batalla por ti.

Pero cuando se llega a combatir los hondos e inconscientes hábitos de apego que apenas podemos excavar y reconocer, todas nuestras meditaciones y autoexámenes, todas nuestras resoluciones y campañas planeadas pueden no sólo ser ineficaces, sino hasta ayudar en ocasiones a nuestros enemigos. Porque puede ocurrir fácilmente que nuestras resoluciones sean dictadas por el vicio de que debemos desembarazarnos. Así el hombre orgulloso decide ayunar más y castigar más su carne, porque desea sentirse como un atleta: sus ayunos y disciplinas le son impuestos por su propia vanidad y fortalecen lo que es más necesario matar en él.

Cuando una persona es lo bastante virtuosa para poder figurarse que es casi perfecta, puede entrar en una peligrosa condición de ceguera en la que todos sus violentos esfuerzos por alcanzar finalmente la perfección vigoricen sus ocultas imperfecciones y lo confirmen en su apego a su propio criterio y a su propia voluntad.

Para superar nuestros apegos secretos (los que no podemos ver porque son principios de ceguera espiritual), nuestra propia iniciativa es casi siempre inútil. Debemos dejar la iniciativa en manos de Dios, para que obre en nuestra alma, sea directamente en la noche de aridez y sufrimiento, sea mediante acontecimientos y por otros hombres. Ahí es donde tantas personas santas desfallecen y caen. En cuanto alcanzan el punto en que ya no pueden ver el camino y guiarse por sus propias luces, rehusan seguir adelante. No tienen confianza en nadie sino en si mismas. Su fe es en gran parte una ilusión emotiva. Está arraigada en sus sentimientos, en su físico, en su temperamento. Es una especie de optimismo natural estimulado por la actividad moral y sostenido por la aprobación ajena. Si encuentra opositores, esta clase de fe halla todavía un refugio en la complacencia en sí mismo.

Pero cuando llega el momento de entrar en la oscuridad en que estamos desnudos, desamparados y solos; en que vemos la insuficiencia de nuestra fuerza máxima y la oquedad de nuestras virtudes más fuertes; en que no tenemos nada propio en que fiar, ni hay nada en nuestra naturaleza que nos sostenga, nada en el mundo que nos guíe y nos alumbré... entonces descubrimos si la nuestra es o no vida de fe.

Y es en esa oscuridad, cuando no queda nada en nosotros que pueda agradar ni consolar nuestra mente, cuando parecemos ser inútiles y dignos de todo desdén, cuando parece que hemos fracasado y que estamos destruidos y devorados, es entonces cuando nuestra vida es despojada de ese profundo y secreto egoísmo demasiado próximo a nosotros para ser reconocido. Es en esa oscuridad donde hallamos la libertad. Es en ese abandono donde se nos dan fuerzas. Esa es la noche que nos vacía y nos hace puros.

No busques el reposo en ningún placer, porque no fuiste creado para el placer; fuiste creado para el gozo espiritual. Y si no conoces la diferencia entre placer y gozo espiritual todavía no has empezado a vivir.

La vida en este mundo está llena de dolor. Pero el dolor, que es lo contrario del placer, no es necesariamente lo contrario de la felicidad o el gozo. Porque el gozo espiritual florece en la plena expansión de la libertad que tiende sin obstáculo hacia su objeto supremo, consumándose en la perfecta actividad del desinteresado amor para el que fue creada.

El placer, que es egoísta, sufre por todo lo que nos priva de algún bien que queremos saborear por amor de nosotros mismos. Pero el gozo abnegado sólo sufre a causa del egoísmo. El placer es restringido y exterminado por el dolor y el sufrimiento. El gozo espiritual no hace caso del sufrimiento, o se ríe de él, o aun lo explota para purificarse de su máximo obstáculo, el egoísmo.

El verdadero gozo se encuentra en querer, con perfecta voluntad, aquello para lo que fuimos creados; en el intenso ágil y libre movimiento de nuestra voluntad regocijada en lo que es bueno, no meramente para nosotros, sino en sí mismo.

A veces el placer puede ser la muerte del gozo; por ello, a quien ha probado el verdadero gozo, se le hace sospechoso el placer. Pero cualquiera que conozca el verdadero gozo no teme nunca el dolor; porque sabe que el dolor puede servirle como nueva ocasión de afirmar, y saborear, su libertad.

Con todo, no pienses que el gozo vuelva el placer al revés y busque placer en el dolor; el gozo, en lo que tiene de verdadero, está por encima del dolor y no lo siente. Por eso se ríe del dolor y se alegra en la confusión del dolor. Es la victoria sobre el sufrimiento por medio del desinterés, abnegación y amor perfecto.

El dolor no puede alcanzar a ese altísimo gozo, salvo para traer un accidental aumento de pureza afirmando la libertad del alma para con los sentidos, la emoción y el amor propio y aislando nuestra alma en una limpia libertad que está por encima del nivel del sufrimiento.

Por esto es muy triste ver a un contemplativo buscar poco más que el placer en su contemplación. Ello quiere decir que desperdiciará el tiempo y se agotará en dañosos esfuerzos por evitar la aridez, dificultad y dolor... como si estas cosas fueran malas. Pierde el sosiego. Y, buscando placer en su oración, se hace casi incapaz de alcanzar el gozo.

Veleidad e indecisión son signos de amor propio.

Si no puedes decidir nunca lo que Dios quiere para ti y estás siempre pasando de una opinión a otra, de una práctica a otra, de un método a otro, acaso sea esto una indicación de que estás tratando de esquivar la voluntad de Dios y hacer la tuya con la conciencia tranquila.

En cuanto Dios te lleva a un monasterio, quieres estar en otro.

En cuanto has probado un modo de rezar, ya quieres probar otro. Siempre estás tomando resoluciones y rompiéndolas con resoluciones distintas. Haces preguntar a tu confesor y no recuerdas sus respuestas. Antes de terminar un libro empiezas otro, y con cada libro que lees cambias todo el plan de tu vida interior.

Pronto no tendrás ya ninguna. Toda tu existencia será una labor de retazos, de deseos confusos, ensueños y veleidades donde no se logra nada, salvo neutralizar la obra de la gracia; pues todo eso no es más que una complicada manera subconsciente de tu naturaleza para derrotar a Dios, cuya obra en tu alma pide el sacrificio de todo lo que es tu deseo y tu deleite y, en suma, de todo lo que eres.

Estáte quieto, pues, y deja que Dios obre.

26. POBREZA INTERIOR

Uno de los mayores sufrimientos de un contemplativo es advertir lo terriblemente burdo, grosero e inadecuado de los más elevados modos humanos de amor e intelección cuando se ven bajo la luz de Dios, cuando intentan aproximarse a Dios y fracasan.

Mide, si puedes, el pesar de verificar que tienes una naturaleza destinada por Dios al don de una bienaventuranza que trasciende absolutamente todo lo que crees y puedas ser; de sentirte abandonado sin nada más que tú mismo; de hallarte sin el don que es el único sentido de tu existencia. Entonces la mayor perfección de la vida natural, de la comprensión humana, la más pura y bella tensión de la voluntad humana intentando en su deseo alcanzar todo lo perfecto, se te presenta como algo esencialmente vulgar y despreciable. Aun sin tus errores y pecados, todo lo que eres o puedas ser, todo lo que tienes o puedas poseer parece igual a nada; porque no tiene el poder de procurarte el inmenso don que está absolutamente fuera de tu alcance y es la única razón verdadera por lo que fuiste creado.

Mas cuando, encima de todo esto, ves que tu naturaleza está además torcida y desfigurada por el egoísmo y el desorden del pecado, que estás ligado y encorvado por un modo de vivir que te retrae constantemente a tu propio placer e interés, y que no puedes escapar a esta deformación ni mereces escapar a ella, por tus propias fuerzas, ¿cuál no será tu pesar? He aquí la raíz de lo que los santos llaman compunción: el pesar, la angustia de verse inútil para ser algo, de no poder ser sino lo que no debes ser.

Entonces, en la oración, toda dulzura se convierte en amargura. El consuelo te repugna, porque con sólo probarlo te empalaga. Toda luz trae dolor a la mente por su insuficiencia. Tu voluntad no parece ya capaz de atreverse a obrar. El menor movimiento le recuerda su inutilidad, y muere de vergüenza. Con todo, extrañamente, es en este desamparo donde encontramos el comienzo del gozo. Descubrimos que, mientras permanezcamos quietos, el dolor no es insoportable, y hasta hay cierto sosiego, cierta riqueza, fuerza y compañía que se nos hace presente cuando estamos abatidos y yacemos con la boca en el polvo, si forte sit spes.

Luego, cuando la paz se establece en el alma y aceptamos lo que somos y lo que no somos, empezamos a advertir que esta gran pobreza es nuestra mayor fortuna. Pues cuando somos despojados de las riquezas que no eran nuestras y no podían de ningún

modo dotarnos de algo que no fuera tribulación, cuando descansamos hasta de esa buena y lícita actividad del conocer y desear que tampoco podía darnos ninguna posesión de nuestro verdadero fin y felicidad, entonces nos percatamos de que todo el sentido de nuestra vida es una pobreza y un vacío que, lejos de ser una derrota, son realmente la prenda de todos los grandes dones sobrenaturales de que ellas son la posibilidad.

Llegamos a ser como jarros vacíos de agua para poder ser llenados de vino. Somos como cristal limpio de polvo y mugre para que reciba el sol y desaparezca en su luz.

En cuanto empezamos a hallar esa vacuidad, no hay pobreza bastante pobre, ni vacuidad bastante vacía, ni humildad que nos humille bastante para nuestros deseos.

Entonces nuestro mayor pesar es descubrir que aún nos damos importancia a nosotros mismos, que aún podemos ser grandes a nuestros propios ojos; pues hemos empezado a saber que toda sombra arrojada sobre la transparencia de un alma pura y vacía es un engaño y un obstáculo a la inadulterada luz de Dios. Y vemos que nuestro saber es oscuridad en comparación con su luz. El poder es debilidad suprema y nos hace incapaces de su fuerza, y todo deseo humano nos engaña y turba y aparta de Él.

Cuanto más vacías estén nuestras facultades de su deseo y su tensión hacia las cosas creadas, cuanto más se recojan en la paz y el silencio interior y tiendan a la oscuridad donde Dios está presente para aquello de que están más ávidas, tanto más sentirán una pura, ardiente impaciencia de hallarse libres y desembarazadas de todos los últimos obstáculos y apegos que todavía se yerguen entre ellas y el vacío que será capaz de ser llenado de Dios.

El monje descubre entonces súbitamente también el gran valor de los métodos más sencillos y fundamentales de renunciamento que su regla pueda ofrecerle. Su actitud hacia todo lo que se llama penitencia empieza a variar. Antes se preparaba a ella con una especie de tensión atlética y confiaba mucho en el apoyo moral de otros que hacían lo mismo, ayunando, trabajando y orando junto a él. Ahora se entrega a esos duros, oscuros y ordinarios modos de penitencia, trabajo y pobreza, porque dan descanso a su alma y la sosiegan; sin embargo, no es por considerar que limpian y perfeccionan su corazón por lo que busca esos medios; descansa en ellos porque ya no puede descansar en nada que sea su propia voluntad. Su paz está en la voluntad de otro. Su libertad está en descansar en Dios a través de otro.

Y es el hombre verdaderamente contemplativo el que se cría en la obediencia y halla su sosiego en la simplicidad del niño o del novicio. Sin embargo, también esta comparación es engañosa. Un contemplativo maduro es mucho más simple que cualquier niño o novicio, porque la de éstos es una simplicidad más o menos negativa, la simplicidad de aquellos en quienes las complicaciones latentes no han tenido todavía ocasión de desarrollarse. En el

contemplativo, en cambio, todas las complejidades han empezado a enderezarse y disolverse en la unidad, vacío de sí mismo y paz interior.

El contemplativo, nutrido por el vacío de sí mismo, dotado por la pobreza y libertado de todo pesar por la simple obediencia, obtiene fortaleza y gozo de la voluntad de Dios en todas las cosas.

Sin necesidad de razonamientos complicados, esfuerzos mentales ni actos especiales, su vida es una prolongada inmersión en los ríos de la tranquilidad que fluyen de Dios por todo el universo y llevan todas las cosas de nuevo a Dios.

Pues el amor de Dios es como un río surgido de lo profundo de la sustancia Divina, que eternamente fluye por su creación llenando todas las cosas de vida, bondad y fuerza.

Todas las cosas, excepto nuestros pecados son acarreadas y nos llegan en las aguas de esa pura e irresistible corriente.

Si las aceptamos con tranquilidad, sometiéndonos a la presión de las aguas mediante una fe limpia y confiada y un amor perfecto y desprendido de toda resistencia, la voluntad de Dios penetra en las honduras de nuestra libertad y llévase nuestra vida y todos nuestros actos y deseos en la marca de su propio gozo. Y la verdadera paz es sólo hallada por aquellos que han aprendido a flotar y nadar en la fuerte corriente de ese río. Para ellos la vida se hace simple y fácil. Cada momento es rico en felicidad. Todos los acontecimientos son inteligibles, si no en sus detalles por lo menos en su relación con el gran conjunto de la vida.

Pero, si nos negamos a aceptar su voluntad (y esto es el pecado), nos vemos, sin embargo, abrumados por la riada que nada puede resistir.

Todo pesar, penalidad, dificultad, lucha, dolor, infelicidad y, finalmente, la muerte misma pueden atribuirse a rebelión contra el amor de Dios por nosotros.

Cuando el don de Entendimiento ha abierto nuestros ojos en la contemplación, no deberíamos molestar a Dios, en nuestra alma, con el ruido de nuestras actividades temporales. Deberíamos recibir su luz en silencio, sosiego y profunda gratitud, advirtiendo que, en ese momento, la mayor alabanza que podemos ofrecerle es sacrificar todo intento de alabarlo en lenguaje humano y resistir la tentación de reducirlo al nivel de nuestros propios conceptos y comprensiones. No es que nuestras palabras no puedan alabarlo; pero sólo pueden hacerlo en otro nivel. Deberíamos retirarnos de Él y salir de esas honduras antes de que palabras e ideas pudiesen separarse y tomar forma en nuestra mente.

Es, pues, gran alabanza de Dios el permanecer en su silencio y oscuridad y, después de recibir de Él este don, sería ciertamente poca gratitud el preferir nuestra escasa luz y desear tener un sentimiento de Él que nos daría un sentido falso y humano de su ser.

27. CONTEMPLATA ALIIS TRADERE

No vemos a Dios en la contemplación: Lo *conocemos* mediante el amor; pues Él es puro Amor y, cuando saboreamos la experiencia de amar a Dios por sí mismo únicamente, sabemos por experiencia Quién y qué es.

La verdadera experiencia mística de Dios coincide con la suprema renuncia a todo lo que está fuera de Él. Son dos aspectos de una misma cosa. Pues cuando nuestra mente y nuestra voluntad se hallan perfectamente libres de toda afición creada, son inmediatamente llenadas del don del amor de Dios; no porque las cosas hayan necesariamente de ocurrir así, sino porque ésta es su voluntad, el don de su amor a nosotros. *Todo el que deje la casa o al padre o a la esposa por mi nombre, recibirá cien veces más y poseerá la vida eterna.*

Experimentamos a Dios en proporción a cuanto estamos despojados y vaciados de apego a Sus criaturas. Y cuando hayamos sido librados de todo otro deseo, gustaremos la perfección de un gozo incorruptible.

Dios no nos da su gozo para nosotros solos y, si pudiéramos poseerlo para nosotros solos, no lo poseeríamos. Todo gozo que no rebose de nuestra alma para ayudar al prójimo a regocijarse en Dios, no nos viene de Dios. (Pero no creas que has de ver cómo rebosa de tu alma para verterse en el alma ajena. En la economía de su gracia, acaso compartas sus dones con alguien que nunca conocerás hasta que llegues al cielo).

Si experimentamos a Dios en la contemplación, no lo experimentamos para nosotros solos, sino también para otros.

Sin embargo, si tu experiencia de Dios viene de Dios, uno de los signos que lo indiquen puede ser un gran reparo en hablar de ella con otros. Hablar sobre el don que Él nos ha hecho parecería disiparlo y dejar una mancha en la pura vacuidad donde brilló la luz de Dios. Nadie es más tímido que un contemplativo acerca de su contemplación. A veces casi le produce un dolor físico hablar con alguien de lo que ha visto de Dios. O por lo menos es intolerable hablar de ello como experiencia propia.

Al mismo tiempo, desea ardientemente que todos compartan su paz y su gozo. Su contemplación lo sitúa en un nuevo punto de vista con respecto al mundo de los hombres. Mira en torno suyo con secreta y tranquila conjetura que quizá no revele a nadie, esperando hallar en el rostro de otros hombres, u oír en sus voces, algún signo de vocación y aptitud para la misma profunda felicidad y sabiduría.

Se halla hablando de Dios a los hombres en quienes espera haber reconocido la luz de su propia paz, el despertar de su propio secreto; o, si no puede hablarles, escribe para ellos, y su vida contemplativa es todavía imperfecta, sin reparto, sin compañía, sin comunión.

En ningún momento de la vida espiritual es más necesario ser completamente dócil y estar sujeto a los más delicados movimientos de la voluntad de Dios y de su gracia que cuando se intenta compartir con otros el conocimiento de su amor. Vale mucho más que seas en modo alguno tan recatado que no te arriesgues a compartirlo con ellos, que perderlo del todo al intentar comunicarlo a otros antes de haberlo recibido. El contemplativo que intente predicar la contemplación, antes de que él sepa realmente lo que es, se privará a sí mismo y privará a otros de hallar el verdadero camino hacia la paz de Dios.

En primer lugar sustituirá la realidad de la luz que hay en él por su entusiasmo e imaginación naturales, y lo absorberá la tarea de comunicar algo que es prácticamente incomunicable; y aunque haya algún beneficio en ello aun para su propia alma, (pues es una especie de meditación sobre Dios y la vida interior), corre, con todo, el riesgo de ser llevado lejos de la simple luz y silencio en que se conoce a Dios sin palabras ni conceptos y de perderse en razonamientos, lenguaje y metáforas.

La más alta vocación en el Reino de Dios es la de compartir la contemplación con otros y conducir a otros al conocimiento experimental de Dios que se da a los que lo aman perfectamente. Pero la posibilidad de error es tan grande como la vocación misma.

En primer lugar, el mero hecho de que hayas descubierto algo de la contemplación no significa que se espere de ti que lo transmitas a otro. *Contemplata aliis tradere* denota dos vocaciones: una, la de ser un contemplativo; y, además, la de enseñar la contemplación. Ambas tienen que ser comprobadas.

Pero, en cuanto te consideras apto para enseñar la contemplación a otros, cometes otro error. Nadie enseña la contemplación, salvo Dios, que la otorga. Lo más que tú puedes hacer es escribir o decir algo que induzca a otro a darse cuenta de lo que Dios quiere de él.

Una de las peores cosas que ocurren en un inoportuno esfuerzo por compartir con otros el conocimiento de la contemplación es el presuponer que todos querrán ver las cosas desde tu punto de vista, cuando, en realidad, no lo querrán. Presentarán objeciones a todo lo que digas, y te encontrarás en una controversia teológica o, peor, seudocientífica, y nada es más inútil para un contemplativo que la controversia. No tiene ningún sentido intentar que gente con diferente vocación se entusiasme con respecto a la clase de vida interior que significa tanto para ti. Y si son llamados a la contemplación, una larga y complicada

discusión llena de tecnicismos y principios abstractos no es ciertamente lo que los ayudará a llegar a ella.

Los que se apresuran demasiado a pensar que han de salir a compartir su contemplación con el prójimo tienden a echar a perder su propia contemplación y a dar de ella falsas ideas a los demás, confiando demasiado en palabras y razonamientos para la obra que solamente puede cumplirse en las profundidades del alma mediante la infusa luz de Dios.

A menudo haremos mucho más para hacer de un hombre un contemplativo, dejándolo tranquilo y ocupándonos de nuestro propio asunto (que es la contemplación misma) que no abrumándolo con lo que creemos saber acerca de la vida interior. Pues cuando nos hallamos unidos a Dios en el silencio y la oscuridad, y nuestras facultades son elevadas por encima del nivel de su actividad natural y descansan en la pura, tranquila e incomprensible nube que rodea la presencia de Dios, nuestra plegaria y la gracia que se nos da tienden de por sí a rebasar y verse invisiblemente por el Cuerpo místico de Cristo, y los que moramos juntos invisiblemente en el Espíritu de Dios nos influimos mutuamente, más de lo que podamos nunca advertir por nuestra unión con Dios, por nuestra vitalidad espiritual en Él.

El que tenga muy poco de tal oración, un mero principio de contemplación, y que apenas se dé cuenta de nada de lo que tiene, puede obrar inmensidades para las almas de otros, simplemente manteniéndose quedamente atento a la oscura presencia de Dios, acerca de la cual no puede esperar formular una frase inteligible. Y si intentara empezar a hablar y razonar acerca de ella, perdería en seguida lo poco que tiene y no ayudaría a nadie y aun menos a sí mismo.

La mejor manera, pues, de prepararnos para una posible vocación de compartir la contemplación con otros no es estudiar el modo de hablar y razonar sobre la contemplación, sino retraemos lo más posible de charlas y discusiones y retirarnos al silencio y humildad de corazón en que Dios purificará nuestro amor de todas sus imperfecciones humanas. Luego, a su tiempo, Él pondrá nuestra mano en la obra que desea que hagamos, y nos hallaremos realizándola sin darnos cuenta de cómo empezamos. Y para entonces la obra no nos absorberá de modo que turbe nuestra mente. Podremos conservar nuestra tranquilidad y nuestra libertad, y sobre todo aprenderemos a dejar en manos de Dios el resultado y no halagaremos nuestra vanidad insistiendo en rápidas y visibles conversiones en todos aquellos a quienes hablemos.

Quizá esto parece fácil en el papel, y quizá lo sería realmente si fuéramos completamente sencillos y no opusiéramos obstáculos a dejar que Dios obre en nosotros y mediante nosotros. Pero en la práctica, una de las últimas barricadas del egoísmo, una que muchos

santos se han negado a abandonar enteramente, es esta insistencia en hacer el trabajo y obtener los resultados y gozarlos *nosotros mismos*. Queremos llevarnos la gloria de toda la obra. Y acaso por eso algunos santos no alcanzaron la más alta contemplación: querían *hacer* demasiado ellos mismos. Y Dios les permitió hacerlo.

Así, pues, aunque la contemplación, como todas las cosas buenas, requiere ser compartida y sólo será perfectamente gozada y poseída por cada uno de nosotros cuando sea poseída en común por todos los llamados a ella, no debemos olvidar que esta perfecta comunión pertenece solamente al cielo.

Ten cuidado, pues, de no suponer que ciertas personas, por el mero hecho de que te agraden y te sientas naturalmente inclinado a escogerlas por amigas y a compartir con ellas tus naturales intereses, son también llamadas a ser contemplativas, y que debes enseñarles a todas el modo de llegar a serlo. Pueden tener esa aptitud o no tenerla. Acaso exista una fuerte probabilidad de que la tengan; si ello es cierto, conténtate con dejar que Dios se ocupe de desarrollarla en ellas. Alégrate de que Él te emplee como oportunidad o instrumento, pero cuida de no ser un estorbo en su camino con tu innato instinto rotario de compañerismo. Pues en este mundo no es bueno estar demasiado ansioso de lograr aun el mejor de los fines; y aquel que sabe por experiencia que Dios está siempre presente en todas partes y siempre dispuesto a darse a conocer a los que lo aman, no se apresurará a preferir el incierto valor de la actividad humana a la tranquilidad y certidumbre de esta infinita y suprema posesión.

28. EL PURO AMOR

Hasta ahora, aunque no separándolos explícitamente, hemos hablado de tres modos de contemplación. Son tres posibles comienzos.

1. El mejor de esta clase de comienzos es un súbito vacío del alma en que desaparecen las imágenes y callan palabras y conceptos; la libertad y la claridad se hacen de pronto en tu interior, y todo tu ser abraza la maravilla, profundidad y evidencia, y a la voz la vacuidad e insondable incomprendibilidad, de Dios. Este toque, este limpio aliento de comprensión, ocurre relativamente pocas veces. Los otros dos comienzos pueden ser estados habituales.

2. La entrada más común en la contemplación es a través de un desierto de aridez en que, aunque no ves, sientes ni captas nada, y tomess conciencia solamente de cierto sufrimiento y cierta ansiedad interiores, eres, sin embargo, atraído a esa oscuridad y sequedad, y mantenido en ellas, porque es el único lugar donde puedes hallar algo parecido a la estabilidad y la paz. A medida que adelantas, aprendes a descansar en esa árida quietud, y la seguridad de una consoladora y poderosa presencia en el corazón de esta experiencia va creciendo en ti más y más, revela hasta que gradualmente adviertes que es Dios revelándose en ti en una luz que es dolorosa para tu naturaleza y todas tus facultades, porque está infinitamente por encima de ellas y porque su pureza combate con tu egoísmo, oscuridad e imperfección.

3. Luego hay una *quietud sabrosa*, una tranquilidad llena de sabor, descanso y unción, en la cual, aunque no hay nada que alimente ni satisfaga los sentidos, la imaginación ni el entendimiento, la voluntad descansa en una profunda, luminosa y absorbente experiencia de amor. Este amor es como la brillante luz que envolvía a los Apóstoles en el monte Tabor y les hizo exclamar: “Señor, bueno es para nosotros estar aquí”. Y de lo hondo de esa nube vienen toques de sosiego, la voz de Dios que habla sin palabras, enunciando su Verbo. Pues reconoces, por lo menos de algún modo oscuro, que esa profunda, hermosa tranquilidad llena de sentido, que inunda todo tu ser con su verdad y su sólida paz, tiene algo que ver con la Misión de la Segunda Persona en tu alma: es un acompañamiento y signo de esa misión.

Así, para muchos, la nube de su contemplación se identifica de secreto modo con la Divinidad de Cristo y también con el amor de su Corazón por nosotros, de modo que su contemplación misma se convierte en la presencia de Cristo, y quedan absortos en una suave y pura comunión con Cristo. Y esta tranquilidad se aprende sobre todo en la Sagrada Eucaristía.

Él es para ellos una presencia sensible que los sigue y envuelve dondequiera que vayan y en todo lo que hacen, una columna de nube en el día y una columna de fuego en la noche, y cuando tienen que concentrarse en algún trabajo que los desvía, pueden sin embargo volver fácilmente a encontrar a Dios con una rápida mirada al interior de su propia alma. Y a veces, cuando no piensan en volver a las honduras para descansar en Él, Él los atrae inesperadamente a su oscuridad y paz, o los inunda desde el interior de ellos mismos con una marea de quieto, indecible gozo.

A veces estas marcas de gozo se concentran en fuertes toques, contactos de Dios que despiertan el alma con un salto de maravilla y deleite, un destello de llama que se enciende en el alma como una exclamación de indecible felicidad y a veces arde en una herida que es deleitosa aunque da dolor. Dios no puede tocar muchas almas con tal llama, ni aun, con éstas, insistir en el toque. Mas, sin embargo, parece que estos profundos movimientos del Espíritu de Su Amor tienden a imprimirse, por lo menos levemente, en todas las almas que Dios atrae a esa noche feliz y tranquila.

En todos estos tres comienzos permaneces consciente de estar situado en el umbral de algo más o menos indefinido. En el segundo apenas tienes conciencia de ello: sólo tienes un vago, indecible sentimiento de que la paz yace debajo de la oscuridad y aridez en que te encuentras. Apenas osas confesártelo a ti mismo, pero a pesar de todos tus recelos te das cuenta de que vas a alguna parte, de que tu viaje es guiado y dirigido y puedes sentirte seguro.

En el tercero te hallas en presencia de un Amor más concreto y más personal, que invade tu mente y tu voluntad de un modo que no puedes comprender, eludiendo todo intento de tu parte por contener y retener a Dios con un movimiento de tu alma. Sabes que esa "Presencia" es Dios. Pero, por lo demás, Él se halla oculto en una nube, aunque está tan cercano que se halla dentro de ti, fuera de ti y alrededor de ti.

Cuando este contacto con Dios se ahonda y purifica, la nube se atenúa. A medida que la nube pierde opacidad, la experiencia de Dios se desarrolla dentro de ti como un formidable vacío. Lo que experimentas es la vacuidad y pureza de tus propias facultades, producida en ti por un efecto creado de amor de Dios. Sin embargo, siendo Dios mismo quien produce directamente ese efecto y se hace conocer por él, sin ningún otro intermediario, la

experiencia es más que puramente subjetiva y te dice acerca de Dios algo que no puedes saber de ningún otro modo.

Estos efectos son intensificados por la luz del Entendimiento que, infusa en tu alma por el espíritu de Dios, la eleva de pronto a una atmósfera de oscura, abrumadora claridad, en la que Dios, aunque derrotado y desconcertando todo tu entendimiento natural, llega de algún modo a ser perceptible.

Sin embargo, en todas estas cosas permaneces muy lejos de Dios, mucho más lejos de lo que te parece. Y en ello hay siempre dos seres. Estás tú y está Dios que se te da a conocer mediante esos efectos.

Pero mientras exista este sentimiento de separación, esta conciencia de distancia y diferencia entre nosotros y Dios, no hemos entrado todavía en la plenitud de la contemplación.

Mientras estemos solamente en el umbral del abismo de pureza y vacío que es Dios, nos hallamos todavía infinitamente lejos de Dios, y la máximas gracias aun nos enseñan muy poco de Él.

Desde nuestro lado del umbral esa oscuridad, esa vacuidad parecen hondas y vastas y excitantes. No podemos hacer nada para entrar en ellas. No podemos esforzarnos y traspasar el límite aunque no hay barreras.

Pero quizá la razón está en que tampoco hay abismo.

Allí permaneces, sintiendo que el próximo paso será un salto en el vacío y te hallarás volando en el espacio entre los astros.

Cuando el próximo paso ocurre, no das tú el paso, no adviertes la transición, no caes en nada. No vas a ninguna parte, y no sabes por qué camino llegaste ni el camino por donde regresas después. No estás, ciertamente, perdido. No vuelas. No hay espacio o es todo espacio: es lo mismo.

El paso siguiente no es un paso.

No eres transportado de un grado a otro.

Lo que ocurre es que la entidad separada que eres tú se desvanece, al parecer, y no parece quedar nada más que una pura libertad indistinguible de una infinita Libertad, amor identificado con el Amor. No dos amores, el uno esperando al otro, anhelando, buscando al otro; sino el Amor amando en Libertad.

¿Llamarías a esto una experiencia? Creo que podrías decir que sólo se convierte en experiencia en tu memoria. De otro modo parece erróneo hablar de ello como de algo que sucede. Porque lo que sucede tiene que sucederle a algún sujeto, y las experiencias tienen

que ser experimentadas por alguien. Pero ahí el sujeto de cualquier experiencia limitada o dividida, de cualquier experiencia de criatura, parece haberse desvanecido. Tú no eres tú, tú eres fruición. Si se quiere, no pasas por una experiencia, te conviertes en Experiencia; pero eso es enteramente distinto, pues ya no existes de modo que puedas reflexionar sobre ti mismo, ni verte sujeto a una experiencia, ni juzgar lo que ocurre, si puede decirse que ocurre algo que no sea eterno, incambiante, una actividad tan fuera de lo común que está infinitamente quieta.

Y aquí todos los adjetivos se hacen trizas. Las palabras son necias. Todo lo que dices extravía... a no ser que pongas en fila todas las experiencias posibles y digas: *"No es esto... No es esto de lo que hablo"*.

Toda metáfora se ha hecho imposible. Habla de "oscuridad", si no puedes evitarlo; pero la idea de oscuridad es ya demasiado densa y grosera. En todo caso, ya no es oscuridad. Puedes hablar de "vacuidad"; pero esto hace pensar en una flotación en el espacio, y ello no es nada espacial.

Libertad es lo que es. Perfecto amor. Puro renunciamiento. La fruición de Dios.

No es libertad inherente a algún sujeto; no es amor como acción dominada por un impulso afín al propio ser de uno; no es renunciación que se proyecta y ejecuta según el modo de una virtud.

Es libertad viviente y circulante en Dios, que es la Libertad. Es amor amando en el Amor. Es la pureza de Dios alborozada en su propia libertad.

Y ahí, donde la contemplación llega a ser lo que realmente está destinada a ser, ya no es algo que se vierte de Dios en un sujeto creado, sino más bien Dios que vive en Dios e identifica una vida creada con su propia Vida, de modo que no queda nada de importancia experimental, sino Dios viviendo en Dios.

Si aquel que así ha sido vindicado, libertado, consumado y destruido pudiera pensar y hablar, ciertamente no sería para pensar en sí mismo y hablar de sí mismo como de algo separado, ni como sujeto de una experiencia.

Por eso no tiene realmente sentido hablar de todo ello como del punto más alto de una serie de grados, ni como de algo grande en comparación con otras experiencias menos. Está fuera del límite en que las comparaciones tienen sentido. Está más allá del plano de los "camino" que corresponden a cualquiera idea nuestra de traslado, más allá de los grados que corresponden a nuestras nociones de progresión.

Mas esto también es un comienzo. Es el nivel inferior de un nuevo orden en que todos los niveles son inmedibles y superiores a nuestro entendimiento. No es todavía la perfección de la vida interior.

Lo más importante que queda por decir acerca de esta perfecta contemplación es que el alma desaparece de sí misma por el perfecto renunciamiento a todo deseo y a toda cosa, es que no puede tener relación alguna con nuestras ideas de grandeza y exaltación, y no es, por tanto, nada que esté sujeto al pecado de orgullo.

De hecho, esta perfecta contemplación supone, por su esencia misma, la perfección de toda humildad, el orgullo no es de ningún modo compatible con ella. Sólo sería algo de que un hombre pudiera enorgullecerse, o desear desmedidamente, o de algún otro modo hacer materia de pecado, si fuese completamente mal entendida y tomada por algo que no es ni puede ser.

Pues el orgullo, que es la desmedida atribución de bienes, valores y glorias al propio yo contingente, no puede existir allí donde uno es incapaz de reflexionar sobre un “yo” separado, viviente aparte de Dios.

¿Cómo puede uno estar orgulloso de algo, si ya no puede reflexionar sobre sí mismo, ni percatarse de sí, ni conocerse? Moralmente hablando, se halla anonadado, porque la fuente, agente y término de todos sus actos es Dios, Y la esencia de esta contemplación es el puro y eterno gozo que hay en Dios porque Dios es Dios; la serena e interminable exultación en la verdad de que Aquel que es Perfecto es infinitamente Perfecto, es la Perfección.

Pensar que un hombre pueda estar orgulloso de ese gozo, una vez éste lo ha descubierto y libertado, sería como decir: “Este hombre está orgulloso porque el aire es libre”; “este hombre está orgulloso porque el mar es húmedo”; y “he aquí uno que siente orgullo porque las montañas son altas, y la nieve de sus cumbres es limpia, y el viento sopla en la nieve y hace que se desprenda un penacho de nube desde los elevados picos”.

He aquí un hombre que está muerto y enterrado, se fue y su memoria se ha desvanecido del mundo de los hombres; ya no existe cabe los vivientes que se arrastran en el tiempo; y ¿lo llamaréis orgulloso porque la luz del sol llena el enorme arco del cielo sobre el país donde vivió, murió y lo enterraron en los viejos días de su existencia?

Así es con el que ha desaparecido en Dios por la pura contemplación. Sólo Dios queda. Él es la identidad que obra aquí. Él es quien ama, conoce y se alegra.

¿Puede Dios sentir orgullo? ¿Puede Dios pecar?

Supón que un hombre así pudiera, una vez en su vida, desaparecer en Dios por el espacio de un minuto.

Pasó todo el resto de su vida en pecados y virtudes, en el bien y el mal, en trabajos y luchas, en enfermedad y salud, en dones, pesares, en conseguir y lamentar, en proyectos y esperanzas, en amor y temor. Ha visto cosas, las ha considerado, conocido, ha formulado juicios, hablado, obrado prudente o imprudentemente. Tropezando entró en la

contemplación de los principiantes y salió de ella. Halló la nube, la oscura dulzura de Dios. Ha conocido el descanso en la oración.

En todas estas cosas, su vida ha sido un tumulto de incertidumbres. En las mejores puede haber pecado. Acaso haya hallado el pecado en su imperfecta contemplación.

Pero en ese momento del tiempo, ese minuto, el breve minuto en que fue libertado en Dios (si verdaderamente lo fue), es indudable que su vida era pura; que entonces daba gloria a Dios; que entonces no pecaba; que en aquel momento de puro amor no podía pecar.

¿Puede tal unión con Dios ser objeto de deseo desmedido? No, si lo entiendes. Porque no puedes desear desmedidamente que Dios sea Dios. No puedes desear desmedidamente que la voluntad de Dios se haga, únicamente por ser ésa la voluntad de Dios. Porque en estos dos deseos perfectamente concebidos y cumplidos, somos vaciados en Él y transformados en su gozo, y en ellos no podemos pecar.

En ese éxtasis de puro amor alcanzamos el verdadero cumplimiento del primer mandamiento, amar a Dios de todo corazón y con toda nuestra mente y toda nuestra fuerza. Es, pues, algo que todos los que desean complacer a Dios deberían desear: no por un minuto, no por media hora, sino para siempre. Es en estas almas donde la paz se establece en el mundo.

Ellas son la fuerza del mundo, porque son los tabernáculos de Dios en el mundo. Son lo que impide que el universo sea destruido. Son los pequeñuelos. No se conocen. Toda la tierra depende de ellas. Nadie parece advertirlo. Para ellas fue creado todo en primer lugar. Ellas heredarán la tierra.

Los que poseen un alma así son los únicos que podrán gozar completamente la vida han renunciado al mundo y se les ha entregado su posesión. Ellos solos aprecian el mundo y las cosas que hay en él. Son los únicos capaces de comprender el gozo. Los demás son demasiado débiles para el gozo. Éste mataría a todos salvo a estos hombres de mansedumbre. Ellos son los limpios de corazón. Ellos ven a Dios. Éste hace su voluntad, porque su voluntad es la de ellos. Hace todo lo que ellos quieren porque es Él quien desea todos sus deseos. Ellos son los únicos que poseen todo lo que puedan desear. su libertad no tiene límite. Vienen a nosotros para comprender nuestra angustia y anegarla en la magnífica expansión de su inocencia, que lava el mundo con su luz.

Ven, entremos en el cuerpo de esa luz. Vivamos en la nitidez de ese canto. Despojémonos, como de un vestido, de las cosas del mundo y penetremos desnudos en la sabiduría. Pues esto es lo que imploran todos los corazones cuando claman: “Hágase Tu voluntad”.

ABADÍA DE GETHEMANI,
1º DE JULIO DE 1948,
VIGILIA DE NTRA. SRA. DE LA VISITACIÓN.

© DE ESTA VERSIÓN INFORMATIZADA: REVISTA CISTERCIUM. ABADÍA DE VIACELI, 11 DE JULIO DE 2009,
SOLEMNIDAD DE SAN BENITO.
